



MARTÍN FIERRO

JOSÉ HERNÁNDEZ

JVA EDITORA

JOSÉ HERNÁNDEZ

Martín Fierro

Primera publicación: 1872

Edición de dominio público

JVA Editora

El Gaucho Martín Fierro

de José Hernández

Buenos Aires,
Imprenta de La Pampa,
Victoria 79.

1872.

Carta del Autor a don José Zoilo Miguens

Querido amigo:

Al fin me he decidido a que mi pobre "MARTÍN FIERRO", que me ha ayudado algunos momentos a alejar al fastidio de la vida del hotel, salga a conocer el mundo, y allá va acogido al amparo de su nombre.

No le niegue su protección, Ud. que conoce bien todos los abusos y todas las desgracias de que es víctima esa clase desheredada de nuestro país. Es un pobre gaucho, con todas las imperfecciones de forma que el arte tiene todavía entre ellos, y con toda la falta de enlace en sus ideas, en las que no existe siempre una sucesión lógica, descubriéndose frecuentemente entre ellas apenas una relación oculta y remota.

Me he esforzado, sin presumir haberlo conseguido, en presentar un tipo que personificara el carácter de nuestros gauchos, concentrando el modo de ser, de sentir, de pensar y de expresarse, que les es peculiar, dotándolo con todos los juegos de su imaginación llena de imágenes y de colorido, con todos los arranques de su altivez, inmoderados hasta el crimen, y con todos

los impulsos y arrebatos, hijos de una naturaleza que la educación no ha pulido y suavizado.

Cuanto conozcan con propiedad el original podrán juzgar si hay o no semejanza en la copia.

Quizá la empresa habría sido para mí más fácil, y de mejor éxito, si sólo me hubiera propuesto hacer reír a costa de su ignorancia, como se halla autorizado por el uso en este género de composiciones; pero mi objeto ha sido dibujar a grandes rasgos, aunque fielmente, sus costumbres, sus trabajos, sus hábitos de vida, su índole, sus vicios y sus virtudes; ese conjunto que constituye el cuadro de su fisonomía moral, y los accidentes de su existencia llena de peligros, de inquietudes, de inseguridad, de aventuras y de agitaciones constantes.

Y he deseado todo esto, empenándome en imitar ese estilo abundante en metáforas, que el gaucho usa sin conocer y sin valorar, y su empleo constante de comparaciones tan extrañas como frecuentes; en copiar sus reflexiones con el sello de la originalidad que las distingue y el tinte sombrío de que jamás carecen, revelándose en ellas esa especie de filosofía propia que, sin estudiar, aprende en la misma naturaleza, en respetar la superstición y sus preocupaciones, nacidas y fomentadas por su misma ignorancia; en dibujar el orden de sus impresiones y de sus afectos, que él encubre y disimula estudiosamente, sus desencantos, producidos por su misma condición social, y esa indolencia que le es habitual, hasta llegar a constituir una de las condiciones de su espíritu; en retratar, en fin, lo más fielmente que me fuera posible, con todas sus especialidades propias, ese tipo original de nuestras pampas, tan poco conocido por lo mismo que es difícil estudiarlo, tan erróneamente juzgado muchas veces, y que, al paso que avanzan las conquistas de la civilización, va perdiéndose casi por completo.

Sin duda que todo esto ha sido demasiado desear para tan pocas páginas, pero no se me puede hacer un cargo por el deseo sino por no haberlo conseguido.

Una palabra más, destinada a disculpar sus defectos. Páselos Ud. por alto, porque quizá no lo sean todos los que, a primera vista, puedan parecerlo, pues no pocos se encuentran allí como copia o imitación de los que lo son realmente. Por lo demás, espero, mi amigo, que Ud. lo juzgará con benignidad, siquiera sea porque MARTÍN FIERRO no va de la ciudad a referir a sus compañeros lo que ha visto y admirado en un 25 de Mayo u otra función semejante, referencias algunas de las cuales, como en Fausto y varias otras, son de mucho mérito ciertamente, sino que cuenta sus trabajos, sus desgracias, los azares de su vida de gaucho, y Ud. no desconoce que el asunto es más difícil de lo que muchos se lo imaginarán.

Y con lo dicho basta para preámbulo, pues ni MARTÍN FIERRO exige más, ni Ud. gusta mucho de ellos, ni son de la predilección del público, ni se avienen con el carácter de Su verdadero amigo JOSÉ HERNÁNDEZ Buenos Aires, diciembre de 1872.

El Gaucho Martín Fierro

I - Cantor y Gaucho.

1

Aquí me pongo a cantar
Al compás de la vigüela,
Que el hombre que lo desvela
Una pena extraordinaria
Como la ave solitaria
Con el cantar se consuela.

2

Pido a los Santos del Cielo
Que ayuden mi pensamiento;
Les pido en este momento
Que voy a cantar mi historia
Me refresquen la memoria
Y aclaren mi entendimiento.

3

Vengan Santos milagrosos,
Vengan todos en mi ayuda,
Que la lengua se me añuda
Y se me turba la vista;
Pido a Dios que me asista
En una ocasión tan ruda.

4

Yo he visto muchos cantores,
Con famas bien obtenidas,
Y que después de adquiridas
No las quieren sustentar
Parece que sin largar
se cansaron en partidas

5 Mas ande otro criollo pasa Martín Fierro ha de pasar; nada lo hace
regular ni los fantasmas lo espantan, y dende que todos cantan yo
también quiero cantar.

6

Cantando me he de morir
Cantando me han de enterrar,
Y cantando he de llegar
Al pie del eterno padre:
Dende el vientre de mi madre
Vine a este mundo a cantar.

7

Que no se trabe mi lengua
Ni me falte la palabra:
El cantar mi gloria labra
Y poniéndome a cantar,
Cantando me han de encontrar
Aunque la tierra se abra.

8

Me siento en el plan de un bajo
A cantar un argumento:
Como si soplara el viento
Hago tiritar los pastos;
Con oros, copas y bastos
Juega allí mi pensamiento.

9

Yo no soy cantor letrao,
Mas si me pongo a cantar
No tengo cuándo acabar
Y me envejezco cantando:
Las coplas me van brotando
Como agua de manantial.

10

Con la guitarra en la mano
Ni las moscas se me arriman,
Naidas me pone el pie encima,
Y cuando el pecho se entona,
Hago gemir a la prima
Y llorar a la bordona.

11

Yo soy toro en mi rodeo
Y torazo en rodeo ajeno;

Siempre me tuve por güeno
Y si me quieren probar,
Salgan otros a cantar
Y veremos quién es menos.

12

No me hago al lao de la güeya
Aunque vengan degollando,
Con los blandos yo soy blando
Y soy duro con los duros,
Y ninguno en un apuro
Me ha visto andar tutubiando.

13

En el peligro, ¡qué Cristos!
El corazón se me enancha,
Pues toda la tierra es cancha,
Y de eso naides se asombre:
El que se tiene por hombre
Ande quiere hace pata ancha.

14

Soy gaucho, y entiendaló
Como mi lengua lo esplica:
Para mí la tierra es chica
Y pudiera ser mayor;
Ni la víbora me pica
Ni quema mi frente el sol

15

Nací como nace el peje
En el fondo de la mar;
Naidés me puede quitar
Aquello que Dios me dio

Lo que al mundo truje yo
Del mundo lo he de llevar.

16

Mi gloria es vivir tan libre
Como el pájaro del cielo:
No hago nido en este suelo
Ande hay tanto que sufrir,
Y naides me ha de seguir
Cuando yo remuento el vuelo.

17

Yo no tengo en el amor
Quien me venga con querellas;
Como esas aves tan bellas
Que saltan de rama en rama,
Yo hago en el trébol mi cama,
Y me cubren las estrellas.

18

Y sepan cuantos escuchan
De mis penas el relato,
Que nunca peleo ni mato
Sino por necesidá,
Y que a tanta alversidá
Sólo me arrojó el mal trato

19 Y atiendan la relación que hace un gauchito perseguido, que padre
y marido ha sido empeñoso y diligente, y sin embargo la gente lo
tiene por un bandido

II - Ayer y hoy.

20 Ninguno me hable de penas, porque yo penado vivo, y naides se
muestre altivo aunque en el estribo esté: que suele quedarse a pie el

gaucho mas alvertido.

21 Junta esperencia en la vida hasta pa dar y prestar quien la tiene que pasar entre sufrimiento y llanto, porque nada enseña tanto como el sufrir y el llorar.

22 Viene el hombre ciego al mundo, cuartiándolo la esperanza, y a poco andar ya lo alcanzan las desgracias a empujones, ¡la pucha, que trae liciones el tiempo con sus mudanzas!

23 Yo he conocido esta tierra en que el paisano vivía y su ranchito tenía y sus hijos y mujer... era una delicia el ver como pasaba sus días.

24 Entonces... cuando el lucero brillaba en el cielo santo, y los gallos con su canto nos decían que el día llegaba, a la cocina rumbiaba el gaucho... que un encanto.

25 Y sentao junto al jogón a esperar que venga el día, al cimarrón le prendía hasta ponerse rechoncho, mientras su china dormía tapadita con su poncho.

26 Y apenas la madrugada empezaba coloriar, los pájaros a cantar, y las gallinas a apiarse, era cosa de largarse cada cual a trabajar.

27 Este se ata las espuelas, se sale el otro cantando, uno busca un pellón blando, este un lazo, otro un rebenque, y los pingos relinchando los llaman dende el palenque.

28 El que era pion domador enderezaba al corral, ande estaba el animal bufidos que se las pela... y más malo que su agüela, se hacia astillas el bagual.

29 Y allí el gaucho inteligente, en cuanto el potro enriendó, los cueros le acomodó y se le sentó en seguida, que el hombre muestra en la vida la astucia que Dios le dio.

30 Y en las playas corcoviando pedazos se hacía el sotreta mientras él por las paletas le jugaba las lloronas, y al ruido de las caronas salía

haciendo gambetas.

31 ¡Ah, tiempos!... ¡Si era un orgullo ver jinetear un paisano! Cuando era gaucho baquiano, aunque el potro se boliase, no había uno que no parese con el cabresto en la mano.

32 Y mientras domaban unos, otros al campo salían y la hacienda recogían, las manadas repuntaban, y así sin sentir pasaban entretenidos el día.

33 Y verlos al cair la tarde en la cocina riunidos, con el juego bien prendido y mil cosas que contar, platicar muy divertidos hasta después de cenar.

34 Y con el buche bien lleno era cosa superior irse en brazos del amor a dormir como la gente, pa empezar el día siguiente las fainas del día anterior.

35 Ricuerdo ¡qué maravilla! Cómo andaba la gauchada siempre alegre y bien montada y dispuesta pa el trabajo... pero hoy en día... ¡barajo! No se la ve de aporriada.

36 El gaucho más infeliz tenía tropilla de un pelo, no le faltaba un consuelo y andaba la gente lista... teniendo al campo la vista, sólo vía hacienda y cielo.

37 Cuando llegaban las yerras, ¡cosa que daba calor! Tanto gaucho pialador y tironiador sin yel. ¡Ah, tiempos... pero si en él se ha visto tanto primor!

38 Aquello no era trabajo, mas bien era una junción, y después de un güen tirón en que uno se daba mana, pa darle un trago de cana solía llamarlo el patrón.

39 Pues vivía la mamajuana siempre bajo la carreta, y aquel que no era chancleta, en cuanto el goyete vía, sin miedo se le prendía como güérfano a la teta.

40 ¡Y qué jugadas se armaban cuando estábamos riunidos! Siempre íbamos prevenidos, pues en tales ocasiones a ayudarle a los piones caiban muchos comedidos.

41 Eran los días del apuro y alboroto pa el hembraje, pa preparar los potajes y osequiar bien a la gente, y así, pues, muy grandemente, pasaba siempre el gauchaje.

42 Vení, a la carne con cuero, la sabrosa carbonada, mazamorra pien pisada, los pasteles y el güen vino... pero ha querido el destino que todo aquello acabara.

43 Estaba el gaucho en su pago con toda siguridá, pero aura... ¡barbaridá!, La cosa anda tan fruncida, que gasta el pobre la vida en juir de la autoridá.

44 Pues si usté pisa en su rancho y si el alcalde lo sabe, lo caza lo mesmo que ave aunque su mujer aborte... ¡no hay tiempo que no se acabe ni tiento que no se corte!.

45 Y al punto dese por muerto si el alcalde lo bolea, pues ahí nomás se le apea con una felpa de palos; Y después dicen que es malo el gaucho si los pelea.

46 Y el lomo le hinchán a golpes, y le rompen la cabeza, y luego con ligereza, así lastimao y todo, lo amarran codo a codo y pa el cepo lo enderiezan.

47 Áhi comienzan sus desgracias, áhi principia el pericón, porque ya no hay salvación, y que usté quiera o no quiera, lo mandan a la frontera o lo echan a un batallón.

48 Ansí empezaron mis males lo mesmo que los de tantos; si gustan... en otros cantos les diré lo que he sufrido, después que uno está... perdido no lo salvan ni los santos.

III - Sirviendo en la frontera.

49 tuve en mi pago en un tiempo hijos, hacienda y mujer, pero empecé a padecer, me echaron a la frontera, ¡y qué iba a hallar al volver! Tan sólo hallé la tapera.

50 Sosegao vivía en mi rancho como el pájaro en su nido, allí mis hijos queridos iban creciendo a mi lao... sólo queda al desgraciao lamentar el bien perdido.

51 Mi gala en las pulperías era, en habiendo más gente, ponerme medio caliente, pues cuando puntiao me encuentro me salen coplas de adentro como agua de la virtiente.

52 Cantando estaba una vez en una gran diversión, y aprovecho la ocasión como quiso el juez de paz... se presentó, y ahí nomás hizo arriada en montón.

53 Juyeron los más matreros y lograron escapar: yo no quise disparar, soy manso y no había porqué, muy tranquilo me quedé y así me dejé agarrar

54 allí un gringo con un órgano y una mona que bailaba, haciéndonos rair estaba, cuanto le tocó el arreo, ¡tan grande el gringo y tan feo, lo viera cómo lloraba!.

55 Hasta un inglés zanjador que decía en la última guerra que él era de incalaperra y que no quería servir, también tuvo que juir a guarecerse en la sierra.

56 Ni los mirones salvaron de esa arriada de mi flor, fue acoyarao el cantor con el gringo de la mona, a uno solo, por favor, logró salvar la patrona.

57 Formaron un contingente con los que del baile arriaron, con otros nos mesturaron, que habían agarrao también, las cosas que aquí se ven ni los diablos las pensaron.

58 A mí el juez me tomó entre ojos en la ultima votación: me le había hecho el remolón y no me arrimé ese día, y él dijo que yo

servía a los de la esposición.

59 Y así sufrí ese castigo tal vez por culpas ajenas, que sean malas o sean güenas las listas, siempre me escondó: yo soy un gaucho redondo y esas cosas no me enllenan.

60 Al mandarnos nos hicieron más promesas que a un altar, el juez nos jue a proclamar y nos dijo muchas veces: muchachos, a los seis meses los van a ir a relevar.

61 Yo llevé un moro de número ¡sobresaliente el matucho! Con él gané en ayacucho más plata que agua bendita: siempre el gaucho necesita un pingo pa fiarle un pucho.

62 Y cargué sin dar mas güeltas con las prendas que tenía: jergas, ponchos, todo cuanto había en casa, tuito lo alcé: a mi china la dejé medio desnuda ese día.

63 No me falta una guasca, esa ocasión eché el resto, bozal, maniador, cabresto, lazo, bolas y manea... ¡el que hoy tan pobre me vea tal vez no creerá todo esto!.

64 Así en mi moro, escarciando, enderecé a la frontera. ¡Aparcero si usté viera lo que se llama cantón!... Ni envidia tengo al ratón en aquella ratonera.

65 De los pobres que allí había a ninguno lo largaron, los más viejos rezongaron, pero a uno que se quejó en seguida lo estaquiaron, y la cosa se acabó.

66 En la lista de la tarde el jefe nos cantó el punto diciendo: quinientos juntos llevará el que se resierte; lo haremos pitar del juerte, mas bien dese por dijunto.

67 A naides le dieron armas, pues toditas las que había el coronel las tenía, según dijo esa ocasión, pa repartirlas el día en que hubiera una invasión.

68 Al principio nos dejaron de haraganes criando sebo, pero después... no me atrevo a decir lo que pasaba... ¡barajo!... Si nos trataban como se trata a malevos.

69 Porque todo era jugarle por los lomos con la espada, y aunque usted no hiciera nada, lo mesmito que en palermo, le daban cada cepiada que lo dejaban enfermo.

70 ¡Y qué indios, ni qué servicio; si allí no había ni cuartel! Nos mandaba el coronel a trabajar en sus chacras, y dejábamos las vacas que las llevara el infiel.

71 Yo primero sembré trigo y después hice un corral, corté adobe pa un tapial, hice un quincho, corté paja... ¡la pucha que se trabaja sin que le larguen un rial!.

72 Y es lo peor de aquel enriedo que si uno anda hinchando el lomo se le apean como un plomo... ¡quién aguanta aquel infierno! si eso es servir al gobierno, a mí no me gusta el cómo.

73 Más de un año nos tuvieron en esos trabajos duros; y los indios, le asiguro dentaban cuando querían: como no los perseguían, siempre andaban sin apuro.

74 A veces decía al volver del campo la descubierta que estuviéramos alerta, que andaba adentro la indiada, porque había una rastrillada o estaba una yegua muerta.

75 Recién entonces salía la orden de hacer la riunión, y caíamos al cantón en pelos y hasta enancaos, sin armas, cuatro pelaos que íbamos a hacer jabón.

76 Ahi empezaba el afán -se entiende, de puro vicio- de enseñarle el ejercicio a tanto gaucho recluta, con un estrutor... ¡qué... Bruta! que nunca sabía su oficio.

77 Daban entonces las armas pa defender los cantones, que eran lanzas y latones con ataduras de tiento... las de juego no las cuento

porque no había municiones.

78 Y un sargento chamuscao me contó que las tenían pero que ellos la vendían para cazar avestruces; y así andaban noche y día de bala a los ñanduces.

79 Y cuando se iban los indios con lo que habían manotiao, salíamos muy apuraos a perseguirlos de atrás; si no se llevaban más es porque no habían hallao.

80 Allí sí, se ven desgracias y lágrimas y afliciones; naides le pida perdones al indio: pues donde entra, roba y mata cuanto encuentra y quema las poblaciones.

81 No salvan de su juror ni los pobres angelitos; viejos, mozos y chiquitos los mata del mismo modo: que el indio lo arregla todo con la lanza y con gritos.

82 Tiemblan las carnes al verlo volando al viento la cerda, la rienda en la mano izquierda y la lanza en la derecha; ande enderieza abre brecha pues no hay lanzazo que pierda.

83 Hace trotiadas tremendas desde el fondo del desierto; así llega medio muerto de hambre, de sé y de fatiga; pero el indio es una hormiga que día y noche está despierto.

84 Sabe manejar las bolas como naides las maneja; cuanto el contrario se aleja, manda una bola perdida, y si lo alcanza, sin vida es seguro que lo deja.

85 Y el indio es como tortuga de duro para espichar; si lo llega a destripar ni siquiera se le encoge; luego sus tripas recoge, y se agacha a disparar.

86 Hacían el robo a su gusto y después se iban de arriba; se llevaban las cautivas, y nos contaban que a veces les descarnaban los pieses, a las pobrecitas, vivas.

87 ¡Ah! ¡si partía el corazón ver tantos males, canejo! los perseguíamos de lejos sin poder ni galopiar; ¡y qué habíamos de alcanzar en unos vichocos viejos!

88 Nos volvíamos al cantón a las dos o tres jornadas, sembrando las caballadas; y pa que alguno la venda, rejuntábamos la hacienda que habían dejao rezagada.

89 Una vez entre otras muchas, tanto salir al botón, nos pegaron un malón los indios y una lanciada, que la gente acobardada quedó dende esa ocasión.

90 Habían estao escondidos aguaitando atrás de un cerro... ¡lo viera a su amigo Fierro aflojar como un blandito! salieron como maíz frito en cuanto sonó un cencerro.

91 Al punto nos dispusimos aunque ellos eran bastantes; la formamos al instante nuestra gente, que era poca, y golpiándose en la boca hicieron fila adelante.

92 Se vinieron en tropel haciendo temblar la tierra. no soy manco pa la guerra pero tuve mi jabón, pues iba en un redomón que había boleao en la sierra.

93 ¡Qué vocerío! ¡qué barullo! ¡qué apurar esa carrera! la indiada todita entera dando alaridos cargó, ¡jue pucha!... Y ya nos sacó como yeguada matrera.

94 ¡Qué fletes traiban los bárbaros! ¡como una luz de ligeros! hicieron el entrevero y en aquella mezclanza, este quiero, éste no quiero, nos escogían con la lanza.

95 Al que le daban un chuzazo, dificultoso es que sane. en fin, para no echar panes, salimos por esas lomas, lo mesmo que las palomas al juir de los gavilanes.

96 ¡Es de almirar la destreza con que la lanza manejan! de perseguir nunca dejan, y nos traiban apretaos. ¡si queríamos, de apuraos,

salirnos por las orejas!

97 Y pa mejor de la fiesta en esa aflicción tan suma, vino un indio echando espuma, y con la lanza en la mano, gritando: acabáu cristiano, metau el lanza hasta el pluma.

98 Tendido en el costillar, cimbrando por sobre el brazo una lanza como un lazo, me atropelló dando gritos: si me descuido... El maldito me levanta de un lanzazo.

99 Si me atribulo o me encojo, siguro que no me escapo: siempre he sido medio guapo, pero en aquella ocasión me hacía buya el corazón como la garganta al sapo.

100 Dios le perdone al salvaje las ganas que me tenía... desaté las tres marías y lo engatusé a cabriolas... ¡pucha...! Si no traigo bolas me achura el indio ese día.

101 Era el hijo de un cacique, según yo lo averigüé; la verdá del caso jue que me tuvo apuradazo, hasta que por fin de un bolazo del caballo lo bajé.

102 Ahi no más me tiré al suelo y lo pisé en las paletas; empezó a hacer morisquetas y a mezquinar la garganta... pero yo hice la obra santa de hacerlo estirar la jeta.

103 Allí quedó de mojón y en su caballo salté; de la indiada disparé, pues si me alcanza me mata, y al fin me les escapé, con el hilo de una pata.

IV - El pulpero. A buena cuenta.

104 seguiré esta relación, aunque pa chorizo es largo: el que pueda hágase cargo cómo andaría de matrero, después de salvar el cuero de aquel trance tan amargo.

105 Del sueldo nada les cuento, porque andaba disparando; nosotros de cuando en cuando solíamos ladrar de pobres: nunca

llegaban los cobres que se estaban aguardando.

106 Y andábamos de mugrientos que el mirarnos daba horror; les juro que era un dolor ver esos hombres, ¡por cristo! En mi perra vida he visto una miseria mayor.

107 Yo no tenía ni camisa ni cosa que se parezca; mis trapos sólo pa yesca me podían servir al fin... no hay plaga como un fortín para que el hombre padezca.

108 Poncho, jergas, el apero, las prenditas, los botones, todo, amigo, en los cantones jue quedando poco a poco; ya me tenían medio loco la pobreza y los ratones.

109 Sólo una manta peluda era cuanto me quedaba la había agenciao a la tabla y ella me tapaba el bulto; yaguané que allí ganaba no salía- ni con indulto.

110 Y pa mejor hasta el moro se me jue de entre las manos; no soy lerdo pero, hermano, vino el comendante un día diciendo que lo quería pa enseñarle a comer grano.

111 Afigúrese cualquiera la suerte de este su amigo, a pie y mostrando el umbligo, estropiao, pobre y desnudo; ni por castigo se pudo hacerse más mal conmigo.

112 Así pasaron los meses, y vino el año siguiente, y las cosas igualmente siguieron del mismo modo: adrede parece todo pa atormentar a la gente.

113 No teníamos más permiso, ni otro alivio la gauchada, que salir de madrugada, cuando no había indio ninguno, campo ajuera a hacer boliadas desocando los reyunos.

114 Y cáibamos al cantón con los fletes aplastaos, pero a veces medio aviaos con plumas y algunos cueros, que pronto con el pulpero los teníamos negociaos.

115 Era un amigo del jefe que con un boliche estaba; yerba y tabaco nos daba por la pluma de avestruz, y hasta le hacía ver la luz al que un cuero le llevaba.

116 Sólo tenía cuatro frascos y unas barricas vacías, y a la gente le vendía todo cuanto precisaba... algunos creiban que estaba allí la proveduría.

117 ¡Ah, pulpero habilidoso! Nada le solía faltar. ¡Ahijuna!, Para tragar tenía un buche de ñandú; la gente le dio en llamar el boliche de virtud.

118 Aunque es justo que quien vende algún poquito mierda, tiraba tanto la cuerda que, con sus cuatro limetas él cargaba las carretas de plumas, cueros y cerda.

119 Nos tenía apuntaos a todos con más cuentas que un rosario, cuando se anunció un salario que iban a dar, o un socorro; pero sabe Dios qué zorro se lo comió al comisario;

120 pues nunca lo vi llegar, y al cabo de muchos días en la misma pulpería dieron una güena cuenta, que la gente muy contenta de tan pobre recibía.

121 Sacaron unos sus prendas, que las tenían empeñadas; por sus deudas atrasadas dieron otros el dinero; al fin de fiesta el pulpero se quedó con la mascada.

122 Yo me arrescosté a un horcón dando tiempo a que pagaran, y poniendo güena cara estuve haciéndome el poyo, a esperar que me llamaran para recibir mi boyo.

123 Pero ahí me puede quedar pegao pa siempre al horcón, ya era casi la oración y ninguno me llamaba; la cosa se me ñublaba y me dentro comezón.

124 Pa sacarme el entripao vi al mayor, y lo fi a hablar; yo me lo empecé a atracar, y como con poca gana le dije: tal vez mañana

acabarán de pagar.

125 ¡Que mañana ni otro día!, Al punto me contestó: la paga ya se acabó; ¡siempre has de ser animal! Me raí y le dije: yo... no he recibido ni un rial.

126 Se le pusieron los ojos que se le querían salir, y ahí no más volvió a decir comiéndome con la vista: ¿y qué querés recibir si no has dentrao en la lista?

127 Esto sí que es amolar, dije yo pa mis adentros; van dos años que me encuentro y hasta aura he visto ni un grullo; dentro en todos los barullos pero en las listas no dentro.

128 Vide el pleito mal parao y no quise aguardar más... es güeno vivir en paz con quien nos ha de mandar; y reculando pa atrás me le empecé a retirar.

129 Supo todo el comendante y me llamó al otro día, diciéndome que quería aviriguar bien las cosas... que no era el tiempo de rosas, que aura a naides se debía.

130 Llamó al cabo y al sargento y empezó la indagación: si había venido al cantón en tal tiempo o en tal otro... y si había venido en potro, en reyuno o redomón.

131 Y todo era alborotar al ñudo, y hacer papel; conocí que era pastel pa engordar con mi guayaca; mas si voy al coronel me hacen bramar en la estaca.

132 ¡Ah, hijos de una...! ¡La codicia ojalá les ruempa el saco! Ni un pedazo de tabaco le dan al pobre soldao, y lo tienen, de delgao, más ligero que un guanaco.

133 Pero qué iba a hacerles yo, charabón en el desierto; más bien me daba por muerto pa no verme más fundido: y me les hacía el dormido aunque soy medio despierto.

V - Gringos en la frontera. La estaquiada.

134 Yo andaba desesperao, aguardando una ocasión que los indios un malón nos dieran, y entre el estrago hacérmeles cimarrón y volverme pa mi pago.

135 Aquello no era servicio ni defender la frontera; aquello era ratonera en que sólo gana el juerte: era jugar a la suerte con una taba culera.

136 Allí tuito va al revés; los milicos son los piones, y andan en las poblaciones emprestaos pa trabajar; los rejuntan pa peliar cuando entran indios ladrones.

137 Yo he visto en esa milonga muchos jefes con estancia, y piones en abundancia, y majadas y rodeos; he visto negocios feos a pesar de mi inorancia.

138 Y colijo que no quieren la barunda componer; para eso no ha de tener, el jefe que esté de estable, más que su poncho y su sable, su caballo y su deber.

139 Ansina, pues, conociendo que aquel mal no tiene cura, que tal vez mi sepultura si me quedo iba a encontrar, pensé mandarme mudar como cosa más sigura.

140 Y pa mejor, una noche ¡qué estaquiada me pegaron! Casi me descoyuntaron por motivo de una gresca: ¡ahijuna, si me estiraron lo mesmo que guasca fresca!

141 Jamás me puedo olvidar lo que esa vez me pasó; dentrando una noche yo al fortín, un enganchao, que estaba medio mamao, allí me desconoció.

142 Era un gringo tan bozal, que nada se le entendía, ¡quién sabe de ande sería! Tal vez no juera cristiano, pues lo único que decía es que era papolitano.

143 Estaba de centinela y por causa del peludo verme más claro no pudo, y esa jue la culpa toda: el bruto se asustó al ñudo y fi el pavo de la boda.

144 Cuando me vido acercar: quién vivore-? Preguntó; ¿qué víboras?, Dije yo. ¡Ha garto!, Me pegó el grito, y yo dije despacito: ¡más lagarto serás vos!

145 Ahi no más, ¡cristo me valga!, Rastrillar el jusil siento: me agaché, y en el momento el bruto me largó un chumbo; mamao, me tiró sin rumbo, que si no, no cuento el cuento.

146 Por de conta, con el tiro se alborotó el avispero; los oficiales salieron y se empezó la junción; quedó en su puesto el nación, y yo fi al estaquiadero.

147 Entre cuatro bayonetas me tendieron en el suelo; vino el mayor medio en pedo y allí se puso a gritar: ¡pícaro, te he de enseñar andar reclamando sueldos!

148 De las manos y las patas me ataron cuatro cinchones; les aguanté los tirones sin que ni un ¡ay! Se me oyera, y al gringo la noche entera lo harté con mis maldiciones.

149 Yo no sé porqué el gobierno nos manda aquí a la frontera gringada que ni siquiera se sabe atracar a un pingo. ¡Si creerá al mandar un gringo que nos manda alguna fiera!

150 No hacen más que dar trabajo, pues no saben ni ensillar; no sirven ni pa carniar: y yo he visto muchas veces que ni voltiadas las reses se les querían arrimar.

151 Y lo pasan sus mercedes lengüetiando pico a pico hasta que viene un milico a servirles al asao- y eso sí, en lo delicaos, parecen hijos de rico.

152 Si hay calor, ya no son gente; si yela, todos tiritan; si usté no les da, no pitán por no gastar en tabaco, y cuando pescan un naco uno

al otro se lo quitan.

153 Cuando llueve se acoquinan como perro que oye truenos. ¡Que diablos!, Sólo son güenos pa vivir entre maricas, y nunca se andan con chicas para alzar ponchos ajenos.

154 Pa vichar son como ciegos; no hay ejemplo de que entiendan, ni hay uno solo que aprienda, al ver un bulto que cruza, a saber si es avestruza, o si es jinete, o hacienda.

155 Si salen a perseguir después de mucho aparato, tuitos se pelan al rato y va quedando el tendal: esto es como en un nidal echarle güevos a un gato.

VI - Desertor. Las ruinas del rancho.

156 vamos dentrando recién a la parte mas sentida, aunque es todita mi vida de males una cadena: a cada alma dolorida le gusta cantar sus penas.

157 Se empezó en aquel entonces a rejuntrar caballada, y riunir la milicada teniéndola en el cantón, para una despedición a sorprender a la indiada.

158 Nos anunciaban que iríamos sin carretas ni bagajes a golpiar a los salvajes en sus mismas tolderías; que a la güelta pagarían licenciándolo al gauchaje;

159 que en esta despedición tuviéramos la esperanza; que iba a venir sin tardanza, según el jefe contó, un menistro o qué sé yo- que le llamaban don ganza;

160 que iba a riunir el ejército y tuitos los batallones, y que traiba unos cañones con más rayas que un cotín; ¡pucha!- Las conversaciones por allá no tenían fin.

161 Pero esas trampas no enriedan a los zorros de mi laya; que esa ganza venga o vaya, poco le importa a un matrero. Yo también dejé

las rayas- en los libros del pulpero.

162 Nunca juí gaucho dormido; siempre pronto, siempre listo, yo soy un hombre, ¡qué cristo!, Que nada me ha acobardao, y siempre salí parao en los trances que me he visto.

163 Dende chiquito gané la vida con mi trabajo, y aunque siempre estuve abajo y no sé lo que es subir también el mucho sufrir suele cansarnos, ¡barajo!

164 En medio de mi inorancia conozco que nada valgo: soy la liebre o soy el galgo asigún los tiempos andan; pero también los que mandan debieran cuidarnos algo.

165 Una noche que riunidos estaban en la carpeta empinando una limeta el jefe y el juez de paz, yo no quise aguardar más, y me hice humo en un sotreta.

166 Me parece el campo orégano dende que libre me veo; donde me lleva el deseo allí mis pasos dirijo, y hasta en las sombras de fijo que donde quiera rumbeo.

167 Entro y salgo del peligro sin que me espante el estrago, no aflojo al primer amago ni jamás fi gaucho lerdo: soy pa rumbiar como el cerdo, y pronto caí a mi pago.

168 Volví al cabo de tres años de tanto sufrir al ñudo resertor, pobre y desnudo, a procurar suerte nueva; y lo mesmo que el peludo enderecé pa mi cueva.

169 No hallé ni rastro del rancho: ¡sólo estaba la tapera! ¡Por cristo si aquello era pa enlutar el corazón! ¡Yo juré en esa ocasión ser mas malo que una fiera!

170 ¡Quién no sentirá lo mesmo cuando así padece tanto! Puedo asigurar que el llanto como una mujer largué: ¡ay, mi Dios: si me quedé más triste que jueves santo!

171 Sólo se oíban los aullidos de un gato que se salvó; el pobre se guareció cerca, en una vizcachera: venía como si supiera que estaba de güelta yo.

172 Al dirme dejé la hacienda que era todito mi haber; pronto debíamos volver, según el juez prometía, y hasta entonces cuidaría de los bienes, la mujer.

173 Después me contó un vecino que el campo se lo pidieron; la hacienda se la vendieron pa pagar arrendamientos, y qué sé yo cuantos cuentos; pero todo lo fundieron,

174 los pobrecitos muchachos, entre tantas afliciones, se conchabaron de piones; ¡mas qué iban a trabajar, si eran como los pichones sin acabar de emplumar!

175 Por ahí andarán sufriendo de nuestra suerte el rigor: me han contaó que el mayor nunca dejaba a su hermano; puede ser que algún cristiano los recoja por favor.

176 ¡Y la pobre mi mujer, Dios sabe cuánto sufrió! Me dicen que se voló con no sé qué gavilán: sin duda a buscar el pan que no podía darle yo.

177 No es raro que a uno le falte lo que a algún otro le sobre si no le quedó ni un cobre sino de hijos un enjambre. Que más iba a hacer la pobre para no morir de hambre?

178 ¡Tal vez no te vuelva a ver, prienda de mi corazón! Dios te dé su protección ya que no me la dio a mí, y a mis hijos dende aquí les echo mi bendición.

179 Como hijitos de la cuna andarán por ahí sin madre; ya se quedaron sin padre, y así la suerte los deja sin naides que los proteja y sin perro que les ladre.

180 Los pobrecitos tal vez no tengan ande abrigarse, ni ramada ande ganarse, ni rincón ande meterse, ni camisa que ponerse, ni

poncho con que taparse.

181 Tal vez los verán sufrir sin tenerles compasión; puede que alguna ocasión, aunque los vean tiritando, los echen de algún jogón pa que no estén estorbando.

182 Y al verse ansina espantaos como se espanta a los perros, irán los hijos de Fierro, con la cola entre las piernas, a buscar almas más tiernas o esconderse en algún cerro.

183 Mas también en este juego voy a pedir mi bolada; a naides le debo nada, ni pido cuartel ni doy: y ninguno dende hoy ha de llevarme en la armada.

184 Yo he sido manso primero, y seré gaucho matrero; en mi triste circunstancia, aunque es mi mal tan profundo, nací y me he criado en estancia. Pero ya conozco el mundo.

185 Ya les conozco sus mañas, le conozco sus cucañas; sé como hacen la partida, la enriedan y la manejan; deshaceré la madeja aunque me cueste la vida.

186 Y aguante el que no se anime a meterse en tanto engorro o si no aprétese el gorro y para otra tierra emigre; pero yo ando como el tigre que le roban los cachorros.

187 Aunque muchos creen que el gaucho tiene alma de reyuno, no se encontrará a ninguno que no le dueblen las penas; mas no debe aflojar uno mientras hay sangre en las venas

VII - Pelea con el moreno.

188 De carta de más me vía sin saber a donde dirme; mas dijeron que era vago y entraron a perseguirme.

189 Nunca se achican los males, van poco a poco creciendo, y ansina me vide pronto obligado a andar juyendo.

190 No tenía mujer ni rancho y a más, era resertor; no tenía una prenda güena ni un peso en el tirador

191 a mis hijos infelices pensé volverlos a hallar, y andaba de un lao al otro sin tener ni qué pitar.

192 Supe una vez por desgracia que había un baile por allí, y medio desesperao a ver la milonga fui.

193 Riunidos al pericón tantos amigos hallé, que alegre de verme entre ellos esa noche me apedé.

194 Como nunca, en la ocasión por peliar me dio la tranca. Y la emprendí con un negro que trujo una negra en ancas.

195 Al ver llegar la morena, que no hacía caso de naides, le dije con la mamúa: va-ca-yendo gente al baile.

196 La negra entendió la cosa y no tardó en contestarme, mirándome como a un perro: más vaca será su madre.

197 Y dentró al baile muy tiesa con más cola que una zorra, haciendo blanquiar los dientes lo mesmo que mazamorra.

198 !Negra linda!- Dije yo. Me gusta- pa la carona; y me puse a champurriar esta coplita fregona:

199 a los blancos hizo Dios, a los mulatos san pedro, a los negros hizo el diablo para tizón del infierno.

200 Había estao juntando rabia el moreno dende ajuera; en lo oscuro le brillaban los ojos como linterna.

201 Lo conocí retobao, me acerqué y le dije presto: po-r-rudo que un hombre sea nunca se enoja por esto.

202 Corcovió el de los tamangos y creyéndose muy fijo: ¡más porrudo serás vos, gaucho roto!, Me dijo.

203 Y ya se me vino al humo como a buscarme la hebra, y un golpe le acomodé con el porrón de ginebra.

204 Ahi nomás pegó el de hollín mas gruñidos que un chanchito, y pelando el envenao me atropelló dando gritos.

205 Pegué un brinco y abrí cancha diciéndoles: caballeros, dejen venir ese toro. Solo nací- solo muero.

206 El negro, después del golpe, se había el poncho refalao y dijo: vas a saber si es solo o acompañado.

207 Y mientras se arremangó, yo me saqué las espuelas, pues malicié que aquel tío no era de arriar con las riendas.

208 No hay cosa como el peligro pa refrescar un mamao; hasta la vista se aclara por mucho que haiga chupao.

209 El negro me atropelló como a quererme comer; me hizo dos tiros seguidos y los dos le abarajé.

210 Yo tenía un facón con s, que era de lima de acero; le hice un tiro, lo quitó y vino ciego el moreno;

211 y en el medio de las aspas un planazo le asenté, que lo largué culebriando lo mesmo que buscapié.

212 Le colorieron las motas con la sangre de la herida, y volvió a venir jurioso como una tigra parida.

213 Y ya me hizo relumbrar por los ojos el cuchillo, alcanzando con la punta a cortarme en un carrillo.

214 Me hirvió la sangre en las venas y me le afirmé al moreno, dándole de punta y hacha pa dejar un diablo menos.

215 Por fin en una topada en el cuchillo lo alcé, y como un saco de güesos contra un cerco lo largué.

216 Tiró unas cuantas patadas y ya cantó pal carnero: nunca me puedo olvidar de la agonía de aquel negro.

217 En esto la negra vino con los ojos como ají y empezó la pobre allí a bramar como una loba. Yo quise darle una soba a ver si la hacía

callar, mas pude reflesionar que era malo en aquel punto, y por respeto al dijunto no la quise castigar.

218 Limpié el facón en los pastos, desaté mi redomón, monté despacio y salí al tranco pa el cañadón.

219 Después supe que al finao ni siquiera lo velaron, y retobao en un cuero, sin rezarle lo enterraron.

220 Y dicen que dende entonces, cuando es la noche serena suele verse una luz mala como de alma que anda en pena.

221 Yo tengo intención a veces, para que no pene tanto, de sacar de allí los güesos y echarlos al camposanto.

VIII - El ser gaucho es un delito.

222 otra vez en un boliche estaba haciendo la tarde; cayó un gaucho que hacia alarde de guapo y peliador; a la llegada metió el pingo hasta la ramada, y yo sin decirle nada me quedé en el mostrador.

223 Era un terne de aquel pago que naides lo reprendía, que sus enriedos tenía con el señor comendante; y como era protegido, andaba muy entonao, y a cualquier desgraciao lo llevaba por delante.

224 ¡Ah pobre! Si él mismo creiba que la vida le sobraba; ninguno diría que andaba aguaitándolo la muerte. Pero así pasa en el mundo, es así la triste vida: pa todos está escondida la güena o la mala suerte.

225 Se tiró al suelo; al dentrar le dio un empellón a un vasco, y me alargó un medio frasco diciendo: beba cuñado. Por su hermana, contesté. Que por la mía no hay cuidao.

226 ¡Ah, gaucho!, Me respondió; ¿de que pago será crioyo? ¿Lo andará buscando el hoyo? Deberá tener güen cuero; pero ande bala este toro no bala ningún ternero.

227 Y ya salimos trenzaos porque el hombre no era lerdo, mas como el tino no pierdo, y soy medio ligerón, le dejé mostrando el sebo de un revés con el facón.

228 Y como con la justicia no andaba bien por allí, cuanto pataliar lo vi, y el pulpero pegó el grito, ya pa el palenque salí como haciéndome chiquito.

229 Monté y me encomendé a Dios, rumbiando para otro pago, que el gaucho que llaman vago no puede tener querencia, y ansí de estrago en estrago vive llorando la ausencia.

230 éL andaba siempre juyendo, siempre pobre y perseguido, no tiene cueva ni nido como si fuera maldito; porque el ser gaucho-¡barajo!, El ser gaucho es un delito.

231 Es como el patrio de posta; lo larga éste, aquél lo toma, nunca se acaba la broma; dende chico se parece al arbolito que crece desamparao en la loma.

232 Le echan la agua del bautismo aquél que nació en la selva; busca madre que te envuelva, le dice el fraire y lo larga. Y dentra a cruzar el mundo como burro con la carga.

233 Y se cría viviendo al viento como oveja sin trasquila; mientras su padre en las filas anda sirviendo al gobierno, aunque tirite en invierno, naides lo ampara ni asila.

234 Le llaman gaucho mamao si lo pillan divertido, y que es mal entretenido si en un baile lo sorprenden; hace mal si se defiende y si no, se ve- fundido.

235 No tiene hijos ni mujer, ni amigos ni protetores, pues todos son sus señores sin que ninguno lo ampare: tiene la suerte del güey, y ¿donde irá el güey que no are?

236 Su casa es el pajonal, su guarida es el desierto; y si de hambre medio muerto le echa el lazo a algún mamón, lo persiguen como a

plaito, porque es un gaucho ladrón.

237 Y si de un golpe por ahí lo dan güelta panza arriba, no hay un alma compasiva que le rece una oración; tal vez como cimarrón en una cueva lo tiran.

238 Él nada gana en la paz y es el primero en la guerra; no le perdonan si yerra, que no saben perdonar, porque el gaucho en esta tierra sólo sirve pa votar.

239 Para el son los calabozos, para el las duras prisiones, en su boca no hay razones aunque la razón le sobre; que son campanas de palo las razones de los pobres.

240 Si uno aguanta, es gaucho bruto; si no aguanta es gaucho malo. ¡Dele azote, dele palo, porque es lo que él necesita! De todo el que nació gaucho ésta es la suerte maldita.

241 Vamos suerte, vamos juntos dende que juntos nacimos; y ya que juntos vivimos sin podernos dividir- yo abriré con mi cuchillo el camino pa seguir

IX - Matreriando. La lucha con la partida.

242 matreriando lo pasaba ya a las casas no venía; solía arrimarme de día, mas, lo mismos que el carancho, siempre estaba sobre el rancho espiando a la polecía.

243 Viva el gaucho que ande mal, como zorro perseguido, hasta que al menor descuido se lo atarasquen los perros, pues nunca le falta un yerro al hombre más alvertido.

244 Y en esa hora de la tarde en que tuito se adormece, que el mundo dentrar parece a vivir en pura calma, con las tristezas del alma al pajonal enderiece.

245 Bala el tierno corderito al lao de la blanca oveja, y a la vaca que se aleja llama el ternero amarrao; pero el gaucho desgraciao no

tiene a quien dar su oveja.

246 Así es que al venir la noche iba a buscar mi guarida, pues ande el tigre se anida también el hombre lo pasa, y no quería que en las casas me rodiara la partida.

247 Pues aun cuando vengan ellos cumpliendo con su deberes, yo tengo otros pareceres, y en esa conducta vivo: que no debe un gaucho altivo peliar entre las mujeres.

248 Y al campo me iba solito, más matrero que el venao, como perro abandonao a buscar una tapera, o en alguna vizcachera pasar la noche tirao.

249 Sin punto ni rumbo fijo en aquella inmensidá, entre tanta escuridá anda el gaucho como duende; allí jamás lo sorprende dormido, la autoridad.

250 Su esperanza es el coraje, su guardia es la precaución, su pingo es la salvación, y pasa uno en su desvelo, sin más amparo que el cielo ni otro amigo que el facón.

251 Así me hallaba una noche contemplando las estrellas, que le parecen más bellas cuanto uno es más desgraciao, y que Dios las haiga criaio para consolarse en ellas.

252 Les tiene el hombre cariño y siempre con alegría ve salir las tres marías; que si llueve, cuanto escampa, las estrellas son la guía que el gaucho tiene en la pampa.

253 Aquí no valen doctores, sólo vale la experiencia; aquí verían su inocencia ésos que todo lo saben, porque esto tiene otra llave y el gaucho tiene su cencia.

254 Es triste en medio del campo pasarse noches enteras contemplando en sus carreras las estrellas que Dios cría, sin tener más compañía que su delito y las fieras.

255 Me encontraba como digo, en aquella soledá, entre tanta escuridá, echando al viento mis quejas, cuando el grito del chajá me hizo parar las orejas.

256 Como lumbriz me pegué al suelo para escuchar; pronto sentí retumbar las pisadas de los fletes, y que eran muchos jinetes conocí sin vacilar.

257 Cuando el hombre está en peligro no debe tener confianza; así tendido de panza puse toda mi atención y ya escuché sin tardanza como el ruido de un latón.

258 Se venían tan calladitos que yo me puse en cuidao; tal vez me hubieran bombiao y ya me venían a buscar; mas no quise disparar, que eso es de gaucho morao.

259 Al punto me santigüé y eché de giñebra un taco; lo mesmito que el mataco me arroyé con el porrón; si han de darme pa tabaco, dije, ésta es güena ocasión.

260 Me refalé las espuelas, para no peliar con grillos; me arremangué el calzoncillo, y me ajusté bien la faja, y en una mata de paja probé el filo del cuchillo.

261 Para tenerlo a la mano el flete en el pasto até, la cincha le acomodé, y, en un trance como aquél, haciendo espaldas en él quietito los aguardé.

262 Cuando cerca los sentí, y que ahí no más se pararon, los pelos se me erizaron y, aunque nada vían mis ojos, no se han de morir de antojo, les dije, cuando llegaron.

263 Yo quise hacerles saber que allí se hallaba un varón; les conocí la intención y solamente por eso es que les gané el tirón, sin aguardar voz de preso.

264 Vos sos un gaucho matrero, dijo uno, haciéndose el güeno. Vos mataste un moreno y otro en una pulpería, y aquí está la polecía

que viene a ajustar tus cuentas; te va alzar por las cuarenta si te resistís hoy día.

265 No me vengan, contesté, con relación de dijuntos; éstos son otros asuntos; vean si me pueden llevar, que yo no me he de entregar, aunque vengan todos juntos.

266 Pero no aguardaron más y se apiaron en montón; como a perro cimarrón me rodieron entre tantos; ya me encomendé a los santos, y eché mano a mi facón.

267 Y ya vide el fogonazo de un tiro de garabina, mas quiso la suerte indina de aquel maula, que me errase, y ahí no más lo levantase lo mesmo que una sardina.

268 A otro que estaba apurao acomodando una bola, le hice una dentrada sola y le hice sentir el Fierro, y ya salió como el perro cuando le pisan la cola.

269 Era tanta la aflicción y la angurria que venían, que tuitos se me venían, donde yo los esperaba; uno al otro se estorbaba y con las ganas no vían.

270 Dos de ellos que traiban sables más garifos y resueltos, en las hilachas envueltos enfrente se me pararon, y a un tiempo me atropellaron lo mesmo que perros sueltos.

271 Me fui reculando en falso y el poncho adelante eché, y en cuanto le puso el pie uno medio chapetón, de pronto le di un tirón y de espaldas lo largué

272 al verse sin compañero el otro se sofrenó; entonces le dentré yo, sin dejarlo resollar, pero ya empezó a aflojar y a la pu-n-ta disparó.

273 Uno que en una tacuara había atao una tijera, se vino como si fuera palenque de atar terneros, pero en dos tiros certeros salió aullando campo ajuera.

274 Por suerte en aquel momento venía coloriendo el alba y yo dije: si me salva la virgen en este apuro, en adelante le juro ser más güeno que una malva.

275 Pegué un brinco y entre todos sin miedo me entreveré; hecho ovillo me quedé y ya me cargó una yunta, y por el suelo la punta de mi facón les jugué.

276 El más engolosinao se me apió con un hachazo; se lo quité con el brazo; de no, me mata los piojos; y antes de que diera un paso le eché tierra en los dos ojos.

277 Y mientras se sacudía refregándose la vista, yo me le fui como lista y ahi no más me le afirmé, diciéndole: Dios te asista, y de un revés lo voltié.

278 Pero en ese punto mesmo sentí que por las costillas un sable me hacía cosquillas y la sangre me heló; dende ese momento yo me salí de mis casillas.

279 Di para atrás unos pasos hasta que pude hacer pie; por delante me lo eché de punta y tajos a un criollo; metió la pata en un hoyo, y yo al hoyo lo mandé.

280 Tal vez en el corazón le tocó un santo bendito a un gaucho, que pegó el grito y dijo: ¡Cruz no consiente que se cometa el delito de matar a un valiente!

281 Y ahi no más se me apareió, dentrándole a la partida; yo les hice otra embestida pues entre dos era robo; y el Cruz era como lobo que defiende su guarida.

282 Uno despachó al infierno de dos que lo atropellaron; los demás remoliniaron, pues íbamos a la fija, y a poco andar dispararon lo mesmo que sabandija.

283 Ahí quedaron largo a largo los que estiaron la jeta; otro iba como maleta, y Cruz de atrás les decía: que venga otra polecía a

llevarlos en carreta.

284 Yo junté las osamentas, me hiqué y les recé un bendito, hice una cruz de un palito y pedí a mi Dios clemente me perdonara el delito de haber muerto tanta gente.

285 Dejamos amotonaos a los pobres que murieron; no sé si los recogieron, porque nos fuimos a un rancho, o si tal vez los caranchos ahí no más se los comieron.

286 Lo agarramos mano a mano entre los dos al porrón: en semejante ocasión un trago a cualquiera encanta; y Cruz no era remolón ni pijotiaba garganta.

287 Calentamos los gargueros y nos largamos muy tiesos, siguiendo siempre los besos al pichel, y por mas señas, íbamos como cigüeñas estirando los pescuezos.

288 Yo me voy, le dije, amigo, donde la suerte me lleve, y si es que alguno se atreve, a ponerse en mi camino, yo seguiré mi destino, que el hombre hace lo que debe.

289 Soy un gaucho desgraciao, no tengo donde ampararme, ni un palo donde rascarme, ni un árbol que me cubije: pero ni aun esto me aflige porque yo sé manejarlo.

290 Antes de cair al servicio, tenía familia y hacienda; cuando volví, ni la prenda me la habían dejao ya. Dios sabe en lo que vendrá a parar esta contienda.

X - Por culpa de una mujer.

291 amigazo, pa sufrir han nacido los varones; estas son las ocasiones de mostrarse un hombre juerte, hasta que venga la muerte y lo agarre a coscorrónes.

292 El andar tan despilchao ningún mérito me quita; sin ser un alma bendita me duelo del mal ajeno: soy un pastel con relleno que

parece torta frita.

293 Tampoco me faltan males y desgracias, le prevengo; también mis desdichas tengo, aunque esto poco me aflige: yo sé hacerme el chango rengo cuando la cosa lo exige.

294 Y con algunos ardiles voy viviendo, aunque roto; a veces me hago el sarnoso y no tengo ni un granito, pero al chifle voy ganoso como panzón al maíz frito.

295 A mí no me matan penas mientras tenga el cuero sano; venga el sol en el verano y la escarcha en el invierno ¿por qué afligirse el cristiano?

296 Hagámosle cara fiera a los males, compañero, porque el zorro más matrero suele cair como un chorlito; viene por un corderito y en la estaca deja el cuero.

297 Hoy tenemos que sufrir males que no tienen nombre, pero esto a nadie lo asombre porque ansina es el pastel, y tiene que dar el hombre mas güeltas que un carretel.

298 Yo nunca me he de entregar a los brazos de la muerte; arrastro mi triste suerte paso a paso y como pueda, que donde el débil se queda se suele escapar el fuerte.

299 Y ricuerde cada cual lo que cada cual sufrió, que lo que es, amigo, yo, hago así la cuenta mía: ya lo pasado pasó; mañana será otro día.

300 Yo también tuve una pilcha que me enllenó el corazón, y si en aquella ocasión alguien me hubiera buscao, siguro que me había hallao más prendido que un botón.

301 En la güeya del querer no hay animal que se pierda- las mujeres no son lerdas, y todo gaucho es dotor si pa cantarle al amor tiene que templar las cuerdas.

302 ¡Quién es de una alma tan dura que no quiera una mujer! Lo alivia en su padecer: si no sale calavera es la mejor compañera que el hombre puede tener.

303 Si es güena, no lo abandona cuando lo ve desgraciao, lo asiste con su cuidao, y con afán cariñoso, y usté tal vez ni un rebozo ni una pollera le ha dao.

304 ¡Grandemente lo pasaba con aquella prenda mía, viviendo con alegría como la mosca en la miel! ¡Amigo, qué tiempo aquel! ¡La pucha, que la quería!

305 Era la águila que a un árbol dende las nubes bajó; era más linda que el alba cuando va rayando el sol; era la flor deliciosa que entre el trebolar creció.

306 Pero, amigo, el comendante que mandaba la milicia, como que no desperdicia se fue refalando a casa; yo le conocí en la traza que el hombre traiba malicia.

307 Él me daba voz de amigo, pero no le tenía fe; era el jefe, y ya se ve, no podía competir yo; en mi rancho se pegó lo mismo que un sagaupé.

308 A poco andar, conocí que ya me había desbancao, y él siempre muy entonao, aunque sin darme ni un cobre, me tenía de lao a lao como encomienda de pobre.

309 A cada rato, de chasque me hacía dir a gran distancia; ya me mandaba a una estancia, ya al pueblo, ya a la frontera; pero él en la comandancia no ponía los pies siquiera.

310 Es triste a no poder más el hombre en su padecer, si no tiene una mujer que lo ampare y lo consuele: mas pa que otro se la pele lo mejor es no tener.

311 No me gusta que otro gallo le cacaree a mi gallina; yo andaba ya con la espina, hasta que en una ocasión lo pille junto al jogón

abrazándome a la china.

312 Tenía el viejito una cara de ternero mal lamido, y al verle tan atrevido le dije: ¡que le aproveche!- Que había sido pa el amor como gaucho pa la leche.

313 Peló la espalda y se vino como a quererme ensartar, pero yo sin tutubiar le volví al punto a decir: ¡cuidado!, No te vas a per-tigo; poné cuarta pa salir.

314 Un puntazo me largó, pero el cuerpo le saqué, y en cuanto se lo quité, para no matar un viejo, con cuidado, medio de lejos un palazzo le asenté.

315 Y como nunca al que manda le falta algún adulón, uno que en esa ocasión se encontraba allí presente, vino apretando los dientes como perrito mamón.

316 Me hizo un tiro de revuélver que el hombre creyó siguro; era confiado y le juro que cerquita se arrimaba, pero, siempre en un apuro se desentumen mis tabas.

317 Él me siguió menudiando mas sin poderme acertar, y yo, dele culebriar, hasta que al fin le dentré y ahi no más lo despaché sin dejarlo resollar.

318 Dentré a campiar en seguida al viejito enamora- el pobre se había ganao en un noque de lejía. ¡Quién sabe cómo estaría del susto que había llevao!

319 ¡Es zonzo el cristiano macho cuando el amor lo domina! Él la miraba a la indina, y una cosa tan jedionda sentí yo, que ni en la fonda he visto tal jedentina

320 Y le dije: pa su agüela han de ser esas perdices. Yo me tapé las narices, y me salí esternudando, y el viejo quedó olfatiando como chico con lumbrices.

321 Cuando la mula recula, señal que quiere cociar, así se suele portar aunque ella lo disimula; recula como la mula la mujer, para olvidar.

322 Alcé mis ponchos y mis prendas y me largué a padecer por culpa de una mujer que quiso engañar a dos; al rancho le dije adiós, para nunca más volver.

323 Las mujeres, dende entonces, conocí a todas en una; ya no he de probar fortuna con carta tan conocida: mujer y perra parida, ¡no se me acerca ninguna!.

XI - A bailar un pericón.

324 a otros les brotan las coplas como agua de manantial; pues a mí me pasa igual; aunque las mías nada valen, de la boca se me salen como ovejas de corral.

325 Que en puertiando la primera, ya la siguen los demás, y en montones las de atrás contra los palos se estrellan, y saltan y se atropellan sin que se corten jamás.

326 Y aunque yo por mi inorancia con gran trabajo me esplico, cuando llego a abrir el pico, tengaló por cosa cierta, sale un verso y en la puerta ya asoma el otro el hocico.

327 Y emprésteme su atención; me oirá relatar las penas de que traigo la alma llena; porque en toda circunstancia, paga el gaucho su inorancia con la sangre de sus venas.

328 Después de aquella desgracia me refugié en los pajales; anduve entre los cardales como bicho sin guarida; pero, amigo, es esa vida como vida de animales.

329 Y son tantas las miserias en que me he salido ver, que con tanto padecer y sufrir tanta aflicción, malicio que he de tener un callo en el corazón.

330 Así andaba como guacho cuando pasa el temporal; supe una vez por mi mal de una milonga que había, y ya pa la pulpería enderecé mi bagual.

331 Era la casa del baile un rancho de mala muerte, y se enllenó de tal suerte que andábamos a empujones: nunca faltan encontrones cuando un pobre se divierte.

332 Yo tenía unas medias botas con tamaños verdugones; me pusieron los talones con crestas como gallos: ¡si viera mis afliciones pensando yo que eran callos!

333 Con gato y con fandanguillo había empezado el changango, y para ver el fandango me colé haciendomé bola, mas metió el diablo la cola, y todo se volvió pango.

334 Había sido el guitarrero un gaucho duro de boca: yo tengo paciencia poca pa aguantar cuando no debo; a ninguno me le atrevo, pero me halla el que me toca. 335 A bailar un pericón con una moza salí, y cuanto me vido allí sin duda me conoció; y estas coplitas cantó como por ráirse de mí:

336 las mujeres son todas como las mulas; yo no digo que todas, pero hay algunas que a las aves que vuelan les sacan plumas.

337 Hay gauchos que presumen de tener damas; no digo que presumen, pero se alaban, y a lo mejor los dejan tocando tablas.

338 Se secretiaron las hembras, y yo ya me encocoré; volié la anca y le grité: ¡dejá de cantar- chicharra! Y de un tajo a la guitarra tuitas las cuerdas corté.

339 Al punto salió de adentro un gringo con un jusil; pero nunca he sido vil, poco el peligro me espanta; yo me refalé la manta y la eché sobre el candil.

340 Gané en seguida la puerta gritando: ¡nadies me ataje! Y alborotado el hembraje, lo que todo quedo oscuro, empezó a verse

en apuro mesturao con el gauchaje.

341 El primero que salió fue el cantor, y se me vino; pero yo no pierdo el tino aunque haiga tomao un trago, y hay algunos por mi pago que me tienen por ladino.

342 No ha de haber achocao otro: le salió cara la broma; a su amigo cuando toma se le despeja el sentido, y el pobrecito había sido como carne de paloma.

343 Para prestar un socorro las mujeres no son lerdas: antes que la sangre pierda lo arrimaron a unas pipas; ahí lo dejé con las tripas como pa que hiciera cuerdas.

344 Monté y me largué a los campos más libre que el pensamiento, como las nubes al viento a vivir sin paradero, que no tiene el que es matrero nido, ni rancho, ni asiento.

345 No hay juerza contra el destino que le ha señalao el cielo, y aunque no tenga consuelo, ¡aguante el que está en trabajo! ¡Nadies se rasca pa abajo, ni se lonjea contra el pelo!

346 Con el gaucho desgraciao no hay uno que no se entone ¡la menor falta lo espone a andar con los avestruces faltan otros con más luces y siempre hay quien los perdone.

XII - Ansí estuve en la partida.

347 Yo no sé qué tantos meses esta vida me duró; a veces nos obligó la miseria a comer potro: me había acompaña con otros tan desgraciaos como yo

348 Mas ¿para qué platicar sobre esos males, canejos? Nace el gaucho y se hace viejo, sin que mejore su suerte, hasta que por ahí la muerte sale a cobrarle el pellejo.

349 Pero como no hay desgracia que no acabe alguna vez, me aconteció que después de sufrir tanto rigor, un amigo, por favor, me

compuso con el juez.

350 Le advertiré que en mi pago ya no va quedando un criollo: se los ha tragao el hoyo, o juido o muerto en la guerra; porque, amigo, en esta tierra nunca se acaba el embrollo.

351 Colijo que jué por eso que me llamó el juez un día, y me dijo que quería hacerme a su lao venir, y que dentrase a servir de soldao de polecía.

352 Y me largó una proclama tratándome de valiente; que yo era un hombre decente, y que dende aquel momento me nombraba de sargento pa que mandara la gente.

353 Así estuve en la partida, pero ¿qué había de mandar? Anoche al irlo a tomar vide güena coyuntura, y a mí no me gusta andar con la lata a la cintura.

354 Ya conoce, pues, quién soy; tenga confianza conmigo: Cruz le dio mano de amigo, y no lo ha de abandonar; juntos podemos buscar pa los dos un mesmo abrigo.

355 Andaremos de matreros si es preciso pa salvar; nunca nos ha de faltar ni un güen pingo pa juir, ni un pajal ande dormir, ni un matambre que ensartar.

356 Y cuando sin trapo alguno nos haiga el tiempo dejao, yo le pediré emprestao el cuero a cualquiera lobo, y hago un poncho, si lo sobo, mejor que poncho engomao.

357 Para mí la cola es pecho y el espinazo es cadera hago mi nido ande quiera y de lo que encuentro como; me echo tierra sobre el lomo y me apeo en cualquier tranquera.

358 Y dejo rodar la bola, que algún día se ha de parar- tiene el gaucho que aguantar hasta que lo trague el hoyo, o hasta que venga algún criollo en esta tierra a mandar.

362 Todos se güelven proyotos de colonias y carriles, y tirar la plata a miles en los gringos enganchaos, mientras al pobre soldao le pelan la cucha- ¡ah, viles!

363 Pero si siguen las cosas como van hasta el presente, puede ser que redepente veamos el campo disierto, y blanquiando solamente los güesos de los que han muerto.

359 Lo miran al pobre gaucho como carne de cogote: lo tratan al estricote y si así las cosas andan, porque quieren los que mandan, aguantemos los azotes.

360 ¡Pucha! Si usted los oyera, como yo en una ocasión tuita la conversación que con otro tuvo el juez; le asiguro que esa vez se me achicó el corazón.

361 Hablaban de hacerse ricos con campos en la fronteras, de sacarla más ajuera, donde había campos baldidos y llevar de los partidos gente que la defendiera.

364 Hace mucho que sufrimos la suerte reclusiva trabaja el gaucho y no arriba porque a lo mejor del caso, lo levantan de un sogazo sin dejarle ni saliva.

365 De los males que sufrimos hablan mucho los puebleros, pero hacen como los teros para esconder sus niditos: en un lao pegan los gritos y en otro tienen los güevos.

366 Y se hacen los que no aciertan a dar con la coyuntura: mientras al gaucho lo apura con rigor la autoridad, ellos a la enfermedá le están errando la cura.

XIII. A los indios me refalo

367 ya veo que somos los dos astillas del mismo palo: yo paso por gaucho malo y usted anda del mismo modo; y yo, pa acabarlo todo, a los indios me refalo.

368 Pido perdón a mi Dios que tantos bienes me hizo, pero dende que es preciso que viva entre los infeles, yo seré cruel con los crueles: así mi suerte lo quiso.

369 Dios formó lindas las flores, delicadas como son; le dio toda perfección y cuanto él era capaz, pero al hombre le dio más cuando le dio el corazón.

370 Le dio claridá a la luz, fuerza en su carrera al viento, le dio vida y movimiento dende la águila al gusano; pero más le dio al cristiano al darle el entendimiento.

371 Y aunque a las aves les dio, con otras cosas que inoro, esos piquitos como oro y un plumaje como tabla le dio al hombre más tesoro al darle una lengua que habla.

372 Y dende que dio a las fieras esa juria tan inmensa, que no hay poder que las venza ni nada que las asombre, ¿qué menos le daría al hombre que el valor pa su defensa?

373 Pero tantos bienes juntos al darle, malicio yo que en sus adentros pensó que el hombre los precisaba que los bienes igualaba con las penas que le dio.

374 Y yo empujao por las mías quiero salir de este infierno: ya no soy pichón muy tierno y sé manejar la lanza, y hasta los indios no alcanza la facultá de gobierno

375 yo sé que allá los caciques amparan a los cristianos, y que los tratan de cuando se van por su gusto. ¡A qué andar pasando sustos-! Alcemos el poncho y vamos.

376 En la cruzada hay peligros, pero ni aun esto me aterra: yo ruedo sobre la tierra arrastrao por mi destino; y si erramos el camino- no es el primero que lo erra.

377 Si hemos de salvar o no, de esto naides nos responde; derecho ande el sol se esconde tierra adentro hay que tirar; algún día hemos

de llegar- después sabremos a dónde.

378 No hemos de perder el rumbo: los dos somos güena yunta. El que es gaucho ve ande apunta aunque inora ande se encuentra; pa el lao en que el sol se dentra dueblan los pastos la punta.

379 De hambre no pereceremos, pues, según otros me han dicho, en los campos se hallan bichos de los que uno necesita- gamas, matacos, mulitas avestruces y quirquinchos.

380 Cuando se anda en el desierto se come uno hasta las colas; lo han cruzao mujeres solas llegando al fin con salú, y ha de ser gaucho el ñandú que se escape de mis bolas.

381 Tampoco a la sé le temo; yo la aguanto muy contento; busco agua olfatiando el viento y, dende que no soy manco, ande hay duraznillo blanco cavo, y la saco al momento.

382 Allá habrá siguridá ya que aquí no la tenemos; menos males pasaremos y ha de haber grande alegría el día que nos descolguemos en alguna toldería.

383 Fabricaremos un toldo, como lo hacen tantos otros, con unos cueros de potro, que sea sala y sea cocina. ¡Tal vez no falte una china que se apiade de nosotros!

384 Allá no hay que trabajar, vive uno como un señor; de cuando en cuando un malón, y si de él sale con vida, lo pasa echao panza arriba mirando dar güelta el sol

385 Y ya que a juerza de golpes la suerte nos dejó aflús puede que allá veamos luz y se acaben nuestras penas: todas las tierras son güenas; vamonós, amigo Cruz.

386 El que maneja las bolas, el que sabe echar un pial y sentársele a un bagual sin miedo de que lo baje, entre los mismos salvajes no puede pasarlo mal.

387 El amor como la guerra lo hace el criollo con canciones; a más de eso en los malones podemos aviarnos de algo; en fin amigo, yo salgo de estas pelegrinaciones.

388 En este punto el cantor buscó un porrón pa consuelo, echó un trago como un cielo, dando fin a su argumento; y de un golpe el instrumento lo hizo astillas contra el suelo.

389 Ruempo, dijo, la guitarra, pa no volverme a tentar; ninguno la ha de tocar, por siguro tengaló; pues naides ha de cantar cuando este gaucho cantó.

390 Y daré fin a mis coplas con aire de relación; nunca falta un preguntón más curioso que mujer, y tal vez quiera saber como jué la conclusión.

391 Cruz y Fierro de una estancia una tropilla se arriaron; por delante se la echaron como criollos entendidos, y pronto sin ser sentidos por la frontera cruzaron.

392 Y cuando la habían pasao, una madrugada clara le dijo Cruz que mirara las últimas poblaciones, y a Fierro dos lagrimones le rodaron por la cara.

393 Y siguiendo el fiel del rumbo se entraron en el desierto, no sé si los habrán muerto en alguna correría, pero espero que algún día sabré de ellos algo cierto.

394 Y ya con estas noticias mi relación acabé; por ser ciertas las conté, todas la desgracias dichas: es un telar de desdichas cada gaucho que usté ve.

395 Pero ponga su esperanza en el Dios que lo formó; y aquí me despido yo que he relatao a mi modo MALES QUE CONOCEN TODOS, PERO QUE NAIDES CONTÓ.

La Vuelta de Martín Fierro

de José Hernández

Buenos Aires,
Librería del Plata,
Calle Tacuarí 17.

1879.

Cuatro palabras de conversación con los lectores

Entrego á la benevolencia pública, con el título LA VUELTA DE MARTIN FIERRO, la segunda parte de una obra que ha tenido una acogida tan generosa, que en seis años se han repetido once ediciones con un total de cuarenta y ocho mil ejemplares.

Esto no es vanidad de autor, porque no rindo tributo á esa falsa diosa; ni bombo de Editor, porque no lo he sido nunca de mis humildes producciones.

Es un recuerdo oportuno y necesario, para explicar porque el primer tirage del presente libro consta de 20 mil ejemplares, divididos en cinco secciones ó ediciones de 4 mil números cada una -y agregaré, que confio en que el acreditado Establecimiento Tipográfico del Sr. Coni, hará una impresion esmerada, como la que tienen todos los libros que salen de sus talleres.

Lleva tambien diez ilustraciones incorporadas en el testo, y creo que en los dominios de la literatura es la primera vez que una obra sale de las prensas nacionales con esta mejora.

Así se empieza.

Las láminas han sido dibujadas y calcadas en la piedra por D. Cárlos Clerice, artista compatriota que llegará á ser notable en su ramo, porque es jóven, tiene escuela, sentimiento artístico, y amor al trabajo.

El grabado ha sido ejecutado por el señor Supot, que posée el arte, nuevo y poco generalizado todavia entre nosotros, de fijar en láminas metálicas lo que la habilidad del litógrafo ha calcado en la piedra, creando ó imaginando posiciones que interpreten con claridad y sentimiento la escena descrita en el verso.

No se ha omitido, pues, ningun sacrificio á fin de hacer una publicacion en las mas aventajadas condiciones artísticas.

En cuanto á su parte literaria, solo diré que no se debe perder de vista al juzgar los defectos del libro, que es copia fiel de un original que los tiene, y repetiré, que muchos defectos están allí con el objeto de hacer mas evidente y clara la imitacion de los que lo son en realidad.

Un libro destinado á despertar la inteligencia y el amor á la lectura en una poblacion casi primitiva, á servir de provechoso recreo, despues de las fatigosas tareas, á millares de personas que jamás han leído, debe ajustarse estrictamente á los usos y costumbres de esos mismos lectores, rendir sus ideas é interpretar sus sentimientos en su mismo language, en sus frases mas usuales, en su forma mas general, aunque sea incorrecta; con sus imágenes de mayor relieve, y con sus giros mas característicos, á fin de que el libro se identifique con ellos de una manera tan estrecha é intima,

que su lectura no sea sino una continuacion natural de su existencia.

Solo asi pasan sin violencia del trabajo al libro; y solo asi, esa lectura puede serles amena, interesante y útil.

Ojalá hubiera un libro que gozára del dichoso privilegio de circular de mano en mano en esa inmensa poblacion diseminada en nuestras vastas campañas, y que bajo una forma que lo hiciera agradable, que asegurára su popularidad, sirviera de ameno pasatiempo á sus lectores, pero;-

Enseñando que el trabajo honrado es la fuente principal de toda mejora y bienestar-

Enalteciendo las virtudes morales que nacen de la ley natural y que sirven de base á todas las virtudes sociales-

Inculcando en los hombres el sentimiento de veneracion hácia su Creador, inclinándolos á obrar bien-

Afeando las supersticiones ridículas y generalizadas que nacen de una deplorable ignorancia-

Tendiendo á regularizar y dulcificar las costumbres, enseñando por medios hábilmente escondidos, la moderacion y el aprecio de si mismo; el respeto á los demas; estimulando la fortaleza por el espectáculo del infortunio acerbo, aconsejando la perseverancia en el bien y la resignacion en los trabajos-

Recordando á los Padres los deberes que la naturaleza les impone para con sus hijos, poniendo ante sus ojos los males que produce su olvido, induciéndolos por ese medio á que mediten y calculen por si mismos todos los beneficios de su cumplimiento-

Enseñando á los hijos como deben respetar y honrar á los autores de sus dias-

Fomentando en el esposo el amor á su esposa, recordando á esta los santos deberes de su estado; encareciendo la felicidad del hogar, enseñando á todos á tratarse con respeto reciproco, robusteciendo por todos estos medios los vinculos de la familia y de la sociabilidad-

Afirmando en los ciudadanos el amor á la libertad, sin apartarse del respeto que es debido á los superiores y magistrados-

Enseñando á hombres con escasas nociones morales, que deben ser humanos y clementes, caritativos con el huérfano y con el desvalido; fieles á la amistad; gratos á los favores recibidos; enemigos de la holgazanería y del vicio; conformes con los cambios de fortuna; amantes de la verdad, tolerantes, justos y prudentes siempre.

Un libro que todo esto, mas que esto, ó parte de esto enseñara sin decirlo, sin revelar su pretension, sin dejarla conocer siquiera, seria indudablemente un buen libro, y por cierto que levantaria el nivel moral é intelectual de sus lectores aunque dijera naides por nadie, resertor por desertor, mesmo por mismo, u otros barbarismos semejantes; cuya enmienda le está reservada á la escuela, llamada á llenar un vacio que el poema debe respetar, y á corregir vicios y defectos de fraseologia, que son también elementos de que se debe apoderar el arte para combatir y estirpar males morales mas fundamentales y trascendentes, examinándolos bajo el punto de vista de una filosofia mas elevada y pura.

El progreso de la locucion no es la base del progreso social, y un libro que se propusiera tan elevados fines, deberia prescindir por completo de las delicadas formas de la cultura de la frase, subordinándose á las imperiosas exigencias de sus propósitos moralizadores, que serían en tal caso, el éxito buscado.

Los personajes colocados en escena deberían hablar en su lenguaje peculiar y propio, con su originalidad, su gracia y sus defectos

naturales, porque despojados de ese ropaje, lo serían igualmente de su carácter típico, que es lo único que los hace simpáticos, conservando la imitacion y la verosimilitud en el fondo y en la forma.

Entra tambien en esta parte la eleccion del prisma á traves del cual le es permitido á cada uno estudiar sus tiempos. Y aceptando esos defectos como un elemento, se idealiza tambien, se piensa, se inclina á los demás á que piensen igualmente, y se agrupan, se preparan y conservan pequeños monumentos de arte, para los que han de estudiarnos mañana y levantar el grande monumento de la historia de nuestra civilizacion.

El gaucho no conoce ni siquiera los elementos de su propio idioma, y sería una impropiedad cuando menos, y una falta de verdad muy censurable, que quien no ha abierto jamás un libro, siga las reglas de arte de Blair, Hermosilla ó la Academia.

El gaucho no aprende á cantar. Su único maestro es la espléndida naturaleza que en variados y majestuosos panoramas se extiende delante de sus ojos. Canta porque hay en él cierto impulso moral, algo de métrico, de rítmico que domina en su organizacion, y que lo lleva hasta el estraordinario extremo de que, todos sus refranes, sus dichos agudos, sus proverbios comunes son espresados en dos versos octosílabos perfectamente medidos, acentuados con inflexible regularidad, llenos de armonía, de sentimiento y de profunda intencion.

Eso mismo hace muy difícil, sinó de todo punto imposible, distinguir y separar cuales son los pensamientos originales del autor, y cuales los que son recogidos de las fuentes populares.

No tengo noticia que exista ni que haya existido una raza de hombres aproximados á la naturaleza, cuya sabiduria proverbial llene todas las condiciones rítmicas de nuestros proverbios gauchos.

Qué singular es, y qué digno de observacion, el oír á nuestros paisanos mas incultos, espresar en dos versos claros y sencillos, máximas y pensamientos morales que las naciones mas antiguas, la India y la Persia, conservaban como el tesoro inestimable de su sabiduria proverbial; que los griegos escuchaban con veneracion de boca de sus sabios mas profundos, de Sócrates, fundador de la moral, de Platon y de Aristóteles; que entre los latinos difundió gloriosamente el afamado Seneca; que los hombres del Norte les dieron lugar preferente en su robusta y enérgica literatura; que la civilizacion moderna repite por medio de sus moralistas mas esclarecidos, y que se hallan consagrados fundamentalmente en los códigos religiosos de todos los grandes reformadores de la humanidad.

Indudablemente, que hay cierta semejanza íntima, cierta identidad misteriosa entre todas las razas del globo que solo estudian en el gran libro de la naturaleza; pues que de él deducen, y vienen deduciendo desde hace mas de tres mil años, la misma enseñanza, las mismas virtudes naturales, expresadas en prosa por todos los hombres del globo, y en versos por los gauchos que habitan las vastas y fértiles comarcas que se estienden á las dos márgenes del Plata.

El corazon humano y la moral son los mismos en todos los siglos.

Las civilizaciones difieren esencialmente. "Jamás se hará, dice el doctor Don V. F. Lopez en su prólogo á LAS NEUROSIS, un profesor ó un catedrático Europeo, de un Bracma"; así debe ser: pero no ofreceria la misma dificultad el hacer de un gaucho un Bracma lleno de sabiduria; si es que los Bracmas hacen consistir toda su ciencia en su sabiduria proverbial, segun los pinta el sabio conservador de la Biblioteca Nacional de París, en "La sabiduria popular de todas las naciones" que difundió en el nuevo mundo el americano Pazos Kanki.

Saturados de ese espíritu gaucho, hay entre nosotros algunos poetas de formas muy cultas y correctas, y no ha de escasear el género, porque es una producción legítima y espontánea del país, y que en verdad, no se manifiesta únicamente en el terreno florido de la literatura.

Concluyo aquí, dejando á la consideración de los benévolo lectores, lo que yo no puedo decir sin estender demasiado este prefacio, poco necesario en las humildes coplas de un hijo del desierto.

¡Sea el público indulgente con él! Y acepte esta humilde producción, que le dedicamos como que es nuestro mejor y mas antiguo amigo.

* * * * *

La originalidad de un libro debe empezar en el prólogo.

Nadie se sorprenda por lo tanto, ni de la forma ni de los objetos que este abraza; y debemos terminarlo haciendo público nuestro agradecimiento hacia los distinguidos escritores que acaban de honrarnos con su fallo, como el señor D. José Tomás Guido, en una bellísima carta que acogieron deferentes La Tribuna y La Prensa, y que reprodujeron en sus columnas varios periódicos de la República. - El Dr. D. Adolfo Saldías, en un meditado trabajo sobre el tipo histórico y social del gaucho. - El Dr. D. Miguel Navarro Viola, en la última entrega de la Biblioteca Popular, estimulándonos, con honrosos términos, á continuar en la tarea empezada.

Diversos periódicos de la ciudad y campaña, como EL Heraldo, del Azul, La Patria, de Dolores, El Oeste, de Mercedes, y otros, han adquirido tambien justos titulos á nuestra gratitud, que conservamos como una deuda sagrada.

Terminamos esta breve reseña con La Capital, del Rosario, que ha anunciado LA VUELTA DE MARTIN FIERRO, haciendo concebir esperanzas que Dios sabe si van á ser satisfechas.

Ciérrase este prólogo diciendo que se llama este libro LA VUELTA DE MARTÍN FIERRO, porque este título le dió el público, antes, mucho antes de haber yo pensado en escribirlo; y allá va á correr tierras con mi bendición paternal.

JOSÉ HERNÁNDEZ.

La Vuelta de Martín Fierro

I

MARTÍN FIERRO

396 Atención pido al silencio y silencio a la atención, que voy en esta ocasión, si me ayuda la memoria, a mostrarles que a mi historia le faltaba lo mejor.

397 Viene uno como dormido cuando vuelve del desierto; veré si a explicarme acierto entre gente tan bizarra y si al sentir la guitarra de mi sueño me despierto.

398 Siento que mi pecho tiembla, que se turba mi razón, y de la viguela al son imploro a la alma de un sabio que venga a mover mi labio y alentar mi corazón.

399 Si no llego a treinta y una de fijo en treinta me planto, y esta confianza adelanto porque recibí en mi mismo, con el agua del bautismo, la facultá para el canto.

400 Tanto el pobre como el rico la razón me la han de dar; y si llegan a escuchar lo que explicaré a mi modo, digo que no han de rair todos: algunos han de llorar.

401 Mucho tiene que contar el que tuvo que sufrir, y empezaré por pedir no duden de cuanto digo; pues debe creerse al testigo si no pagan por mentir.

402 Gracias le doy a la virgen, gracias le doy al Señor, porque entre tanto rigor y habiendo perdido tanto, no perdí mi amor al canto ni mi voz como cantor.

403 Que cante todo viviente otorgó el Eterno Padre; cante todo el que le cuadre como lo hacemos los dos pues sólo no tiene voz el ser que no tiene sangre.

404 Canta el pueblero... Y es pueta; canta el gaucho... Y, ¡ay Jesús!, Lo miran como avestruz, su inorancia los asombra; mas siempre sirven las sombras para distinguir la luz.

405 El campo es del inorante, el pueblo del hombre estruido; yo que en el campo he nacido digo que mis cantos son para los unos... Sonidos, y para otros... Intención.

406 Yo he conocido cantores que era un gusto el escuchar; mas no quieren opinar y se divierten cantando; pero yo canto opinando, que es mi modo de cantar.

407 El que va por esta senda cuanto sabe desembucha, y aunque mi cencia no es mucha, esto en mi favor previene; yo se el corazón que tiene el que con gusto me escucha.

408 Lo que pinta este pincel ni el tiempo lo ha de borrar; ninguno se ha de animar a corregirme la plana; no pinta quien tiene gana sino quien sabe pintar.

409 Y no piensen los oyentes que del saber hago alarde; he conocido aunque tarde, sin haberme arrepentido, que es pecado cometido el decir ciertas verdades.

410 Pero voy en mi camino y nada me ladiará; he de decir la verdá; de naides soy adulón; aqui no hay imitación; esta es pura realidad.

411 Y el que me quiera enmendar mucho tiene que saber; tiene mucho que aprender el que me sepa escuchar; tiene mucho que rumiar el que me quiera entender.

412 Más que yo y cuantos me oigan, más que las cosas que tratan, más que los que ellos relatan, mis cantos han de durar; mucho ha habido que mascar para echar esta bravata.

413

Brotan quejas de mi pecho, brota un lamento sentido; y es tanto lo que he sufrido y males de tal tamaño que reto a todos los años a que traigan el olvido.

414 Ya verán si me despierto cómo se compone el baile; y no se sorprenda naides si mayor fuego me anima; porque quiero alzar la prima como pa tocar al aire.

415 Y con la cuerda tirante dende que ese tono elija, yo no he de aflojar manija mientras que la voz no pierda, si no se corta la cuerda o no cede la clavija.

416 Aunque rompí el instrumento por no volverme a tentar, tengo tanto que contar y cosas de tal calibre, que Dios quiera que se libre el que me enseñó a templar.

417 De naides sigo el ejemplo, naides a dirigirme viene; yo digo cuanto conviene, y el que en tal güeya se planta, debe cantar, cuando canta, con toda la voz que tiene.

418 He visto rodar la bola y no se quiere parar; al fin de tanto rodar me he decidido a venir a ver si puedo vivir y me dejan trabajar.

419 Sé dirigir la mansera y tambien echar un pial; sé correr en un rodeo, trabajar en un corral; me se sentar en un pértigo lo mismo que en un bagual.

420 Y enpriéstenmé su atención si así me quieren honrar de no, tendré que callar, pues el pájaro cantor jamás se para de cantar en

árbol que no da flor.

421 Hay trapitos que golpiar y de aquí no me levanto; si quieren que desembuche: tengo que decirles tanto que les mando que me escuchen.

422 Déjenmé tomar un trago: estas son otras cuarenta mi garganta esta sedienta, y de esto no me abochorno, pues el viejo, como el horno, por la boca se calienta.

II

423 Triste suena mi guitarra y el sunto lo requiere; ninguno alegrías espere sino sentidos lamentos de aquel que en duros tormentos nace, crece, vive y muere.

424 Es triste dejar sus pagos y largarse a tierra ajena llevándose la alma llena de tormentos y dolores; mas nos llevan los rigores como el pampero a la arena.

425 Irse a cruzar el desierto lo mismo que un forajido, dejando aquí en el olvido, como dejamos nosotros, su mujer en brazos de otro y sus hijitos perdidos.

426 ¡Cuántas veces al cruzar en esa inmensa llanura, al verse en tal desventura y tan lejos de los suyos, se tira uno entre los yuyos a llorar con amargura!

427 En la orilla de un arroyo solitario lo pasaba, en mil cosas cavilaba y, a una güelta repentina, se me hacía ver a mi china o escuchar que me llamaba.

428 Y las aguas serenas bebe el pingo trago a trago, mientras sin ningún halago pasa uno hasta sin comer, por pensar en su mujer, en sus hijos y en su pago.

429 Recordarán que con Cruz para el desierto tiramos en la pampa nos entramos, cayendo, por fin del viaje, a unos toldos de salvajes, los primeros que encontramos.

430 La desgracia nos seguía: llegamos en mal momento; estaban de parlamento tratando de una invasión y el indio en tal ocasión recela hasta de su aliento.

431 Se armó un tremendo alboroto cuando nos vieron llegar; no podíamos aplacar tan peligroso hervidero; nos tomaron por bomberos y nos quisieron lanzar.

432 Nos quitaron los caballos a los muy pocos minutos; estaban irresolutos; ¡quién sabe qué pretendían! Por los ojos nos metían las lanzas aquellos brutos.

433 Y déle en su lengüeteo hacer gestos y cabriolas; uno desató las bolas y se nos vino enseguida; ya no créiamos con vida salvar ni por carambola.

434 Alla no hay misericordia ni esperanza que tener; el indio es de parecer que siempre matar se debe, pues la sangre que no bebe le gusta verla correr.

435 Cruz se dispuso a morir peliando y me convidó. "Aguantemos", dije yo, "El fuego hasta que nos queme". Menos los peligros teme quien más veces lo venció.

436 Se debe ser mas prudente cuando el peligro es mayor; siempre se salva mejor andando con alvertencia porque no está la prudencia reñida con el valor.

437 Vino al fin el lenguaraz como a trairnos el perdón; nos dijo: "La salvación se la deben a un cacique; me manda que les esplique que se trata de un malón."

438 "Les ha dicho a los demás que ustedes quedan cautivos por si cain algunos vivos en poder de los cristianos, rescatar a sus

hermanos con estos dos fugitivos."

439 Volvieron al parlamento a tratar de sus alianzas, o tal vez de las matanzas, y, conforme les detallo, hicieron cerco a caballo recostándose en las lanzas.

440 Dentra al centro un indio viejo y alli a lengüetiar se larga; ¡quién sabe qué les encarga! Pero toda la riunión lo escuchó con atención lo menos tres horas largas.

441 Pegó al fin tres alaridos y ya principiaba otra danza; para mostrar su pujanza y dar pruebas de jinete, dió riendas rayando el flete y revoliando la lanza.

442 Recorre luego la fila, frente a cada indio se para, lo amenaza cara a cara y, en su juria, aquel maldito acompaña con su grito el cimbrar de la tacuara.

443 Se vuelve aquello un incendio mas feo que la mesma guerra: entre una nube de tierra se hizo allí una mezclanza de potros, indios y lanzas, con alaridos que aterran.

444 Parece un baile de fieras según yo me lo imagino; era inmenso el remolino, las voces aterradoras; hasta que al fin de dos horas se aplacó aquel torbellino.

445 De noche formaban cerco y en el centro nos ponían; para mostrar que querían quitarnos toda esperanza, ocho o diez filas de lanzas alrededor nos hacían.

446 Allí estaban vigilante cuidandonos a porfía; cuando roncar parecían "Huincá", gritaba cualquiera, y toda la fila entera "Huincá", "Huincá", repetía.

447 Pero el indio es dormilón y tiene un sueño projundo; es roncador sin segundo y en tal confianza es su vida, que ronca a pata tendida aunque se de güelta el mundo.

448 Nos aviriguaban todo como aquel que se previene, porque siempre les conviene saber las juerzas que andan, donde estan, quienes las mandan, que caballos y armas tienen.

449 A cada respuesta nuestra uno hace una exclamación, y luego en continuación aquellos indios feroces, cientos y cientos de voces repiten al mismo son.

450 Y aquella voz de un solo, que empieza por un gruñido, lega hasta ser alarido de toda la muchedumbre, y así adquieren la costumbre de pegar esos bramidos.

III

451 De ese modo nos hallamos empeñaos en la partida; no hay que darla por perdida por dura que sea la suerte, ni que pensar en la muerte, sino en soportar la vida.

452 Se endurece el corazón, no teme peligro alguno; por encontrarlo oportuno allí juramos los dos: respetar tan sólo a Dios; de Dios abajo, a ninguno.

453 El mal es árbol que crece y que cortado retoña; la gente esperta o bisoña sufre de infinitos modos; la tierra es madre de todos, pero también da ponzoña.

454 Mas todo varón prudente sufre tranquilo sus males; yo siempre los hallo iguales en cualquier senda que elijo; la desgracia tiene hijos, aunque ella no tiene madre.

455 Y al que le toca la herencia, donde quiera halla su ruina: lo que la suerte destina no puede el hombre evitar, porque el cardo ha de pinchar es que nace con espinas.

456 Es el destino del pobre un continuo zafarrancho y pasa como el carancho, porque el mal nunca se sacia, si el viento de la desgracia vuela las pajas del rancho.

457 Mas quien manda los pesares manda también el consuelo: la luz que baja del cielo alumbra al más encumbrao, y hasta el pelo mas delgao hace su sombra en el suelo.

458 Pero por más que uno sufra un rigor que lo atormente, no debe bajar la frente nunca, por ningún motivo: el álamo es mas altivo y gime constantemente.

459 El indio pasa la vida robando o echao de panza; la única ley es la lanza a que se ha de someter: lo que le falta en saber lo suple con descondianza.

460 Fuera cosa de engarzarlo a un indio caritativo: es duro con el cautivo, le dan un trato horroroso; es astuto y receloso, es audaz y vengativo.

461 No hay que pedirle favor ni que aguardar tolerancia; movidos por su inorancia y de puro desconfiaos, nos pusieron separaos bajo sutil vigilancia.

462 No pude tener con Cruz ninguna conversación: no nos daban ocasión, nos trataban como ajenos como dos años, lo menos, duro esta separación.

463 Relatar nuestras penurias fuera alargar el asunto. Les diré sobre este punto que a los dos años recién nos hizo el cacique el bien de dejarnos vivir juntos.

464 Nos retiramos con Cruz a la orilla de un pajal; por no pasarlo tan mal hicimos como un bendito en el desierto infinito, con dos cueros de bagual.

465 Fuimos a esconder allí nuestra pobre situación, aliviando con la unión aquel duro cautiverio, tristes como un cementerio al toque de la oración.

466 Debe el hombre ser valiente si ha rodar se determina, primero, cuando camina; segundo, cuando descansa; pues en aquellas

andanzas parece el que se acoquina.

467 Cuando es manso el ternero en cualquier vaca se prende; el que es gaucho esto lo entiende y ha de entender si le digo que andábamos con mi amigo como pan que no se vende.

468 Guarecidos en el toldo charlábamos mano a mano: éramos dos veteranos mansos pa las sabandijas, arrumbaos como cubijas cuando calienta el verano.

469 El alimento no abunda por mas empeño que se haga; lo pasa uno como plaga, ejercitando la industria, y siempre como la nutria viviendo a la orilla del agua.

470 En semejante ejercicio se hace diestro el cazador: cai el piche engordador, cai el pájaro que trina; todo bicho que camina va parar al asador.

471 Pues allí a los cuatro vientos la persecución se lleva; nadie escapa de la leva y dende que el alba asoma ya recorre uno la loma, el bajo, el nido y la cueva.

472 El que vive de la caza a cualquier bicho se atreve, que pluma o cáscara lleve, pues, cuando la hambre se siente, el hombre le clava el diente a todo lo que se mueve.

473 En las sagradas alturas esta el Maistro principal que enseña a cada animal a procurarse el sustento, y le brinda el alimento a todo ser racional.

474 Y aves y bichos y pejes se mantienen de mil modos: pero el hombre en su acomodo es curioso de observar: es el que sabe llorar y es el que los come a todos.

IV

475 Antes de aclarar el día empieza el indio a aturdir la pampa con su rugir, y en alguna madrugada, sin que sintiéramos nada, se largaban a invadir.

476 Primero entierran las prendas en cuevas como peludos; y aquellos indios cerdudos, siempre llenos de recelos, en los caballos en pelos se vienen medio desnudos.

477 Para pegar el malón el mejor flete procuran; y como es su arma segura vienen con la lanza sola, y varios pares de bolas atados a la cintura.

478 De ese modo anda liviano no fatiga al mancarrón; es su espuela en el malón, después de bien afilao, un cuernito de venao que se amarra en el garrón.

479 El indio que tiene un pingo que se llega a distinguir, lo cuida hasta pa dormir; de ese cudao es esclavo. Se lo alquila a otro indio bravo cuando vienen a invadir.

480 Por vigilarlo no come y ni aun el sueño concilia: sólo en eso no hay desidia; de noche les asiguro, para tenerlo siguro le hace cerco la familia.

481 Por eso habrán visto ustedes, si en el caso se han hallao, y si no lo han observao, tenganlô dende hoy presente, que todo pampa valiente anda siempre bien montao.

482 Marcha el indio a trote largo, paso que rinde y que dura; viene en dirección sigura y jamas a su capricho; no se les escapa bicho en la noche mas oscura.

483 Caminan entre nieblas con un cerco bien formao; lo estrechan con gran cuidao y agarran, al aclarar, nanduces, gamas, venaos, cuanto a podido entrar.

484 Su señal es un humito que se eleva muy arriba, y no hay quien no lo aperciba con esa vista que tienen; de todas partes se vienen a engrosar la comitiva.

485 Ansina se van juntando, hasta hacer esas riuniones que caen en las invasiones en número tan crecido; para formarla han salido de los últimos rincones.

486 Es guerra cruel la del indio porque viene como fiera; atropella donde quiera y de asolar no se cansa; de su pingo y de su lanza toda salvacion espera.

487 Debe atarse bien la faja quien a aguardarlo se atreva; siempre mala intención lleva, y, como tiene alma grande, no hay plegaria que lo ablande ni dolor que lo conmueva.

488 Odia de muerte al cristiano, hace guerra sin cuartel; para matar es sin yel, es fiero de condición; no golpia la compasión en el pecho del infiel.

489 Tiene la vista del águila, del leon la temeridá; en el desierto no habrá animal que él no lo entienda, ni fiera de que no aprenda un instinto de crueldá.

490 Es tenaz en su barbarie: no esperen verlo cambiar; el deseo de mejorar en su rudeza no cabe; el bárbaro solo sabe emborracharse y peliar.

491 El indio nunca ríe, y el pretenderlo es en vano, ni cuando festeja ufano el triunfo en sus correrías; la risa en sus alegrías le pertenece al cristiano.

492 Se cruzan en el desierto como un animal feroz; dan cada alarido atroz que hace erizar los cabellos; parece que a todos ellos los ha maldecido Dios.

493 Todo el peso del trabajo lo dejan a las mujeres: el indio es indio y no quiere apiar de su condición ha nacido indio ladrón y como

indio ladrón muere.

494 El que envenenan sus armas les mandan sus hechiceras; y como ni a Dios veneran, nada a los pampa contiene: hasta los nombres que tienen son de animales y fieras.

495 Y son, ¡por Cristo bendito!, Los más desasiasos del mundo: esos indios vagabundos, con repunancia me acuerdo, viven lo mismo que el cerdo en esos toldos inmundos.

496 Naides puede imaginar una miseria mayor; su pobreza causa horror; no sabe aquel indio bruto que la tierra no da fruto si no la riega el sudor.

V

497 Aquel desierto se agita cuando la invasion regresa; llevan miles de cabezas de vacuno y yeguarizo; pa no afligirse es preciso tener bastante firmeza.

498 Aquello es un hervidero de pampas -un celemín-. Cuando riunen el botín juntando toda la hacienda, es cantidá tan tremenda que no alcanza a verse el fin.

499 Vuelven las chinas cargadas con las prendas en montón; aflige esa destrucción: acomodaos en cargueros llevan negocios enteros que han saquiado en la invasión.

500 Su pretensión es robar, no quedar en el pantano; viene a tierra de cristianos como juria del infierno; no se llevan al Gobierno poerque no lo hallan a mano.

501 Vuelven locos de contento cuando han venido a la fija; antes que ninguno elija empiezan con todo empeño, como dijo un santiagueño, a hacerse la repartija.

502 Se reparten el botín con igualdad, sin malicia; no muestra el indio codicia, ninguna falta comete: solo en eso se somete a una regla de justicia.

503 Y cada cual con lo suyo a sus toldos enderieza; luego la matanza empieza tan sin razon ni motivo, que no queda animal vivo de esos miles de cabezas.

504 Y satisfecho el salvaje de que su oficio ha cumplido, lo pasa por ahí tendido volviendo a su haraganiar, y entra la china a cueriar con un afán desmedido.

505 A veces a tierra adentro algunas puntas se llevan; pero hay pocos que se atrevan a hacer esas incursiones, porque otros indios ladrones les suelen pelar la breva.

506 Pero pienso que los pampas deben de ser los mas rudos; aunque andan medio desnudos ni su conveniencia entienden: por una vaca que venden quinientas matan al ñudo.

507 Estas cosas y otras piores las he visto muchos años; pero si yo no me engaño concluyó ese vandalaje, y esos bárbaros salvajes no podran hacer mas daño.

508 Las tribus están deshechas; los caciques más altivos estan muertos o cautivos, privaos de toda esperanza, y de la chusma y de la lanza, ya muy pocos quedan vivos.

509 Son salvajes por completo hasta pa su diversión, pues hacen una junción que naides se la imagina; recien le toca a la china el hacer su papelón.

510 Cuando el hombre es mas salvaje trata pior a la mujer: yo no sé que pueda haber sin ella dicha ni goce. ¡Feliz el que la conoce y logra hacerse querer!

511 Todo el que entiende la vida busca a su lao los placeres; justo es que las considere el hombre de corazón; sólo los cobardes son

valientes con sus mujeres.

512 Pa servir a un desgraciao pronta la mujer está; cuando en su camino va no hay peligro que le asuste; ni hay una a quien no le guste una obra de caridá.

513 No se allará una mujer a la que esto no le cuadre; yo alabo al Eterno Padre, no porque las hizo bellas, sino porque a todas ellas les dió corazón de madre.

514 Es piadosa y diligente y sufrida en los trabajos; tal vez su valor rebajo aunque la estimo bastante; mas los indios inorantes la trata al estropajo.

515 Echan la alma trabajando bajo el mas duro rigor; el marido es su señor, como tirano la manda, porque el indio no se ablanda ni siquiera en el amor.

516 No tiene cariño a naides ni sabe lo que es amar. ¿Ni que se puede esperar de aquellos pechos de bronce? Yo los conocí al llegar y los calé dende entonces.

517 Mientras tiene qué comer permanece sosegao; yo que en sus toldos he estao y sus costumbres oserve, digo que es como aquel cuervo que no volvio del mandao.

518 Es para él como un juguete escupir un crucifijo; pienso que Dios los maldijo y ansina al ñudo desato: el indio, el cerdo y el gato redaman sangre del hijo.

519 Mas ya con cuentos de pampas no ocuparé su atención; debo pedirles perdón, pues sin querer me distraje; por hablar de esos salvajeos me olvidé de la junción.

520 Hacen un cerco de lanzas, los indios quedan ajuera; dentra la china ligera como yeguada en la trilla, y empieza allí la cuadrilla a dar güeltas en la era.

521 A un lao están los caciques, capitanejos y el trompa tocando con toda pompa como un toque de fajina; adentro muere la china, sin que aquel circulo rompa.

522 Muchas veces se les oyen a las pobres los quejidos; mas son lamentos perdidos: al rededor del cercao, en el suelo están mamaos los indios dando alaridos.

523 Su canto es una palabra y de ahi no salen jamás; llevan todas el compás "Ioká-ioká" repitiendo; me parece estarlas viendo mas fieras que Satanás.

524 Al trote dentro del cerco, sudando, hambrientas, juriosas, desgreadas y rotas, de sol a sol se lo llevan: bailan aunque truene o llueva, cantando la misma cosa.

VI

525 el tiempo sigue su giro y nosotros, solitarios; de los indios sanguinarios no teníamos qué esperar; el que nos salvó al llegar era el más hospitalario.

526 Mostró noble corazón, cristiano anhelaba ser; la justicia es un deber, y sus méritos no callo: nos regaló unos caballos y a veces nos vino a ver.

527 A la voluntad de Dios ni con la intención resisto: el nos salvó... ¡Ah, Cristo!, Muchas veces he deseado no nos hubiera salvado ni jamás haberlo visto.

528 Quien recibe beneficios jamás los debe olvidar; y al que tiene que rodar en su vida trabajosa, le pasan a veces cosas que son duras de pelar.

529 Voy dentrando poco a poco en lo triste del pasaje; cuando es amargo el brebaje el corazón no se alegra; dentro una virgüela negra que los diezmó.

530 Al sentir tal mortandá los indios, desesperaos, gritaban alborotados: "¡Cristiano echando gualicho!" No quedó en los toldos bicho que no saliío redotao.

531 Sus remedios son secretos, los tienen las adivinan; no los conocen las chinas sino alguna ya muy vieja, y es la que lo aconseja con mil embustes, la indina.

532 Allí soporta el paciente las terribles curaciones, pues a golpes y estrujones son los remedios aquellos: los agarran de los cabellos y le arrancan los mechones.

533 Les hacen mil herejías que el presenciarlas da horror; brama el indio de dolor por los tormentos que pasa, y untandolo todo de grasa lo ponen a hervir al sol.

534 Y puesto allí boca arriba, alrededor le hacen fuego; una china viene luego y al oído le da de gritos; hay algunos tan malditos que sanan con este juego.

535 A otros les cuecen la boca aunque de dolores cruja; lo agarran allí y lo estrujan, labios le queman y diente con un güevo bien caliente de alguna gallina bruja.

536 Conoce el indio el peligro y pierde toda esperanza; si a escapárseles alcanza dispara como la liebre; le da delirios la fiebre, y ya le cain con la lanza.

537 Esas fiebres son terribles, y aunque de esto no disputo ni de saber me reputo, "Será", decíamos nosotros, "De tanta carne de potro como comen esos brutos".

538 Había un gringuito cautivo que siempre hablaba del barco, y lo augaron en un charco por causante de la peste; tenía los ojos celestes como potrillo zarco.

539 Que le dieran esa muerte dispuso una china vieja, y aunque se aflije y se queja, es inútil que resista: ponía el infeliz la vista como la

pone la oveja.

540 Nosotros nos alejamos para no ver tanto estrago; Cruz sentia los amagos de la peste que reinaba, y la idea nos acosaba de volver a nuestros pagos.

541 Pero contra el plan mejor el destino se rebela. ¡La sangre se me congela! El que nos había salvado cayó tambien atacado de la fiebre y la virgüela.

542 No podiamos dudar, al verlo en tal padecer, el fin que habia de tener, y Cruz que era tan humano: "Vamos", me dijo, "Paisano a cumplir con un deber".

543 Fuimos a estar a su lado para ayudarlo a curar; lo vinieron a buscar y hacerle como a los otros; lo defendimos nosotros, no lo dejamos lancar.

544 Iba creciendo la plaga y la mortandá seguía. A su lado nos tenía cuiandolo con pacencia, pero acabó su esistencia al fin de unos pocos días.

545 El recuerdo me atormenta; se renueva mi pesar; me dan ganas de llorar; nada a mis penas igualo; Cruz también cayó muy malo ya para no levantar.

546 Todos pueden figurarse cuánto tuve que sufrir; yo no hacía sino gemir, y aumentaba mi aflicción no saber una oración pa ayudarlo a bien morir.

547 Se le pasmó la virgüela, y el pobre estaba en un grito; me recomendó un hijito que en su pago había dejado: "Ha quedado abandonado". Me dijo, "Aquel pobrecito".

548 "Si vuelve, búsquemeló", me repetía a media voz; "En el mundo eramos dos, pues él ya no tiene madre; que sepa el fin de su padre y encomiende mi alma a Dios".

549 Lo apretaba contra el pecho, dominao por el dolor; era su pena mayor el morir allá entre infieles sufriendo dolores crueles entrego su alma al Criador.

550 De rodillas a su lado yo lo encomendé a Jesús. Faltó a mis ojos la luz, tuve un terrible desmayo; cai como herido del rayo cuando lo vi muerto a Cruz.

VII

551 aquel bravo compañero en mis brazos espiró; hombre que tanto sirvió, varon que fue tan prudente, por humano y por valiente en el desierto murió.

552 Y yo, con mis propias manos, yo mesmo lo sepulté; a Dios por su alma rogué de dolor el pecho lleno, y humedeció aquel terreno el llanto que redamé.

553 Cumplí con mi obligación; no hay falta de que me acuse, ni deber de que se escuse, aunque de dolor sucumba: allá señala su tumba una cruz que yo le puse.

554 Andaba de toldo en toldo y todo me fastidiaba; el pesar me dominaba, y entregao al sentimiento se me hacía cada momento oír a Cruz que me llamaba.

555 Cual más, cual menos, los criollos saben lo que es amargura; en mi triste desventura no encontraba otro consuelo que ir a tirarme en el suelo, al lao de su sepultura.

556 Allí pasaba las horas sin haber naides conmigo teniendo a Dios por testigo, y mis pensamientos fijos en mi mujer y mis hijos, en mi pago y en mi amigo.

557 Privado de tantos bienes y perdido en tierra ajena, parece que se encadena el tiempo y que no pasara, como si el sol se parara a contemplar tanta pena.

558 Sin saber qué hacer de mí y entregao a mi aflicción, estando allí una ocasión, del lao que venía el viento oi unos tristes lamentos que llamaron mi atención.

559 No son raros los quejidos en los toldos del salvaje, pues aquél es vandalaje donde no se arregla nada sino a lanza y puñalada, a bolazos y coraje.

560 No preciso juramento, deben creerle a Martín Fierro; he visto en este destierro a un salvaje que se irrita, degollar a una chinita y tirarsela a los perros.

561 He presenciado martirios, he visto muchas crueldades, crímenes y atrocidades que el cristiano no imagina, pues ni el indio ni la china sabe lo que son piedades.

562 Quise curiosiar los llantos que llegaban hasta mí; al punto me dirigí al lugar de ande venían: ¡Me horroriza todavía el cuadro que descubrí!

563 Era una infeliz mujer que estaba de sangre llena, y como una madalena lloraba con toda gana; conocí que era cristiana y esto me dió mayor pena.

564 Cauteloso me acerqué a un indio que estaba al lao, porque el pampa es desconfiao siempre de todo cristiano, y vi que tenía en la mano el rebenque ensangrentao.

VIII

565 Mas tarde supe por ella, de manera positiva, que dentró una comitiva de pampas a su partido, mataron a su marido y la llevaron cautiva.

566 En tan dura servidumbre hacían dos años que estaba; un hijito que llevaba a su lado lo tenía. La china la aborrecía tratandola como esclava.

567 Deseaba para escaparse hacer una tentativa, pues a la infeliz cautiva naides la va a redimir, y allí tiene que sufrir el tormento mientras viva.

568 Aquella china perversa, dende el punto que llegó, crueldá y orgullo mostró porque el indio era valiente: usaba un collar de dientes de cristianos que él mató.

569 La mandaba a trabajar, poniendo cerca a su hijito tiritando y dando gritos, por la mañana temprano, atado de pies y manos lo mesmo que un corderito.

570 Así le imponía tarea de juntar leña y sembrar viendo a su hijito llorar, y hasta que no terminaba, la china no la dejaba que le diera de mamar.

571 Cuando no tenían trabajo la emprestaban a otra china, "Naidés", decía, "se imagina, ni es capaz de presumir cuanto tiene que sufrir la infeliz que esta cautiva".

572 Si ven crecido a su hijito, como de piedá no entienden y a suplicas nunca atienden, cuando no es éste es el otro, se lo quitan y lo venden o lo cambian por un potro.

573 En la crianza de los suyos son bárbaros por demás. No lo habia visto jamás: en una tabla los atan, los crían así, y les achatan la cabeza por detrás.

574 Aunque esto parezca extraño, ninguno lo ponga en duda: entre aquella gente ruda, en su bárbara tropeza, es gala que la cabeza se les forme puntiaguda.

575 Aquella china malvada, que tanto la aborrecía, empezó a decir un día, porque falleció una hermana, que sin duda la cristiana le había echado brujería.

576 El indio la sacó al campo y la empezó a amenazar que le había de confesar si la brujería era cierta; o que la iba a castigar hasta que

quedara muerta.

577 Lloro la pobre afligida, pero el indio, en su rigor, le arrebató con juror al hijo de entre sus brazos, y del primer rebencazo la hizo crujir de dolor.

578 Que aquel salvaje tan cruel azotándola seguía; más y más se enfurecía cuanto mas la castigaba y la infeliz se atajaba los golpes como podía.

579 Que le gritó muy furioso "Confechando no querés;" la dió vuelta de un revés y, por colmar su amargura, a su tierna criatura se la desgolló a los pies.

580 "Es increíble" me decía, "Que tanta fiereza esista; no habrá madre que resista; aquel salvaje inclemente cometió tranquilamente aquel crimen a mi vista."

581 Esos horrores tremendos no los inventa el cristiano: "Es bárbaro inhumano" -sollozando me lo dijo- "Me amarró luego las manos con las tripitas de mi hijo."

IX

582 de ella fueron los lamentos que en mi soledá escuché: en cuanto al punto llegué, quedé enterado de todo: al mirarla de aquel modo ni un instante tutubíé.

583 Toda cubierta de sangre aquella infeliz cautiva, tenia dende abajo arriba las marcas de los lazazos: sus trapos echos pedazos mostraban la carne viva.

584 Alzó los ojos al cielo en sus lágrimas bañada; tenía las manos atadas; su tormento estaba claro; y me clavó una mirada como pidiéndome amparo.

585 Yo no sé lo que pasó en mi pecho en ese instante; estaba el indio arrognte con una cara feroz: para entendernos los dos la mirada fué bastante.

586 Pegó un brinco como gato y me ganó la distancia, aprovechó esa distancia como fiera cazadora: desató las boliadoras y aguardó con vigilancia.

587 Aunque yo iba de curioso y no por buscar contienda, al pingo le até la rienda, eché mano dende luego a éste que no yerra juego, y ya se armó la tremenda.

588 El peligro en que me hallaba al momento conocí; nos mantuvimos así, me miraba y lo miraba: yo al indio le desconfiaba, y él me descofiaba a mí.

589 Se debe ser precavido cuando el indio se agazape: en esa postura el tape vale por cuatro o por cinco; como el tigre es para el brinco y fácil que a uno lo atrape.

590 Peligro era atropellar y era peligro el juir, y más peligro seguir esperando de ese modo, pues otros podían venir y carniarme allí entre todos.

591 A juerza de precaución muchas veces he salvado, pues es un trance apurado es mortal cualquier descuido; si Cruz hubiera vivido no habría tenido cuidado.

592 Un hombre junto con otro en valor y en juerza crece; el temor desaparece; escapa de cualquier trampa; entre dos, no digo a un pampa, a la tribu, si se ofrece.

593 En tamaña incertidumbre, en trance tan apurado, no podía por de contado escarpame de otra suerte, sino dando al indio muerte o quedando alli estirado.

594 Y como el tiempo pasaba y aquel asunto me urgía, viendo que él no se movía me juí medio de soslayo como a agarrarle el caballo, a

ver si se me venía.

595 Así jué, no aguardó más y me atropelló el salvaje; es preciso que se ataje quien con el indio pelee; el miedo de verse a pie aumentaba su coraje.

596 En la dentrada no más me largó un par de bolazos; uno me tocó en un brazo; si me da bien, me lo quiebra, pues las bolas son de piedra y vienen como balazo.

597 A la primer puñalada el pampa se hizo un ovillo; era el salvaje mas pillo que he visto en mis correrías, y, a más de las picardías, arisco para el cuchillo.

598 Las bolas las manejaba aquel bruto con destreza; las recogía con presteza y me las volvía a largar, haciéndomelas silbar arriba de la cabeza.

599 Aquel indio, como todos, era cauteloso... ¡Ahijuna! Ahí me valió la fortuna de que peliando se apotra me amenazaba con una y me largaba con otra.

600 Me sucedió una desgracia en aquel percance amargo; en momento que lo cargo y que él reculando va, me enredé en el chiripá y caí tirao largo a largo.

601 Ni pa encomendarme a Dios tiempo el salvaje me dió; cuanto en el suelo me vió me saltó con ligereza: juntito de la cabeza el bolazo retumbó.

602 Ni por respeto al cuchillo dejó el indio de apretarme; allí pretende ultimarme sin dejarme levantar, y no me daba lugar ni siquiera a enderezarme.

603 De balde quiero moverme: aquel indio no me suelta. Como persona resuelta toda mi juerza ejecuto, pero abajo de aquel bruto no podía ni darme güelta.

* * * * *

604 ¡Bendito, Dios poderoso, quien te puede comprender! Cuando a una débil mujer le diste en esa ocasión la juerza que en un varón tal vez no pudiera haber.

605 Esa infeliz tan llorosa, viendo el peligro se anima; como una flecha se arrima y olvidando su aflicción, le pegó al indio un tirón que me lo sacó de encima.

606 Ausilio tan generoso me libertó del apuro; si no es ella, de seguro que el indio me sacrifica; y mi valor se duplica con un ejemplo tan puro.

607 En cuanto me enderecé nos volvimos a topar, no se podía descansar y me chorriaba el sudor: en un apuro mayor jamás me he vuelto a encontrar.

608 Tampoco yo le daba alce como deben suponer; se había aumentao mi quehacer para impedir que el brutazo le pegar algún bolazo de rabia a aquella mujer.

609 La bola en manos del indio es terrible y muy ligera; hace de ella lo que quiera saltando como una cabra. Mudos, sin decir palabra, peliábamos comos fieras.

610 Aquel duelo en el desierto nunca jamás se me olvida; iba jugando la vida con tan terrible enemigo, teniendo allí de testigo a una mujer afligida.

611 Cuanto él más se enfurecía yo más me empiezo a calmar; mientras no logra matar el indio no se desfoga; al fin le corté una sogá y lo empecé a aventajar.

612 Me hizo sonar las costillas de un bolazo aquel maldito; y al tiempo que le di un grito y le dentro como bala, pisa el indio, y se refala en el cuerpo del chiquito.

613 Para explicar el misterio es muy escasa mi cencia: lo castigó, en mi conciencia, Su Divina Majestá; donde no hay casualidá suele

estar la Providencia.

614 En cuanto trastabilló más de firme lo cargué, y aunque de nuevo hizo pie lo perdió aquella pisada; pues en esa atropellada en dos partes lo corté.

615 Al sentirse lastimao se puso medio afligido, pero era indio decidido, su valor no se aquebranta; le salían de la garganta como una especie de aullidos.

616 Lastimao en la cabeza, la sangre lo encegucía; de otra herida le salía haciendo un charco ande estaba, con los pies chapaliaba sin aflojar todavía.

617 Tres figuras imponentes formábamos aquel terno: ella en su dolor materno, yo con la lengua dejuera, y el salvaje como fiera disparada del infierno.

618 Iba conociendo el indio que tocaban a degüello: se le erizaba el cabello y los ojos revolvía; los labios se le perdían cuando iba a tomar resuello.

619 En una nueva dentrada le pegué un golpe sentido, y al verse ya malherido, aquel indio furibundo lanzó un terrible alrido que retumbó como un ruido si se sacudiera el mundo.

620 Al fin de tanto lidiar, en el cuchillo lo alcé, en peso lo levanté aquel hijo del desierto; ensartado lo llevé, y allá recién lo largué cuando ya lo sentí muerto.

621 Me persiné dando gracias de haber salvado la vida; aquella pobre afligida, de rodillas en el suelo, alzó sus ojos al cielo sollozando dolorida.

622 Me hiqué también a su lado a dar gracias a mi Santo; en su dolor y quebranto ella, a la Madre de Dios, le pide en su triste llanto que nos ampare a los dos.

623 Se alzó con pausa de leona cuando acabó de implorar, y, sin dejar de llorar, envolvió en uno trapitos los pedazos de su hijito, que yo le ayudé a juntar.

X

624 Dende ese punto era juerza abandonar el desierto, pues me hubieran descubierto, y aunque lo maté en pelea, de fijo que me lancean por vengar al indio muerto.

625 A la afligida cautiva mi caballo le ofrecí: era un pingo que adquirí, y, donde quiera que estaba, en cuanto yo lo silbaba venia a refregarse en mí.

626 Yo me lo senté al del pampa; era un oscuro tapao (cuando me hallo bien montao de mis casillas me salgo), y era un pingo como galgo que sabía correr boliao.

627 Para correr en el campo no hallaba ningun tropiezo; los ejercitan en eso, y los ponen como luz, de dentrarle a un aveztruz y boliar bajo el pescuezo.

628 El pampa educa al caballo como pa un etrevero: como rayo es de ligero en cuando el indio lo toca, y como trompo en la boca da gueltas sobre un cuero.

629 Lo varea en la madrugada (jamás falta a este deber), luego lo enseña a correr entre fangos y guadales: asina esos animales es cuanto se puede ver.

630 En el caballo de un pampa no hay peligro de rodar, ¡jue pucha!, y pa disparar es pingo que no se cansa; con prolijidad lo amansa sin dejarlo corcoviar.

631 Pa quitarle las cosquillas con cuidao lo manosea; horas enteras emplea, y, por fin, sólo lo deja cuando agacha las orejas y ya el potro ni cocea.

632 Jamás le sacude un golpe, porque lo trata al bagual con paciencia sin igual -al domarlo no le pega-, hasta que al fin se le entrega ya dócil el animal.

633 Y aunque yo sobre los bastos me sé sacudir el polvo, a esa costumbre me amoldo: con pacencia lo manejan y al día siguiente lo dejan rienda arriba junto al toldo.

634 Así todo el que procure tener un pingo modelo, lo ha de cuidar con desvelo y debe impedir también el que de golpes le den o tireneen en el suelo.

635 Muchos quieren dominarlo con el rigor y el azote, y, si ven al chafalote que tiene trazas de malo, lo embraman en algún palo hasta que se descogote.

636 Todos se vuelven pretestos y güeltas para ensillarlo; dicen que es por quebrantarlo, mas compriende cualquier bobo que es de miedo del corcovo, y no quieren confesarlo.

637 El animal yeguarizo -perdónenme esta alvertencia- es de mucha conocencia y tiene mucho sentido; es animal consentido; lo cautiva la pacencia.

538 Aventaja a los demás el que estas cosas entienda; es bueno que el hombre aprienda, pues hay pocos domadores y muchos frangoyadores que andan de bozal y, rienda.

639 Me vine, como les digo, trayendo esa compañera; marchamos la noche entera, haciendo nuestro camino, sin más rumbo que el destino que nos llevara ande quiera.

640 Al muerto, en un pajonal había tratao de enterrarlo, y después de maniobrarlo lo tapé bien con las pajas, para llevar de ventaja lo que emplearan en hallarlo.

641 En notando nuestra ausiencia nos habían de perseguir, y, al decidirme a venir, con todo mi corazón hice la resolución de peliar

hasta morir.

642 Es un peligro muy serio cruzar juyendo el desierto: muchísimos de hambre han muerto, pues en tal desasosiego no se puede ni hacer juego, para no ser descubierto.

643 Sólo el albitrio del hombre puede ayudarlo a salvar: no hay ausilio que esperar, sólo de Dios hay amparo; en el desierto es muy raro que uno se pueda escapar.

644 ¡Todo es cielo y horizonte en inmenso campo verde! ¡Pobre de aquel que se pierde o que su rumbo estravea! Si alguien cruzarlo desea, este consejo recuerde:

645 marque su rumbo de día con toda fidelidá; marche con puntualidá, siguiéndolo con fijeza, y, si duerme, la cabeza ponga para el lao que va.

646 Oserve con todo esmero adonde el sol aparece; si hay ñeblina y le entorpece y no lo puede oserver, guárdese de caminar, pues quien se pierde perece.

647 Dios le dió istintos sutiles a toditos los mortales; el hombre es uno de tales, y en las llanuras aquellas, lo guían el sol, las estrellas, el viento y los animales.

648 Para ocultarnos de día a la vista del salvaje, ganábamos un paraje en que algún abrigo hubiera, a esperar que anocheciera para seguir nuestro viaje.

649 Penurias de toda clase y miserias padecimos: varias veces no comimos o comimos carne cruda, y en otras, no tengan duda, con raíces nos mantuvimos.

650 Después de mucho sufrir tan peligrosa inquietú, alcanzamos con salú a divisar una sierra, y al fin pisamos la tierra en donde crece el ombú.

651 Nueva pena sintió el pecho por Cruz, en aquel paraje, y en humilde vasallaje a la majestá infinita, besé esta tierra bendita, que ya no pisa el salvaje.

652 Al fin la misericordia de Dios nos quiso amparar; es preciso soportar los trabajos con constancia: alcanzamos a una estancia después de tanto penar.

653 ¡Ah! mesmo me despedí de mi infeliz compañera: "Me voy", le dije, "ande quiera, aunque me agarre el Gobierno, pues, infierno por infierno prefiero el de la frontera."

654 Concluyo esta relación, ya no puedo continuar; permítanmé descansar: estan mis hijos presentes, y yo ansioso porque cuenten lo que tengan que contar.

XI

655 Y mientras que tomo un trago pa refrescar el garguero, y mientras tiempla el muchacho y prepara su estrumento, les contaré de qué modo tuvo lugar el encuentro. Me acerqué a algunas estancias por saber algo de cierto, creyendo que en tantos años esto se hubiera compuesto; pero cuanto saqué en limpio jué que estábamos lo mesmo. Así, me dejaba andar haciéndome el chanco rengo, porque no me convenía revolver el avispero; pues no inorarán ustedes que en cuentas con el gobierno tarde o temprano lo llaman al pobre a hacer el arreglo. Pero al fin tuve la suerte de hallar un amigo viejo que de todo me informó, y por él supe al momento que el Juez que me perseguía hacía tiempo que era muerto: por culpa suya he pasado diez años de sufrimiento y no son pocos diez años para quien ya llega a viejo. Y los he pasado así, si en mi cuenta no me yerro: tres años en la frontera, dos como gaucho matrero, y cinco allá entre los indios hacen los diez como yo cuento. Me dijo, a más, ese amigo que anduviera sin recelo, que

todo estaba tranquilo, que no perseguía el gobierno, que ya naides se acordaba de la muerte del moreno, aunque si yo lo maté mucha culpa tuvo el negro. Estuve un poco imprudente, puede ser, yo lo confieso, pero el me precipitó, porque me cortó primero, y a más me cortó la cara, que es un asunto muy serio. Me asiguró el mismo amigo que ya no había ni el recuerdo de aquel que en la pulpería lo dejé mostrando el sebo. El de engreido, me buscó: yo ninguna culpa tengo; el mismo vino a peliarme, y tal vez me hubiera muerto si le tengo más confianza o soy un poco más lerdo. Fue suya toda la culpa porque ocasionó el suceso. Que ya no hablaban tampoco, me lo dijo muy de cierto, de cuando con la partida llegué a tener el encuentro. Esa vez me defendí como estaba en mi derecho, porque fueron a prenderme de noche y en campo abierto: se me acercaron con armas, y, sin darme voz de preso, me amenazaron a gritos de un modo que daba miedo, que iban a arreglar mis cuentas, tratándome de matrero: y no era el jefe el que hablaba sino un cualquiera de entre ellos, y ése, me parece a mí no es modo de hacer arreglos, ni con el que es inocente, ni con el culpable menos. -Con semejantes noticias yo me puse muy contento y me presenté ande quiera como otros pueden hacerlo. De mis hijos he encontrado sólo a dos hasta el momento, y de ese encuentro feliz le doy las gracias al Cielo. A todos cuantos hablaba les preguntaba por ellos, mas no me da ninguno razón de su paradero. Casualmente, el otro día llegó a mi conocimiento de una carrera muy grande entre varios estancieros, y juí como uno de tantos, aunque no llevaba un medio. No faltaban, ya se entiende, en aquel gauchaje inmenso, muchos que ya conocían la historia de Martín Fierro; y allí estaban los muchachos cuidando unos parejeros. Cuando me oyeron nombrar se vinieron al momento, diciéndome quiénes eran aunque no me conocieron, porque venía muy aindiao y me encontraban muy viejo. La junción de los abrazos de los llantos y los besos se deja pa las mujeres, como que entienden el juego. Pero el hombre, que comprende que todos hacen lo mismo, en público canta y baila, abraza y llora en secreto.

Lo único que me han contado es que mi mujer a muerto; que en procuras de un muchacho se jue la infeliz al pueblo, donde infinitas miserias habrá sufrido, por cierto; que, por fin, a un hospital jué a parar medio muriendo, y en ese abismo de males falleció al muy poco tiempo. Les juro que de esa pérdida jamás he de hallar consuelo, muchas lágrimas me cuesta dende que supe el suceso. Mas dejemos cosas tristes aunque alegrías no tengo; me parece que el muchacho ha templao y está dispuesto vamos a ver qué tal lo hace y a juzgar su desempeño. Ustedes no lo conocen yo tengo confianza en ellos, no porque lleven mi sangre -eso juera de lo menos-, sino porque dende chicos han vivido padeciendo. Los dos son aficionados; les gusta jugar con juego, vamos a verlos correr: son cojos... hijos de rengo.

EL HIJO MAYOR DE MARTÍN FIERRO

XII

LA PENITENCIARIA

656 aunque el gajo se parece al árbol de donde sale, solía decirlo mi madre, y en su razón estoy fijo: "Jamás puede hablar el hijo con la autoridad del padre".

657 Recordarán que quedamos sin tener donde abrigarnos, ni ramada ande ganarnos, ni rincón ande meternos, ni camisa que ponernos. Ni poncho con que taparnos.

658 Dichoso aquel que no sabe lo que es vivir sin amparo; yo con verdá les declaro, aunque es por demás sabido, dende chiquito he vivido en el mayor desmparo.

659 No le mermam el rigor los mismos que le socorren; tal vez porque no se borren los decretos del destino, de todas parten lo

corren como ternero dañino.

660 Y vive como los bichos buscando alguna rendija; el güerfano es sabandija que no encuentra compasión, y el que anda sin dirección es guitarra sin clavija.

661 Sentiré que cuanto digo a algún oyente le cuadre. Ni casa tenía, ni madre, ni parentela, ni hermanos; y todos limpian sus manos en el que vive sin padre.

662 Lo cruza éste de un lazazo lo abomba aquél de un moquete, otro le busca el cachete, y, entre tanto soportar, suele a veces no encontrar ni quien le arroje un zoquete.

663 Si lo recogen, lo tratan con la mayor rigidez; piensan que es mucho tal vez, cuando ya muestra el pellejo, si le dan un trapo viejo pa cubrir su desnudez.

664 Me crié, pues, como les digo, desnudo a veces y hambriento; me ganaba mi sustento, y así los años pasaban; al ser hombre me esperaban otra clase de tormentos.

665 Pido a todos que no olviden lo que les voy a decir; en la escuela del sufrir he tomado mis lecciones, y hecho muchas reflexiones dende que empece a vivir.

666 Si alguna falta cometo la motiva mi inorancia; no vengo con arrogancia y les diré, en conclusión, que trabajando de pión me encontraba en una estancia.

667 El que manda siempre puede hacerle al pobre un calvario; a un vecino propietario un boyero le mataron, y aunque a mí me lo achacaron salió cierto en el sumario.

668 Piensen los hombres honrados en la vergüenza y la pena de que tendría el alma llena al verme, ya tan temprano, igual a los que sus manos con el crimen envenenan.

669 Declararon otros dos sobre el caso del dijunto, mas no se aclaró el asunto, y el Juez, por darlas de listo, "Amarrados como un Cristo", nos dijo, "irán todos juntos".

670 "A la justicia ordinaria voy a mandar a los tres." Tenia razón aquel Juez, y cuantos así amenacen; ordinaria... es como la hacen: lo he conocido después.

671 Nos remitió, como digo, a esa justicia ordinaria, y juimos con la sumaria a esa cárcel de malevos que, por un bautismo nuevo, le llaman penicentiaría.

672 El porqué tiene ese nombre naides me lo dijo a mí, mas yo me lo esplico así: le diran penitenciaria por la penitencia diaria, que se sufre estando allí.

673 Criollo que cai en desgracia tiene que sufrir un poco; naides lo ampara tampoco si no cuenta con recursos. El gringo es de más discurso: cuando mata, se hace el loco.

674 No sé el tiempo que corrió en aquella sepultura; si de ajuera no lo apuran, el asunto va con pausa; tienen la presa segura y dejan dormir la causa.

675 Inora el preso a que lado se inclinará la balanza, pero es tanta la tardanza que yo les digo por mí: el hombre que dentre allí deje ajuera la esperanza.

676 Sin perfeccionar las leyes perfeccionan el rigor; sospecho que el inventor habrá sido algún maldito: por grande que sea un delito, aquella pena es mayor.

677 Eso es para quebrantar el corazón mas altivo; los llaveros son pasivos, pero más secos y duros tal vez que los mismos muros en que uno gime cautivo.

678 No es en grillo ni en cadenas en lo que usté penará, sino en una soledá y un silencio tan projundo, que parece que en el mundo es el

único que está.

679 El más altivo varón y de cormillo gastao allí se verá agobiao y su corazón marchito, al encontrarse encerrao a solas con su delito.

680 En esa cárcel no hay toros, allí todos son corderos; no puede el más altanero, al verse entre aquellas rejas, sino amujar las orejas y sufrir callao su encierro.

681 Y digo a cuantos inoran el rigor de aquellas penas, yo, que sufrí las cadenas del destino y su inclemencia: que aprovechen la esperencia del mal en cabeza ajena.

682 ¡Ay! Madres, las que dirigen al hijo de sus entrañas, no piensen que las engaña, ni que les habla un falsario lo que es el ser presidiario no lo sabe la campaña.

683 Hijas, esposas, hermanas, cuantas quieren a un varón, díganles que esa prisión es un infierno temido, donde no se oye más ruido que el latir del corazón.

684 Alla el día no tiene sol, la noche no tiene estrellas; sin que le valgan querellas encerrao lo purifican, y sus lágrimas salpican en las paredes aquellas.

685 En soledá tan terrible de su pecho oye el latido; lo sé, porque lo he sufrido, y, creameló el aulitorio, tal vez en el purgatorio las almas hagan más ruido.

686 Cuentan esas horas eternas para más atormentarse; su lágrima al redamarse calcula, en sus afliciones, contando sus pulsaciones, lo que dilata en secarse.

687 Allí se amansa el más bravo, allí se duebla el más juerte; el silencio es de tal suerte que, cuando llegue a venir, hasta se le han de sentir las pisadas a la muerte.

688 Adentro mesmo del hombre se hace una revolución: metido en esa prisión, de tanto no mirar nada, le nace y queda grabada la idea

de la perfección.

689 En mi madre, en mis hermanos, en todos pensaba yo; al hombre que allí dentro de memoria más ingrata, fielmente se le retrata todo cuanto ajuera vió.

690 Aquel que ha vivido libre de cruzar por donde quiera, se aflige y se desespera de encontrarse allí cautivo: es un tormento muy vivo que abate la alma más fiera.

691 En esa estrecha prisión, sin poderme conformar, no cesaba de esclamar: ¡qué diera yo por tener un caballo en que montar y una pampa en que correr!

692 En un lamento constante se encuentra siempre embretao; el castigo han inventao de encerrarlo en las tinieblas, y allí esta como amarrao a un Fierro que no se duebla.

693 No hay un pensamiento triste que al preso no lo atormente; baja un dolor permanente agacha al fin la cabeza, porque siempre es la tristeza hermana de un mal presente.

694 Vierten lágrimas sus ojos, pero su pena no alivia; en esa constante lidia sin un momento de calma, contempla con los del alma felicidades que envidia.

695 Ningún consuelo penetra detrás de aquellas murallas; el varón de mas agallas, aunque más duro que un perno, metido en aquel infierno sufre, gime, llora y calla.

696 De juror el corazón se le quiere reventar, pero no hay sino aguantar aunque sosiego no alcance. ¡Dichoso, en tan duro trance, aquel que sabe rezar!

697 ¡Dirige a Dios su plegaria el que sabe una oración! En esa tribulación gime olvidado del mundo, y el dolor es más profundo cuando no halla compasión. 698 En tan crueles pesadumbres, en

tan duro padecer, empezaba a encanecer después de muy pocos meses; allí lamenté mil veces no haber aprendido a leer.

699 Viene primero el juror, después la melancolia; en mi angustia no tenía otro alivio ni consuelo, sino regar aquel suelo con lágrimas noche y día.

700 ¡A visitar otros presos sus familias solían ir! Naidés me visitó a mí mientras estuve encerrado. ¡Quien iba a costiar allí a ver a un desamparado!

701 ¡Bendito sea el carcelero que tiene buen corazón! Yo sé que esta bendición pocos pueden alcanzarla, pues si tienen compasión su deber es ocultarla.

702 Jamás mi lengua podrá espresar cuanto he sufrido; en ese encierro metido, llaves, paredes, cerrojos se graban tanto en los ojos que uno los ve hasta dormido.

* * * * *

703 El mate no se permite; no le permiten hablar; no le permiten cantar para aliviar su dolor, y hasta el terrible rigor de no dejarlo fumar.

704 La justicia es muy severa; suele rayar en crueldad: sufre el pobre que allí está calenturas y delirios, pues no existe peor martirio que esa eterna soledad.

705 Conversamos con las rejas por solo el gusto de hablar, pero nos mandan callar y es preciso conformarnos; pues no se debe irritar a quien puede castigarnos.

706 Sin poder decir palabra sufre en silencio sus males, y uno en condiciones tales, se convierte en animal, privado del don principal que Dios hizo a los mortales.

707 Yo no alcanzo a comprender por que motivo será que el preso privado está de los dones más preciosos que el justo Dios

bondadoso otorgó a la humanidad.

708 Pues que de todos los bienes, en mi inorancia lo infiero, que le dió al hombre altanero su Divina Majestá, la palabra es el primero, el segundo es la amistad.

709 Y es muy severa la ley que, por un crimen o un vicio, somete al hombre a un suplicio el más tremendo y atroz, privado de un beneficio que ha recibido de Dios.

710 La soledá causa espanto; el silencio causa horror; ese continuo terror es el tormento más duro, y en un presidio siguro está demás tal rigor.

711 Inora uno si de allí saldrá pa la sepultura; el que se halla en desventura busca a su lao otro ser, pues siempre es güeno tener companeros de amargura.

712 Otro más sabio podrá encontrar razón mejor; yo no soy rebuscador, y ésta me sirve de luz: se los dieron al Señor al clavarlo en una cruz.

713 Y en las profundas tinieblas en que mi razón esiste, mi corazón se resiste a ese tormento sin nombre, pues el hombre alegra al hombre y el hablar consuela al triste.

* * * * *

714 Grábenlo como en la piedra cuanto he dicho en este canto, y, aunque yo he sufrido tanto, debo confesarlo aquí: el hombre que manda allí es poco menos que un Santo.

715 Y son güenos los demás (a su ejemplo se manejan), pero por eso no dejan las cosas de ser tremendas; piensen todos y compriendan el sentido de mis quejas.

716 Y guarden en su memoria con toda puntualidá lo que con tal claridá les acabo de decir: mucho tendran que sufrir si no creen en mi verdá.

717 Y si atienden mis palabras no habrá calabozos llenos; manejen
como güenos; no olviden esto jamás; aquí no hay razón de más; mas
bien las puse de menos.

718 Y con esto me despido (todos han de perdonar): ninguna debe
olvidar la historia de un desgraciado. Quien ha vivido encerrado
poco tiene que contar.

EL HIJO SEGUNDO DE MARTÍN FIERRO

XIII

719 Lo que les voy a decir ninguno lo ponga en duda: y aunque la
cosa es peluda, hare la resolución; es ladino el corazón, pero la
lengua no ayuda.

720 El rigor de las desdichas hemos soportado diez años,
pelegrinando entre extraños, sin tener donde vivir, y obligados a
sufrir una máquina de daños.

721 El que vive de ese modo de todos es tributario; falta la cabeza
primario y los hijos que él sustenta se dispersan como cuentas
cuando se corta el rasario.

722 Yo anduve así como todos, hasta que al fin de sus días supo mi
suerte una tía y me recogió a su lado; allí viví sosegado y de nada
carecía.

723 No tenía cuidado alguno ni que trabajar tampoco, y como
muchacho loco lo pasaba de holgazán; con razón dice el refrán que
lo güeno dura poco.

724 En mí todo su cuidado y su cariño ponía; como a un hijo me
quería con cariño verdadero, y me nombró de heredero de los
bienes que tenía.

725 El Juez vino sin tardanza cuanto falleció la vieja. "De los bienes que te deja", me dijo, "Yo he de cuidar: es un rodeo regular y dos majadas de ovejas".

726 Era hombre de mucha labia, con mas leyes que un dotor, me dijo: "Vos sos menor, y por los años que tienes no podés manejar bienes; voy a nombrarte un tutor."

727 Tomó un recuento de todo, porque entendía su papel, y después que aquel pastel lo tuvo bien amasao, puso al frente un encargado, y a mí me llevó con él.

728 Muy pronto estuvo mi poncho lo mismo que cernidor; el chiripá estaba pior, y aunque para el frio soy guapo ya no me quedaba un trapo ni pa el frío, ni pa el calor.

729 En tan triste desabrigo tras de un mes, iba otro mes; guardaba silencio el Juez, la miseria me invadía, me acordaba de mi tía al verme en tal desnudez.

730 No se decir con fijeza el tiempo que pasé allí; y despues de andar así como moro sin señor, pasé a poder del tutor que debia cuidar de mí.

XIV

731 me llevó consigo un viejo que pronto mostró la hilacha, dejaba ver por la facha que era medio cimarrón, muy renegao, muy ladrón, y le llamaban Vizcacha.

732 Lo que el Juez iba buscando sospecho, y no me equivoco; pero este punto no toco ni su secreto aviriguo; mi tutor era un antiguo de los que ya quedan pocos;

733 viejo lleno de camándulas, con un empaque a lo toro, andaba siempre en un moro metido no sé en qué enriedos, con las patas como loro de estribar entre los dedos.

734 Andaba rodiao de perros que eran todo su placer, jamas dejó de tener menos de media docena, mataba vacas ajenas para darles de comer.

735 Carniábamos noche a noche alguna res en el pago, y dejando alli el rezago alzaba en ancas el cuero, que se lo vendía a un pulpero por yerba, tabaco y trago.

736 ¡Ah!, Viejo más comerciante en mi vida lo he encontrado. Con ese cuero robao el arreglaba el pastel, y allí entre el pulpero y él, se estendía el certificaio.

737 La echaba de comedido; en las transquilas, lo viera, se ponía como una fiera si cortaban una oveja; pero de alzarse no deja un vellón o unas tijeras.

738 Una vez me dió una soba que me hizo pedir socorro, porque lastimé a un cachorro en el rancho de unas vascas; y al irse se alzó unas guascas: para eso era como zorro.

739 "¡Ahijuna!", dije entre mí, "Me has dao esta pesadumbre; ya verás; cuanto vislumbre una ocasión medio güena, te he quitar la costumbre de cerdiar yeguas ajenas."

740 Porque maté una vizcacha otra vez me reprendió; se lo vine a contar yo, y no bien se lo hube dicho: "Ni me nuembres ese bicho", me dijo, y se me enojó.

741 Al verlo tan irritao hallé prudente callar. "Este me va a castigar", dije entre mí, "si se agravia." Ya vi que les tenía rabia, y no las volví a nombrar.

742 Una tarde halló una punta de yeguas medio bichocas; despues que voltió unas pocas, las cerdiaba con empeño: yo vide venir al dueño, pero me callé la boca.

743 El hombre venía jurioso y nos cayó como un rayo; se descolgó del caballo revoliando el arriador, y lo cruzó de un lazazo ahi no más

a mi tutor.

744 No atinaba don Vizcacha a qué lado disparar, hasta que logró montar, y, de miedo del chicote, se lo apretó hasta el cogote, sin pararse a contestar.

745 Ustedes creerán tal vez que el viejo se curaría... No, señores, lo que hacía, con mas cuidao dende entonces, era maniarlas de día para cerdiar a la noche.

746 Ese jué el hombre que estuvo encargao de mi destino; siempre anduvo en mal camino, y todo aquel vecindario decía que era un perdulario, insufrible de dañino.

747 Cuando el juez me lo nombró, al dármelo de tutor, me dijo que era un señor el que me debía cuidar, enseñarme a trabajar y darme la educación.

748 ¡Pero que había de aprender al lao de ese viejo pacol!; que vivía como un chuncaco en los baños, como el tero; un haragán, un ratero, y más chillón que un varraco.

749 Tampoco tenía más bienes ni propiedad conocida que una carreta podrida, y las paredes sin techo de un rancho medio deshecho que le servía de guarida.

750 Después de las trasnochadas allí venía a descansar; yo desiaba aviriguar lo que tuviera escondido, pero nunca había podido, pues no me dejaba entrar.

751 Yo tenía unas jergas viejas, que habian sido mas peludas; y con mis carnes desnudas, el viejo, que era una fiera, me hechaba a dormir ajuera con unas heladas crudas.

752 Cuando mozo jué casao, aunque yo lo desconfío, y decía un amigo mío que, de arrebatado y malo, mató a su mujer de un palo porque le dió un mate frío.

753 Y viudo por tal motivo nunca se volvió a casar; no era fácil encontrar ninguna que lo quisiera: todas temerían llevar la suerte de la primera.

754 Soñaba siempre con ella, sin duda por su delito, y decía el viejo maldito, el tiempo que estuvo enfermo, que ella dende el mismo infierno lo estaba llamando a gritos.

XV

755 siempre andaba retobao: con ninguno solía hablar; se divertía en escarbar y hacer marcas con el dedo, y en cuanto se ponía en pedo me empezaba a aconsejar.

756 Me parece que lo veo con su poncho calamaco, despues de echar un güen taco, así principiaba a hablar: "Jamás llegues a parar ande veas perros flacos."

757 "El primer cuidao del hombre es defender el pellejo. Lleváte de mi consejo, fijáte bien en lo que hablo: el diablo sabe por diablo, pero más sabe por viejo."

758 "Hacéte amigo del juez; no le des de que quejarse; y cuando quiera enojarse vos te debés encoger, pues siempre es güeno tener palenque ande ir a rascarse."

759 "Nunca le llevés la contra, porque él manda la gavilla: allí sentao en su silla, ningún güey le sale bravo; a uno le da con el clavo y a otro con la cantramilla."

760 "El hombre, hasta el más soberbio, con más espinas que un tala, aflueja andando en la mala y es blando como manteca: hasta la hacienda baguala cai al jagüel con la seca."

761 "No andés cambiando de cueva; hacé las que hace el ratón. Conserváte en el rincón en que empezó tu esistencia: vaca que cambia querencia se atrasa en la parición."

762 Y menudiando los tragos aquel viejo, como cerro, "No olvidés", me decía, "Fierro, que el hombre no debe crer en lágrimas de mujer ni en la renguera del perro."

763 "No te debes afligir aunque el mundo se desplome. Lo que más precisa el hombre tener, según yo discurro, es la memoria del burro, que nunca olvida ande come."

764 "Deja que caliente el horno el dueño del amasijo; lo que es yo, nunca me aflijo y a todito me hago el sordo: el cerdo vive tan gordo, y se come hasta los hijos."

765 "El zorro que ya es corrido dende lejos la olfatea; no se apure quien desea hacer lo que le aproveche la vaca que más rumea es la que da mejor leche."

766 "El que gana su comida güeno es que en silencio coma; ansina, vos, ni por broma querás llamar la atención: nunca escapa el cimarrón si dispara por la loma."

767 "Yo voy donde me conviene y jamás me descarrío; lleváte el ejemplo mío, y llenarás la barriga: aprendé de las hormigas: no van a un noque vacío."

768 "A naidas tengás envidia: es muy triste el envidiar; cuando veás a otro ganar, a estorbarlo no te metas: cada lechón en su teta es el modo de mamar."

769 "Ansí se alimentan muchos mientras los pobres lo pagan; como el cordero hay quien lo haga en la puntita, no niego; pero otros, como el borrego, todo entera se la tragan."

770 "Si buscás vivir tranquilo dedícale a solteriar más si te querés casar, con esta alvertencia sea: que es muy difícil guardar prenda que otros codicean."

771 "Es un bicho la mujer que yo aquí no lo destapo, siempre quiere al hombre guapo; mas fijate en la elección, porque tiene el corazón

como barriga de sapo."

772 Y gangoso con la tranca, me solia decir: "Potrillo, recién te apunta el cormillo, mas te lo dice un toruno: no dejés que hombre ninguno te gane el lao del cuchillo."

773 "Las armas son necesarias, pero naides sabe cuándo; ansina, si andás pasiando, y de noche sobre todo, debés llevarlo de modo que al salir, salga cortando."

774 "Los que no saben guardar son pobres aunque trabajen; nunca, por más que se atajen, se librarán del cimbrón: al que nace barrigón es al ñudo que lo fajen."

775 "Donde los vientos me llevan allí estoy como en mi centro; cuando una tristeza encuentro tomo un trago pa alegrarme: a mí me gusta mojarme por ajuera y por adentro."

776 "Vos sos pollo, y te convienen toditas estas razones; mis consejos y lecciones no echés nunca en el olvido: en las riñas he aprendido a no peliar sin puyones."

777 Con estos consejos y otros que yo en mi memoria encierro, y que aquí no desentierro, educándome seguía, hasta que al fin se dormía mesturao entre los perros.

XVI

778 Cuando el viejo cayó enfermo, viendo yo que se empiraba y que esperanza no daba de mejorarse siquiera, le truje una culandrerá a ver si lo mejoraba.

779 No cuanto lo vió, me dijo: "Este no aguanta el sogazo: muy poco le doy de plazo; nos van ha dar un epetáculo, porque debajo del brazo le ha salido un tabernáculo."

780 Dice el refrán que en la tropa nunca falta un güey corneta: uno que estaba en la puerta le pegó el grito ahí no más: "Tabernáculo,... ¡Que bruto! Un tubérculo dirás."

781 Al verse así interrumpido, al punto dijo el cantor: "No me parece ocasión de meterse los de ajuera; tabernáculo, señor, le decía la culandrerita."

782 El de ajuera repitió, dándole otro chaguarazo: "Allá va un nuevo bolazo copo y se la gana en puerta a las mujeres que curan se las llama curanderas."

783 No es güeno -dijo el cantor- muchas manos en un plato y diré al que ese barato ha tomado de entrometido, que no creía haber venido a hablar entre literatos.

784 Y para seguir contando la historia de mi tutor, le pediré a ese doctor que en mi ignorancia me deje, pues siempre encuentra el que teje otro mejor tejedor.

785 Seguía enfermo, como digo, cada vez más emperrao; yo estaba ya acobardao y lo espiaba desde lejos; era la boca del viejo la boca de un condenado.

786 Allí pasamos los dos noches terribles de invierno: el maldecía al padre Eterno como a los Santos benditos, pidiéndole al diablo a gritos que lo llevara al infierno.

787 Debe ser grande la culpa que a tal punto mortifica; cuando vía una reliquia se ponía como azogado, como si a un endemoniado le echaran agua bendita.

788 Nunca me le puse a tiro, pues era de mala entraña; y viendo herejía tamaña, si alguna cosa le daba, de lejos se la alcanzaba en la punta de una caña.

789 "Será mejor", decía yo, "Que abandonado lo deje, que blasfeme y que se queje, y que siga de esta suerte, hasta que venga la muerte y

cargue con este hereje."

790 Cuando ya no pudo hablar le ató en la mano un cencerro, y al ver cercano su entierro, arañando las paredes, espiró allí entre los perros y este servidor de ustedes.

XVII

791 Le cobré un miedo terrible después que lo vi dijunto; llamé al alcalde, y al punto acompañado se vino de tres o cuatro vecinos a arreglar aquel asunto.

792 "Anima bendita", dijo un viejo medio ladio "Que Dios lo haiga perdonao, es todo cuanto deseo, le conocí un pastoreo de terneros robados."

793 "Ansina es", dijo el alcalde; "Con eso empezó a poblar; yo nunca podré olvidar las travesuras que hizo; hasta que al fin fué preciso que le privasen de carnicar."

794 "De mozo fue muy jinete: no lo bajaba un bagual; pa ensillar un animal sin necesitar de otro, se encerraba en el corral, y allí golpeaba al potrero."

795 "Se llevaba mal con todos: era su costumbre vieja el mesturar las ovejas, pues al hacer el aparte sacaba la mejor parte, y despues venía con quejas."

796 "Dios lo ampare al pobrecito", dijo en seguida un tercero. "Siempre robaba carneros; en eso tenía destreza: enterraba las cabezas y despues vendía los cueros."

797 "¡Y qué costumbre tenía cuando en el jogón estaba! Con el mate se agarraba estando los piones juntos. -Yo tallo -decía-y apunto- y a ninguno convidaba."

798 "Si ensartaba algún asao -¡pobre! ¡Como si lo vieses!-, Poco antes de que estuviese primero lo maldecía, luego después lo escupía para que naides comiese."

799 "Quien le quitó esa costumbre de escupir el asador fue un mulato resertor que andaba de amigo suyo: un diablo muy peliador que le llamaban Barullo."

800 "Una noche que les hizo como estaba acostumbrao, se alzó el mulato enojao y le gritó: -¡viejo indino, yo te he de enseñar, cochino, a echar saliva al asao!-"

801 "Lo saltó por sobre el juego con el cuchillo en la mano; ¡la pucha el pardo liviano! En la mesma atropellada le largó una puñalada que la quitó otro paisano..."

802 "Y ya caliente Barullo, quiso seguir la chacota; se le había erizao la mota lo que empezó la reyerta: el viejo ganó la puerta y apeló a las de gaviota."

803 "De esa costumbre maldita dende entonces se curó; a las casas no volvió: se metió en un cicutal y allí escondido pasó esa noche sin cenar."

804 Esto hablaban los presentes, y yo, que estaba a su lao al oír lo que he relatao, aunque él era un perdulario, dije entre mí: "¡Que rosario le estan lanzando al finao!"

805 Luego comenzó el alcalde a registrar cuanto había, sacando mil chucherías y guascas y trapos viejos, temeridá de trebejos que para nada servían.

806 Salieron lazos, cabrestos, coyundas y maniadores, una punta de arriadores, cinchones, maneas, torzales una porción de bozales y un montón de tiradores.

807 Había riendas de domar frenos, estribos quebraos; bolas, espuelas, recaos, unas pavas, unas ollas, y un gran manojo de

argollas de cinchas que había cortao.

808 Salieron varios cencerros, alesnas, lonjas, cuchillos, unos cuantos cojinillos un alto de jergas viejas, muchas botas desaparejas y una infinidá de anillos.

809 Había tarros de sardinas, unos cueros de venao, unos ponchos aujeriaos, y en tan tremendo entrevero apareció hasta un tintero que se perdió en el juzgao.

810 Decía el alcalde muy serio: "Es poco cunato se diga; había sido como hormiga. He de darle parte al Juez. ¡Y que me venga después con que no se los persiga!"

811 Yo estaba medio azorao de ver lo que sucedía; entre ellos mismos decían que unas prendas eran suyas, pero a mi me parecía que estas eran aleluyas.

812 Y cuando ya no tuvieron rincón donde registrar, cansaos de tanto huroniar y de trabajar en balde, "Vámosnos", dijo el alcalde, "Luego lo haré sepultar."

813 Y aunque mi padre no era el dueño de ese hormiguero, el, allí muy cariñero, me dijo con muy buen modo: "Vos serás heredero y te harás cargo de todo."

814 "Se ha de arreglar este asunto como es preciso que sea; voy a nombrar albacea uno de los circustantes; las cosas no son como antes tan enredadas y feas."

815 "¡Bendito Dios!", pensé yo, "Ando como un pordiosero, y me nuembran heredero de toditas estas guascas. ¡Quisiera saber primero lo que se han hecho mis vacas!"

XVIII

816 Se largaron, como he dicho, a disponer el entierro; cuando me acuerdo me aterro: me puse a llorar a gritos al verme allí tan solito con el finao y los perros.

817 Me saqué el escapulario, se lo colgué al pecador, y como hay en el Señor misericordia infinita, rogué por la alma bendita del que antes jué mi tutor.

818 No se calmaba mi duelo de verme tan solitario; ahí le champurrié un rosario como si fuera mi padre, besando el escapulario que me había puesto mi madre.

819 "Madre mía", gritaba yo, "¿dónde estarás padeciendo? El llanto que estoy virtiendo lo redamarías por mí, si vieras a tu hijo aquí todo lo que esta sufriendo."

820 Y mientras así clamaba sin poderme consolar, los perros, para aumentar mas mi miedo y mi tormento, en aquel mismo momento se pusieron a llorar.

821 Libre Dios a los presentes de que sufran otro tanto; con el muerto y esos llantos les juro que faltó poco para que me vuelva loco en medio de tanto espanto.

822 Decían entonces las viejas, como que eran sabedoras, que los perros cuando lloran es porque ven al demonio; yo creia en el testimonio como cré siempre el que inora.

823 Ahi dejé que los ratones comieran el guasquerío y como anda a su albedrío todo el que güerfano queda, alzando lo que era mío abandoné aquella cueva.

824 Supe después que esa tarde vino un pión y lo enterró; ninguno lo acompañó ni lo velaron siquiera; y al otro día amaneció con una mano dejuera.

825 Y me ha contaó además el gaucho que hizo el entierro -al recordarlo me aterro, me da pavor este asunto- que la mano del dijunto se la había comido un perro.

826 Tal vez yo tuve la culpa porque de asustao me fuí; supe, despues que volví, y asigurárselos puedo, que los vecinos, de miedo, no pasaban por allí.

827 Hizo del rancho guarida la sabandija mas sucia -el cuerpo se despeluza y hasta la razón se altera-; pasaba la noche entera chillando allí una lechuza.

828 Por mucho tiempo no pude saber lo que me pasaba; los trapitos con que andaba eran puras hojarascas; todas las noches soñaba con viejos, perros y guascas.

XIX

829 Anduve a mi voluntá, como moro sin señor; ese jué el tiempo mejor que yo he pasado tal vez; de miedo de otro tutor, ni aporté por lo del Juez.

830 "Yo cuidaré", me había dicho, "De lo de tu propiedá: todo se conservará, el vacuno y los rebaños, hasta que cumplas 30 años, en que seás mayor de edá."

831 Y aguardando que llegase el tiempo que la ley fija, pobre como lagartija y sin respetar a naidés, anduve cruzando el aire como bola sin manija.

832 Me hice hombre de esa manera bajo el más duro rigor; sufriendo tanto dolor muchas cosas aprendí; y, por fin, víctima fuí del mas desdichado amor.

833 De tantas alternativas esta es la parte peluda infeliz y sin ayuda, fué estremado mi delirio, y causaban mi martirio los desdenes de una viuda.

834 Lloro el hombre ingratitudes sin tener un fundamento; acusa sin miramiento a la que el mal le ocasiona, y tal vez en su persona no hay ningún merecimiento.

835 Cuando yo mas padecía la crueldá de mi destino, rogando al poder divino que del dolor me separe, me hablaron de un adivino que curaba esos pesares.

836 Tuve recelos y miedos, pero al fin me disolví: hice coraje y me fuí donde el adivino estaba, y por ver si me curaba, cuanto llevaba le di.

837 Me puse, al contar mis penas, mas colorao que un tomate, y se me añudó el gaznate cuando dijo el hermitaño: "Hermano, le han hecho daño y se lo han hecho en un mate."

838 "Por verse libre de usted lo habrán querido embrujar." Despues me empezó a pasar una pluma de avestruz, y me dijo: "De la Cruz recibí el don de curar."

839 "Debes maldecir", me dijo, "A todos tus conocidos; ansina el que te ha ofendido pronto estará decubierto, y deben ser maldecidos tanto vivos como muertos."

840 Y me recetó un hincao en un trapo de la viuda, frente a una planta de ruda, hiciera mis horaciones, diciendo: "No tengás duda; eso cura las pasiones."

841 A la viuda, en cuanto pude, un trapo le manotíé; busqué la ruda y al pie, puesto en cruz, hice mi rezo; pero, amigos, ni por eso de mis males me curé.

842 Me recetó otra ocasión que comiera abrojo chico; el remedio no me esplico, mas, por desechar el mal, al ñudo en un abrojal fí a ensangrentarme el hocico.

843 Y con tanta medecina me parecía que sanaba; por momentos se aliviaba un poco mi padecer, mas si a la viuda encontraba, volvía la

pasión a arder.

844 Otra vez que consulté su saber estrordinario, recibió bien su salario, y me recetó aquel pillo que me colgase tres grillos ensartaos como rosario.

845 Por fin la última ocasión que por mi mal lo fi a ver, me dijo: "No, mi saber no ha perdido su virtù; yo te daré la salú: no triunfará esa mujer.

846 "Y tené fe en el remedio, pues la cencia no es chacota; de esto no entendés ni jota. Sin que ninguno sospeche, cortále a un negro tes motas y hacélas hervir en leche."

847 Yo andaba ya desconfiando de la curación maldita, y dije: "Este no me quita la pasión que me domina; pues que viva la gallina, aunque sea con la pepita."

848 Así me dejaba andar, hasta que, en una ocasión, el Cura me echó un sermón, para curarme sin duda, diciendo que aquella viuda era hija de confisión.

849 Y me dijo estas palabras que nunca las he olvidao: "Has de saber que el finao ordenó en su testamento que naidés de casamiento le hablara en lo sucesivo; y ella prestó el juramento mientras él estaba vivo."

850 "Y es preciso que lo cumpla, porque así lo manda Dios; es necesario que vos no la vuelvas a buscar, porque si llega a faltar se condenarán los dos."

851 Con semejante alvertencia se completó mi redota; le vi los pies a la sota, y me le alejé a la viuda, mas curao que con la ruda, con los grillos y las motas.

852 Despues me contó un amigo que al Juez le había dicho el cura que yo era un cabeza dura y que era un mozo perdido; que me echaran del partido, que no tenía compostura.

853 Tal vez por ese consejo y sin que mas causa hubiera, ni que otro motivo diera, me agarraron redemente y en el primer contingente me echaron a la frontera.

854 De andar persiguiendo viudas me he curao el deseo; en mil penurias me veo, mas pienso volver tal vez a ver si sabe aquel Juez lo que se ha hecho de mi rodeo.

XX

855 Martín Fierro y sus dos hijos, entre tanta concurrencia, siguieron con alegría celebrando aquella fiesta. Diez años, los más terribles, había durado la ausencia, y al hallarse nuevamente era su alegría completa. En ese mismo momento uno que vino de ajuera, a tomar parte con ellos suplicó aue lo almitieran. Era un mozo forastero de muy regular presencia, y hacía poco que en le pago andaba dando sus güeltas. Asiguran algunos que venía de la frontera; que había pelao a un pulpero en las últimas carreras; pero andaba despilcho, no traia una prenda güena: un recadito cantor daba fe de sus pobrezaas. Le pidió la bendición al que causaba la fiesta y, sin decirles su nombre, les declaró con franqueza que el nombre de Picardía es el único que lleva. Y para contar su historia a todos pide licencia, diciéndoles que en seguida iban a saber quien era. Tomo al punto la guitarra, la gente se puso atenta, y así cantó Picardía en cuanto templó las cuerdas:

PICARDÍA

XXI

856 -Voy a contarles mi historia (perdónenme tanta charla), y les diré al principiarla, aunque es triste hacerlo así: a mi madre la perdí antes de saber llorarla.

857 Me quedé en el desamparo, y al hombre que me dió el ser no lo pude conocer; así, pues, dende chiquito, volé como el pajarito en busca de qué comer.

858 O por causa del servicio, que tanta gente destierra, o por causa de la guerra, que es causa bastante seria, los hijos de la miseria son muchos en esta tierra.

859 Así, por ella empujado, no sé las cosas que haría, y aunque con verguenza mía, debo hacer esta alvertencia: siendo mi madre Inocencia, me llamaban Picardía.

860 Me llevó a su lado un hombre para cuidar las ovejas, pero todo el día eran quejas y guascazos a lo loco, y no me daba tampoco siquiera unas jergas viejas.

861 Dende la alba hasta la noche, en el campo me tenía; cordero que se moría -mil veces me sucedió- los caranchos lo comían, pero lo pagaba yo.

862 De trato tan riguroso muy pronto me acobardé; el bonete me apreté buscando los mejores fines, y con unos volantines me fui para Santa Fé.

863 El pruebista principal a enseñarme me tomó, y ya iba aprendiendo yo a bailar en la maroma, mas me hicieron una broma y aquello me indijustó.

864 Una vez que iba bailando, porque estaba el calzón roto, armaron tanto alboroto que me hicieron perder pie; de la cuerda me largué y casi me descogotó.

865 Así me encuentre de nuevo sin saber dónde meterme, y ya pensaba volverme cuando, por fortuna mía, me salieron unas tías que quisieron recogerme.

866 Con aquella parentela, para mí desconocida, me acomodé ya en seguida, y eran muy buenas señoras; pero las más rezadoras que he

visto en toda mi vida.

867 Con el toque de oración ya principiaba el rosario; noche a noche un calendario tenían ellas que decir, y a rezar solían venir muchas de aquel vecindario.

868 Lo que allí me aconteció siempre lo he de recordar, pues me empiezo a equivocar y a cada paso refalo, como si me entrara el Malo cuanto me hincaba a rezar.

869 Era como tentación lo que yo experimenté, y jamas olvidaré cuanto tuve que sufrir, porque no podia decir "Artículos de la fe".

870 Tenía al lao una mulata que era nativa de allí; se hincaba cerca de mí como el ángel de la guarda; ¡pícaro!, Y era la parda la que me tentaba así.

871 "Rezá", me dijo mi tía, "Artículos de la fe". Quise hablar y me atoré; la dificultá me aflige; miré a la parda, y ya dije: "Artículos de Santa fé".

872 Me acomodó el coscorrón que estaba viendo venir, yo me quise corregir, a la mulata miré y otra vez volví a decir: "Artículos de Santa fé".

873 Sin dificultá ninguna rezaba todito el día, y a la noche no podía ni con un trabajo inmenso; es por eso que yo pienso que alguno me tentaría.

874 Una noche de tormenta vi a la parda y me entró chuchó; los ojos -me asusté mucho- eran como refocilo: al nombrar a San Camilo, le dije San Camilucho.

875 Esta me da con el pie, aquella otra con el codo: ¡ah, viejas, por ese modo, aunque de corazón tierno, yo las mandaba al infierno con oraciones y todo!

876 Otra vez, que como siempre la parda me perseguía, cuando yo acordé, mis tías me habían sacao un mechón al pedir la estirpación

de todas las herejías.

877 Aquella parda maldita me tenía medio afligido, y así; me había sucedido que, al decir "Estirpación", le acomodé "Entripación" y me cayeron sin ruido.

878 El recuerdo y el dolor me duraron muchos días; soñe con las herejías que andaban por estirpar y pedía siempre al rezar la estirpación de mis tías.

879 Y dale siempre rosarios, noche a noche sin cesar; dale siempre barajar salves, trisagios y credos; me aburrí de esos enriedos y al fin me mandé mudar.

XXII

880 Anduve como pelota, y más pobre que una rata: cuando empecé a ganar plata se armó no sé que barullo: yo dije: a tu tierra, grullo, aunque sea con una pata.

881 Eran duros y bastantes los años que allá pasaron; con lo que ellos me enseñaron formaba mi capital; cuanto vine, me enrolaron en la Guardia Nacional.

882 Me habia ejercitao al naipe, el juego era mi carrera; hice alianza verdadera y arreglé una trapisonda con el dueño de una fonda que entraba en la peladera.

883 Me ocupaba con esmero en floriar una baraja; el la guardaba en la caja en paquetes, como nueva; y la media arroba lleva quien conoce la ventaja.

884 Comete un error inmenso quien de la suerte presume; otro mas hábil lo fuma, en un dos por tres lo pela, y lo larga que no vuela, porque le falta una pluma.

885 Con un socio que lo entiende se arman partidas muy güenas; queda allí la plata ajena, quedan prendas y botones: siempre cain a esas riuniones zonzos con las manos llenas.

886 Hay muchas trampas legales, recursos del jugador; no cualquiera es sabedor a lo que un naipe se presta: con una cincha bien puesta se la pega uno al mejor.

887 Deja a veces ver la boca, haciendo el que se descuida; juega el otro hasta la vida y es seguro que se ensarta, porque uno muestra una carta y tiene otra prevenida.

888 Al monte, las precauciones no han de olvidarse jamás; debe afirmarse además los dedos para el trabajo, y buscar asiento bajo que le dé la luz de atrás.

889 Pa tallar, tome la luz; dé la sombra al alversario; acomódese al contrario en todo juego cartiao: tener ojo ejercitao es siempre muy necesario.

890 El contrario abre los suyos, pero nada ve el que es ciego: dandole sogá, muy luego se deja pescar el tonto; todo chapetón cre pronto que sabe mucho en el juego.

891 Hay hombres muy inocentes y que a las carpetas van; cuando azariados están -les pasa infinitas veces- pierden en puertas y en treses, y dándoles mamarán.

892 El que no sabe no gana aunque ruegue a Santa Rita; en la carpeta a un mulita se le conoce al sentarse, y conmigo era matarse: no podían ni a la manchita.

893 En el nueve y otros juegos llevo ventaja y no poca, y siempre que dar me toca el mal no tiene remedio, porque sé sacar del medio y sentar la de la boca.

894 En el truco, al más pintao solía ponerlo en apuro; cuando aventajar procuro, sé tener, como fajadas, tiro a tiro el as de

espadas, o flor, o envite siguro.

895 Yo sé defender mi plata y lo hago como el primero: el que ha de jugar dinero preciso es que no se atonte; si se armaba una de monte, tomaba parte el fondero.

896 Un pastel, como un paquete, se llevarlo con limpieza; dende que a salir empiezan no hay carta que no recuerde; sé cuál se gana o se pierde en cuanto cain en la mesa.

897 También por estas jugadas suele uno verse en aprietos; mas yo no me comprometo porque sé hacerlo con arte, y aunque les corra el descarte no se descubre el secreto.

898 Si me llamaban al dao, nunca me solía faltar un cargado que largar, un cruzao para el mas vivo, y hasta atracarles un chivo sin dejarlos maliciar.

899 Cargaba bien una taba, porque la sé manejar; no era manco en el billar, y por fin de lo que esplico, digo que hasta con pichicos era capaz de jugar.

900 Es un vicio de mal fin el de jugar, no lo niego; todo el que vive del juego anda a la pesca de un bobo, y es sabido que es un robo ponerse a jugarle a un ciego.

901 Y esto digo claramente porque he dejao de jugar; y le puedo asigurar, como que fuí del oficio: más cuesta aprender un vicio que aprender a trabajar.

XXIII

902 Un nápoles mercachifle que andaba con un arpista, cayó también en la lista sin dificultad ninguna: lo agarré a la treinta y una y le daba bola vista.

903 Se vino haciendo el chiquito, por sacarme esa ventaja; en el pantano se encaja, aunque robo se le hacía; lo cegó santa lucía y desocupó las cajas.

904 ¡Lo hubieran visto afligido llorar por las chucherías! "Me gañao con picardía", decía el gringo y lagrimiaba, mientras yo en un poncho alzaba todita su merchería.

905 Quedó allí aliviao del peso sollozando sin consuelo; había caído en el anzuelo, tal vez porque era domingo, y esa calidá de gringo no tiene Santo en el cielo.

906 Pero poco aproveché de fatura tan lucida; el diablo no se descuida, y a mí me seguía la pista un ñato muy enredista que era Oficial de partida.

907 Se me presentó a esigir la multa en que había incurrido, que el juego estaba prohibido, qus iba a llevarme al cuartel tuve que partir con él todo lo que había alquirido.

908 Empecé a tomarlo entre ojos por esa albitrariadá; yo había ganao, es verdá, con recursos, eso sí; pero el me ganaba a mí fundao en su autoridá.

909 Decían que por un delito mucho tiempo anduvo mal; un amigo servicial lo compuso con el Juez, y poco tiempo después lo pusieron de Oficial.

910 En recorrer el partido continuamente se empleaba; ningún malevo agarraba, pero traía en un carguero gallinas, pavos, corderos que por ahí recoletaba.

911 No se debía permitir el abuso a tal extremo. Mes a mes hacía lo mismo, y así decía el vecindario: "Este ñato perdulario ha resucitao el diezmo."

912 La echaba de guitarrero y hasta de concertador: sentao en el mostrador lo hallé una noche cantando y le dije: "Co...mo...quiando

con ganas de oír un cantor."

913 Me echó el ñato una mirada que me quiso devorar, mas no dejó de cantar y se hizo el desentendido; pero ya había conocido que no lo podía pasar.

914 Una tarde que me hallaba de visita... vino el ñato, y para darle un mal rato dije juerte: "na...to...ribia, no cebe con la agua tibia", y me la entendió el mulato.

915 Era todo en el juzgao, y como que se achocó, ahí no más me contestó: "Cuanto el caso se presiente te he de hacer tomar caliente, y has de saber quién soy yo."

916 Por causa de una mujer se enredó más la cuestión; le tenía el ñato afición; ella era mujer de ley, moza con cuerpo de güey, muy blanda de corazón.

917 La hallé una vez de amasijo; estaba hecha un embeleso, y le dije: "Me intereso en aliviar sus quehaceres, y así, señora, si quiere yo le arrimaré los güesos."

918 Estaba el ñato presente sentado como de adorno; por evitar un trastorno ella, al ver que se dijista, me contestó: "Si usted gusta, arrímelos junto al horno."

919 Ahí se enredó la madeja y su enemistá conmigo; se declaró mi enemigo, y, por aquel cumplimiento, ya sólo buscó el momento de hacerme dar un castigo.

920 Yo vía que aquel maldito me miraba con rencor, buscando el caso mejor de poderme echar el pial; y no vive más el lial que lo que quiere el traidor.

921 No hay matrero que no caiga, ni arisco que no se amanse; así, yo, dende aquel lance, no salía de algún rincón, tirao como el San Ramón después que se pasa el trance.

XXIV

922 Me le escapé con trabajo en diversas ocasiones; era de los adulones; me puso mal con el Juez; hasta que al fin una vez me agarró en las elecciones.

923 Ricuerdo que esa ocasión andaban listas diversas; las opiniones dispersas no se podían arreglar: decían que el Juez, por triunfar, hacía cosas muy perversas.

924 Cuando si riunió la gente vino a proclamarla el ñato, diciendo con aparato "Que todo andaría mal, si pretendía cada cual votar por un candilato."

925 Y quiso al punto quitarme la lista que yo llevé, mas yo se la mesquiné, y ya me gritó: "¡anarquista! Has de votar por la lista que ha mandao el Comiqué."

926 Me dió verguenza de verme tratado de esa manera; y como si uno se altera ya no es fácil que se ablande, le dije: "Mande el que mande, yo he de votar por quien quiera."

927 "En las carpetas de juego y en la mesa eletoral, a todo hombre soy igual, respeto al que me respeta, pero el naipe y la boleta naiden me lo ha de tocar."

928 Ahi no más ya me cayó a sable la polecía; aunque era una picardía me decidí a soportar, y no los quise peliar por no perderme ese día.

929 Atravesao me agarró y se aprovechó aquel ñato; dende que sufrí ese trato no dentro donde no quepo; fi a jinetiar en el cepo por cuestión de candilatos.

930 Injusticia tan notoria no la soporté de flojo; una venda de mis ojos vino el suceso a voltiar: vi que teníamos que andar como perro con tramojo.

931 Dende equellas elecciones se siguió el batiburrillo; aquél se volvió un ovillo del que no había ni noticia, ¡es señora la justicia... Y anda en ancas del mas pillo!

XXV

932 Después de muy pocos días, tal vez por no dar espera y que alguno no se juera, hicieron citar la gente, pa riunir un contingente y mandar a la frontera.

933 Se puso arisco el gauchaje: la gente está acobardada; salió la partida armada y trujo como perdices unos cuantos infelices que entraron en la voltiada.

934 Decía el ñato con soberbia: "¡Esta es una gente indina! Yo los rodié a la sordina: no pudieron escapar; y llevaba orden de arriar todito lo que camina."

935 Cuando vino el Comendante dijeron: "¡Dios nos asista!" Llegó les clavó la vista (yo estaba haciendome el zonzo); le echó a cada uno un responso y ya lo plantó en la lista.

936 "¡Cuadráte!", Le dijo a un negro. "Te estás haciendo el chiquito, cuando sos el más maldito que se encuentra en todo el pago. Un servicio es el que te hago, y por eso te remito."

A OTRO

937 "Vos no cuidás tu familia ni le das los menesteres; visitás otras mujeres, y es preciso, calavera, que aprendás en la frontera a cumplir con tus deberes."

A OTRO

938 "Vos también sos trabajoso; cuando es preciso votar hay que mandarte llamar y siempre andás medio alzo; sos un desubordinao, y yo te voy a filiar."

A OTRO

939 "¿cuánto tiempo hace que vos andás en este partido? ¿Cuántas veces has venido a la citación del juez? No te he visto ni una vez: has de ser algún perdido."

A OTRO

940 "Este es otro barullero que pasa en la pulpería predicando noche y día y anarquizando a la gente: irás en el contingente por tamaña picardía."

A OTRO

941 "Dende la anterior remesa vos andás medio perdido; la autoridad no ha podido jamás hacerte votar: cuando te mandan llamar te pasás a otro partido."

A OTRO

942 "Vos siempre andas de florcita: no tenés renta ni oficio; no has hecho ningún servicio; no has votado ni una vez. ¡Marchá!... Para que dejés de andar haciendo perjuicio."

A OTRO

943 "Dame vos tu papeleta: yo te la voy a tener. Esta queda en mi poder; después la recogerás, y así, si te resertás, todos te puedan prender."

A OTRO

944 "Vos, porque sos ecetuaao, ya te querés sulevar; no vinistes a votar cuando hubieron elecciones; no te valdrán ecepciones: ¡yo te voy a enderezar!"

945 Y a éste por este motivo y a otro por otra razón, toditos, en conclusión, sin que escapara ninguno, fueron pasando uno a uno a juntarse en un rincón.

946 Y allí las pobres hermanas, las madres y las esposas redamaban cariñosas sus lágrimas de dolor; pero gemidos de amor no remedian estas cosas.

947 Nada importa que una madre se desespere o se queje, que un hombre a su mujer deje en el mayor desamparo; hay que callarse, o es claro que lo quiebran por el eje.

948 Dentran despúes a empeñarse con este o aquel vecino; y, como en el masculino, el que menos corre, vuela, deben andar con cautela las pobres, me lo imagino.

949 Muchas al Juez acudieron, por salvar de la jugada; el les hizo una cuerpiada, y, por mostrar su inocencia, les dijo: "Tengan pacencia pues yo no puedo hacer nada."

950 Ante aquella autoridad permanecían suplicantes, y, después de hablar bastante, "Yo me lavo"; dijo el Juez, "Como Pilatos los pies: esto lo hace el Comendante."

951 De ver tanto desamparo el corazón se partía; había madre que salía con dos; tres hijos o más, por delante y por detrás, y las maletas vacías.

952 "¿Dónde irán?", Pensaba yo, "¿a perecer de miseria? Las pobres, si de esta feria hablan mal, tienen razón; pues hay bastante materia para tan justa aflicción."

XXVI

953 Cuando me llegó mi turno dije entre mí: "Ya me toca", y aunque mi falta era poca no sé por que me asustaba; les aseguro que estaba con el Jesús en la boca.

954 Me dijo que yo era un vago, un jugador, un perdido; que dende que fí al partido andaba de picaflor; que había de ser un bandido como mi antecesor.

955 Puede que uno tenga un vicio y que de él no se reforme, mas naides esta conforme con recibir ese trato: yo conocí que era el ñato quien le había dao los informes.

956 Me dentro curiosidá, al ver que de esa manera tan siguro me dijera que jué mi padre un bandido; luego, lo habrá conocido, y yo inoraba quien era.

957 Me empené en aviriguarlo; promesas hice a Jesús; tuve por fin una luz y supe con alegría que era el autor de mis días el guapo sargento Cruz.

958 Yo conocía bien su historia y la tenía muy presente: sabía que Cruz, bravamente, yendo con una partida, había jugado la vida por defender a un valiente.

959 Y hoy ruego a mi Dios piadoso que lo mantenga en su gloria; se ha de conservar su historia en el corazón del hijo; el al morir me bendijo yo bendigo su memoria.

960 Yo juré tener enmienda y lo conseguí de veras; puedo decir ande quiera que, si faltas he tenido, de todas me he corregido dende que supe quién era.

961 El que sabe ser güen hijo a los suyos se parece; y aquel que a su lado crece y a su padre no hace honor, como castigo merece de la desdicha el rigor.

962 Con un empeño constante mis faltas supe enmendar; todo conseguí olvidar, pero, por desgracia mía, el nombre de Picardía no me lo pude quitar.

963 Aquel que tiene güen nombre muchos dijustos se ahorra, y entre tanta mazamorra no olviden esta alvertencia: aprendí por esperencia que el mal nombre no se borra.

XXVII

964 He servido en la frontera en un cuerpo de milicias; no por razón de justicia como sirve cualesquiera.

965 La bolilla me tocó de ir a pasar malos ratos por la facultá del ñato, que tanto me persiguió.

966 Y sufrí en aquel infierno esa dura penitencia, por una malaquerencia de un Oficial subalterno.

967 No repetiré las quejas de lo que se sufre allá: son cosas muy dichas ya y hasta olvidadas, de viejas.

968 Siempre el mismo trabajar, siempre el mismo sacrificio, es siempre el mismo servicio, y el mismo nunca pagar.

969 Siempre cubiertos de harapos, siempre desnudos y pobres, nunca le pagan un cobre ni le dan jamás un trapo.

970 Sin sueldo y sin uniforme lo pasa uno aunque sucumba: confórmese con la tumba; y si no... No se conforme.

971 Pues si usted se ensoberbece o no anda muy voluntario, le aplican un novenario de estacas... Que lo enloquecen.

972 Andan como pordioseros sin que un peso los alumbre, porque han tomao la costumbre de deberle años enteros.

973 Siempre hablan de lo que cuesta; que allá se gasta un platal: ¡pues yo no he visto ni un rial en lo que duró la fiesta!

974 Es servicio extraordinario bajo el jusil y la vara, sin que sepamos qué cara le ha dao Dios al comisario.

975 Pues si va a hacer la revista se vuelve como una bala: es lo mesmo que luz mala para perderse de vista.

976 Y de yapa cuando va, todo parece estudiao: van con meses atrasaos de gente que ya no está.

977 pues si adrede que lo hagan, podrán hacerlo mejor: cuando cai, cai con la paga del contingente anterior.

978 porque son como sentencia para buscar al ausente, y el pobre que está presente que perezca en la endigencia;

979 hasta que, tanto aguantar el rigor con que lo tratan o se resierta, o lo matan, o lo largan sin pagar.

980 De ese modo es el pastel, porque el gaucho -ya es un hecho- no tiene ningún derecho, ni naidés vuelve por él.

981 ¡La gente vive marchita! Si viera cuando echan tropa: les vuela a todos la ropa que parecen banderitas.

982 De todos modos lo cargan, y al cabo de tanto andar, cuando lo largan, lo largan como pa echarse a la mar.

983 Si alguna prenda le han dao se la vuelven a quitar: poncho, caballo, recaó, todo tiene que dejar.

984 Y esos pobres infelices, al volver a su destino, salen como unos longinos sin tener con que cubrirse.

985 A mí me daba congojas el mirarlos de ese modo, pues el más aviao de todos es un perejil sin hojas.

986 Aura poco ha sucedido, con un invierno tan crudo, largarlos a pie y desnudos pa volver a su partido.

987 Y tan duro es lo que pasa que, en aquella situación, les niegan un mancarrón para volver a su casa.

988 ¡Lo tratan como a un infiel! Completan su sacrificio no dándole ni un papel que acredite su servicio.

989 Y tiene que regresar más pobre de lo que jué; por supuesto, a la mercé del que lo quiere agarrar.

990 Y no averigüe después de los bienes que dejó: de hambre, su mujer vendió por dos lo que vale diez.

991 Y como están convenidos a jugarle manganeta, a reclamar no se meta, porque ése es tiempo perdido.

992 Y luego, si a alguna estancia a pedir carne se arrima, al punto le cain encima con la ley de la vagancia.

993 Y ya es tiempo, pienso yo, de no dar más contingente: si el Gobierno quiere gente, que la pague y se acabó.

994 Y saco así en conclusión, en medio de mi inorancia, que aquí el nacer en estancia es como una maldición.

995 Y digo, aunque no me cuadre decir lo que naidés dijo: la provincia es una madre que no defiende a sus hijos.

996 Mueren en alguna loma en defensa de la ley, o andan lo mesmo que el güey, arando pa que otros coman.

997 Y he de decir ansí mismo porque de adentro me brota que no tiene patriotismo quien no cuida al compatriota.

XXVIII

998 Se me va por donde quiera esta lengua del demonio: voy a darles testimonio de lo que vi en la frontera.

999 Yo sé que el único modo, a fin de pasarlo bien, ee decir a todo: amén, y jugarle risa a todo.

1000 El que no tiene colchón en cualquier parte se tiende; el gato busca el jogón y ese es mozo que lo entiende.

1001 De aquí comprenderse debe, aunque yo hable de este modo, que uno busca su acomodo siempre lo mejor que puede.

1002 Lo pasaba como todos este pobre penitente; pero salí de asistente, y mejoré en cierto modo;

1003 pues aunque esas privaciones causen desesperación, siempre es mejor el jogón de aquel que carga galones.

1004 De entonces en adelante algo logré mejorar, pues supe hacerme lugar al lado del Ayudante.

1005 El se daba muchos aires: pasaba siempre leyendo; decían que estaba aprendiendo pa recebirse de flaire.

1006 Aunque lo pifiaban tanto, jamás lo vi dijustao; tenía los ojos paraos como los ojos de un Santo.

1007 Muy delicao, dormía en cuja; y no sé por qué sería, la gente lo aborrecía y le llamaban La Bruja.

1008 Jamás hizo otro servicio ni tuvo mas comisiones que recibir las raciones de víveres y de vicios.

1009 Yo me pasé a su jogón al punto que me sacó, y ya con el me llevó a cumplir su comisión.

1010 Estos diablos de milicos de todo sacan partido: cuando nos vían riunidos se limpiaban los hocicos.

1011 Y decían en los jogones como por chocarrería: "Con La Bruja y Picardía van a andar bien las raciones."

1012 A mí no me jué tan mal, pues mi Oficial se arreglaba; les diré lo que pasaba sobre este particuiar.

1013 Decían que estaba de acuerdo La Bruja y el proveedor, y que recibía lo pior; puede ser, pues no era lerdo.

1014 Que a más en la cantidá pegaba otro dentellón, y que por cada ración le entregaban la mitá.

1015 y que esto lo hacía del modo como lo hace un hombre vivo: firmando luego el recibo, ya se sabe, por el todo.

1016 Pero esas murmuraciones no faltan en campamento. Déjenme seguir mi cuento, o historia de las raciones.

1017 La Bruja las recibía, como se ha dicho, a su modo; las cargabamos, y todo se entriega en la mayoría.

1018 Sacan allí en abundancia lo que les toca sacar, y es justo que han de dejar otro tanto de ganancia.

1019 Van luego a la compañía; las recibe el Comendante, el que, de un modo abundante, sacaba cuanto quería.

1020 Así la cosa liviana va mermada, por supuesto; luego se le entrega el resto al oficial de semana. Araña, ¿quien te arañó? Otra araña como yo.

1021 Este le pasa al sargento aquello tan reducido, y, como hombre prevenido, saca siempre con aumento.

1022 Esta relación no acabo si otra menudencia ensarto, el sargento llama al cabo para encargarle el reparto.

1023 El también saca primero y no se sabe turbar: naides le va a aviriguar si ha sacado más o menos.

1024 Y sufren tanto bocao y hacen tantas estaciones, que ya casi no hay raciones cuando llegan al soldao.

1025 ¡Todo es como pan bendito! Y sucede de ordinario tener que juatarse varios para hacer un pucherito.

1026

Dicen que las cosas van
con arreglo a la ordenanza.

¡Puede ser! Pero no alcanzan;
¡Tan poquito es lo que dan!

1027 Algunas veces, yo pienso, y es muy justo que lo diga, solo llegaban las migas que habían quedao en los lienzos.

1028 Y esplican aquel infierno en que uno está medio loco diciendo que dan tan poco porque no paga el Gobierno.

1029 Pero eso yo no lo entiendo, ni a aviriguarlo me meto; soy inorante completo nada olvido y nada apriendo.

1030 Tiene uno que soportar el tratamiento mas vil: a palos en lo civil a sable en lo militar.

1031 El vistuario es otro infierno; si lo dan, llega a sus manos en invierno el de verano, y en el verano el de invierno.

1032 Y yo el motivo no encuentro ni la razón que esto tiene, mas dicen que eso ya viene arreglao dende adentro.

1033 Y es necesario aguantar el rigor de su destino; el gaucho no es argentino sino pa hacerlo matar.

1034 Ansi ha de ser, no lo dudo; y por eso decía un tonto: "Si los han de matar pronto, mejor es que estén desnudos,"

1035 pues esa miseria vieja no se remedia jamás; todo el que viene detrás como la encuentra la deja.

1036 Y se hallan hombres tan malos que dicen de güena gana: "El gaucho es como la lana: se limpia y compone a palos."

1037 Y es forzoso el soportar aunque la copa se enllene; parece que el gaucho tiene algún pecao que pagar.

XXIX

1038 Esto contó Picardía y después guardó silencio, mientras todos celebraban con placer aquel encuentro. Mas una casualidad, como que nunca anda lejos, entre tanta gente blanca llevó también un moreno, presumido de cantor y que se tenía por güeno. Y como quien no hace nada, o se descuida de intento, pues siempre es muy conocido todo aquel que busca pleito, se sentó con toda calma, echo mano al instrumento y ya le pegó un ragido: era fantástico el negro; y para no dejar dudas, medio se compuso el pecho. Todo el mundo conoció la intención de aquel moreno: era claro el desafío dirigido a Martín Fierro, hecho con toda arrogancia, de un modo muy altanero. Tomó Fierro la guitarra, pues siempre se halla dispuesto, y así cantaron los dos, en medio de un gran silencio:

XXX

MARTÍN FIERRO 1039 Mientras suene el encordao, mientras encuentre el compás yo no he de quedarme atrás sin defender la parada, y he jurado que jamás me la han de llevar robada.

1040 Atiendan, pues, los oyentes y cáyense los mirones; a todos pido perdones, pues a la vista resalta que no está libre de falta quien no está de tentaciones.

1041 A un cantor le llaman güeno cuando es mejor que los piores; y sin ser de los mejores, encontrándose dos juntos, es deber de los cantores el cantar de contrapunto.

1042 El hombre debe mostrarse cuando la ocasión le llegue; hace mal el que se niegue, dende que lo sabe hacer; y muchos suelen tener vanagloria en que los rueguen.

1043 Cuando mozo fuí cantor (es una cosa muy dicha); mas la suerte se encapricha y me persigue constante: de ese tiempo en adelante

canté mis propias desdichas.

1044 Y aquellos años dichosos trataré de recordar; veré si puedo olvidar tan desgraciada mudanza, y quien se tenga confianza tiemple, y vamos a cantar.

1045 Tiemple y cantaremos juntos; trasnochadas no acobardan. Los concurrentes aguardan, y porque el tiempo no pierdan, haremos gemir las cuerdas hasta que las velas no ardan.

1046 Y el cantor que se presiente, que tenga o no quien lo ampare, no espere que yo dispare aunque su saber sea mucho: vamos en el mismo pucho a prenderle hasta que aclare.

1047 Y seguiremos si gusta hasta que se vaya el día; era la costumbre mía cantar las noches enteras: había entonces, donde quiera, cantores de fantasía.

1048 Y si alguno no se atreve a seguir la caravana, o si cantando no gana, se lo digo sin lisonja: haga sonar una esponja o ponga cuerdas de lana.

EL MORENO 1049 yo no soy, señores míos, sino un pobre guitarrero, pero doy gracias al Cielo porque puedo, en la ocasión, toparme con un cantor que experimente a este negro.

1050 Yo también tengo algo blanco, pues tengo blancos los dientes; sé vivir entre las gentes sin que me tengan en menos: quien anda en pagos ajenos debe ser manso y prudente.

1051 Mi madre tuvo diez hijos, los nueve muy regulares; tal vez por eso me ampare la providencia divina: en los güevos de gallina el décimo es el mas grande.

1052 El negro es muy amoroso, aunque de esto no hace gala; nada a su cariño iguala ni a su tierna voluntad; fs lo mismo que el macá: cría los hijos bajo el ala.

1053 Pero yo he vivido libre y sin depender de naidas; siempre he cruzado los aires como el pájaro sin nido; cuanto se lo he aprendido porque me lo enseñó un flaire.

1054 Y sé como cualquier otro el porqué retumba el trueno; por qué son las estaciones del verano y del invierno; sé también de donde salen las aguas que cain del cielo.

1055 Yo sé lo que hay en la tierra en llegando al mismo centro; en dónde se encuentra el oro, en dónde se encuentra el Fierro y en dónde viven bramando los volcanes que echan juego.

1056 Yo sé del fondo del mar donde los pejes nacieron; yo sé por que crece el árbol, y por que silban los vientos: cosas que inoran los blancos las sabe este pobre negro.

1057 Yo tiro cuando me tiran; cuando me aflojan, aflojo; no se ha de morir de antojo quien me convida a cantar; para conocer a un cojo lo mejor es verlo andar.

1058 Y si una falta cometo en venir a esta reunión, echándola de cantor, pido perdón en voz alta pues nunca se halla una falta que no exista otra mayor.

1059 De lo que un cantor explica no falta qué aprovechar y se le debe escuchar aunque sea negro el que cante: aprende el que es inorante, y el que es sabio, aprende más.

1060 Bajo la frente mas negra hay pensamiento y hay vida. La gente escuche tranquila, no me haga ningún reproche: tambien es negra la noche y tiene estrellas que brillan.

1061 Estoy, pues, a su mandao; empiece a echarme la sonda, si gusta que le responda, aunque con lenguaje tosco: en leturas no conozco la jota, por ser redonda.

MARTÍN FIERRO 1062 ¡Ah, negro!, si sos tan sabio no tengas ningun recelo: pero has tragao el anzuelo y al compás del estrumento has

de decirme al momento cuál es el canto del Cielo.

EL MORENO 1063 cuentan que de mi color Dios hizo al hombre primero, más los blancos altaneros, los mismos que lo convidan, hasta de nombrarlo olvidan y sólo le llaman negro.

1064 Pinta el blanco negro al diablo, y el negro, blanco lo pinta; blanca la cara o retinta no habla en contra ni en favor: de los hombres el Criador no hizo dos clases distintas.

1065 Y después de esta alvertencia que al presente viene al pelo, veré, señores, si puedo, sigún mi escaso saber, con claridá responder cuál es el canto del cielo.

1066 Los cielos lloran y cantan hasta en el mayor silencio: lloran al cair el rocío cantan al silbar los vientos lloran cuando cain las aguas. Cantan cuando brama el trueno.

MARTÍN FIERRO 1067 Dios hizo al blanco y al negro sin declarar los mejores; les mandó iguales dolores bajo de una misma cruz; mas también hizo la luz pa distinguir los colores.

1068 Ansi, ninguno se agravie; no se trata de ofender, a todo se ha de poner el nombre con que se llama, y a naides le quita fama lo que recibio al nacer.

1069 Y así me gusta un cantor que no se turba ni yerra; y si en tu saber se encierra el de los sabios projundos; decíme cual en el mundo es el canto de la tierra.

EL MORENO 1070 es pobre mi pensamiento, es escasa mi razón, mas pa dar contestación mi inorancia no se arredra: también da chispas la piedra si la golpia el eslabón.

1071 Y le daré una respuesta sigún mis pocos alcances: forman un canto en la tierra el dolor de tanta madre, el gemir de los que mueren y el llorar de los que nacen.

MARTÍN FIERRO 1072 moreno, alvierto que trais bien dispuesta la garganta; sos varón, y no me espanta verte hacer esos primores; en los pájaros cantores solo el macho es el que canta.

1073 Y ya que al mundo vinistes con el sino de cantar, no te vayás a turbar, no te agrandés ni te achiques; es preciso que me expliques cuál es el canto del mar.

EL MORENO 1074 a los pájaros cantores ninguno imitar pretiende; de un don que de otro depende naides se debe alabar, pues la urraca apriende a hablar, pero sólo la hembra apriende.

1075 Y ayúdame, ingenio mío, para ganar esta apuesta; mucho el contestar me cuesta. Pero debo contestar; yoy a decir en respuesta cuál es el canto del mar.

1076 Cuando la tormenta brama, el mar, que todo lo encierra, canta de un modo que aterra, corno si el mundo temblara: parece que se quejara de que lo estreche la tierra.

MARTÍN FIERRO 1077 toda tu sabiduría has de mostrar esta vez; ganarás sólo que estés en baca con algún Santo. La noche tiene su canto, y me has de decir cuál es.

EL MORENO 1078 no galope, que hay aujeros, le dijo a un guapo un prudente le contestó humildemente: la noche por cantos tiene esos ruidos que uno siente sin saber por dónde vienen.

1079 Son los secretos misterios que las tinieblas esconden; son los ecos que responden a la voz del que da un grito; como un lamento infinito que viene no sé de dónde.

1080 A las sombras sólo el sol las penetra y las impone; en distintas direcciones se oyen rumores inciertos: son almas de los que han muerto, que nos piden oraciones.

MARTÍN FIERRO 1081 moreno, por tus respuestas yo te aplico el cartabón, pues tenés desposición y sos estruido, de yapa: ni las

sombras se te escapan para dar explicación.

1082 Pero cumple su deber el lial diciendo lo cierto, y, por lo tanto, te alvierto que hemos de cantar los dos, dejando en la paz de Dios las almas de los que han muerto.

1083 Y el consejo del prudente no hace falta en la partida; siempre ha de ser comedida la palabra de un cantor. Y aura quiero que me digas de dónde nace el amor.

EL MORENO 1084 a pregunta tan oscura trataré de responder, aunque es mucho pretender de un pobre negro de estancia, mas conocer su inorancia es principio del saber.

1085 Ama el pájaro en los aires que cruza por donde quiera, y si al fin de su carrera se asienta en alguna rama, con su alegre canto llama a su amante compañera.

1086 La fiera ama en su guarida, de la que es rey y señor; allí lanza con juror esos bramidos que espantan, porque las fieras no cantan: las fieras braman de amor.

1087 Ama en el fondo del mar el pez de lindo color; ama el hombre con ardor; ama todo cuanto vive: de Dios vida se recibe, y donde hay vida, hay amor.

MARTÍN FIERRO 1088 me gusta, negro ladino, lo que acabás de explicar; ya te empiezo a respetar; aundue al principio me rei, y te quiero preguntar lo que entendés por la ley.

EL MORENO 1089 hay muchas dotorerías que yo no puedo alcanzar; dende que aprendí a inorar de ningún saber me asombro, mas no ha de llevarme al hombro quien me convide a cantar.

1090 Yo no soy cantor ladino y mi habilidá es muy poca; más cuando cantar me toca me defiendo en el combate, porque soy como los mates: sirvo si me abren la boca.

1091 Dende que elige a su gusto, lo más espinoso elige; pero esto poco me aflige y le contesto a mi modo: la ley se hace para todos, mas sólo al pobre le rige.

1092 La ley es tela de araña -en mi inorancia lo esplico-. No la tema el hombre rico; nunca la tema el que mande; pues la ruempa el bicho grande y sólo enrieda a los chicos.

1093 Es la ley como la lluvia: nunca puede ser pareja; el que la aguanta se queja, pero el asunto es sencillo: la ley es como el cuchillo: no ofiende a quien lo maneja.

1094 Le suelen llamar espada y el nombre le viene bien; los que la gobiernan ven a dónde han de dar el tajo: le cai al que se halla abajo y corta sin ver a quién.

1095 Hay muchos que son doctores, y de su ciencia no dudo; mas yo soy un negro rudo y aunque de esto poco entiendo, estoy diariamente viendo que aplican la del embudo.

MARTÍN FIERRO 1096 moreno, vuelvo a decirte: ya conozco tu medida; has aprovechao la vida, y me alegro de este encuentro; ya veo que tenés adentro capital pa esta partida.

1097 Y aura te voy a decir; porque en mi deber está (y hace honor a la verdá quien a la verdá se duebla) que sos por juera tinieblas y por dentro claridá.

1098 No ha de decirse jamás que abusé de tu pacencia, y en justa correspondencia, si algo querés preguntar, podés al punto empezar, pues ya tenés mi licencia.

EL MORENO 1099 no te trabes lengua mía; no te vayas a turbar; nadie acierta antes de errar, y, aunque la fama se juega, el que por gusto navega no debe temerle al mar.

1100 Voy a hacerle mis preguntas, ya que a tanto nne convida, y vencerá en la partida si una explicación me da sobre el tiempo y la

medida, el peso y la cantidad.

1101 Suya sera la vitoria si es que sabe contestar; se lo debo declarar con claridá, no se asombre, pues hasta aura ningún hombre me lo ha sabido explicar.

1102 Quiero saber y lo inoro, pues en mis libros no está -y su respuesta vendrá a servirme de gobierno-, para que fin el Eterno ha criado la cantidad.

MARTÍN FIERRO 1103 moreno, te dejas cair como carancho en su nido; ya veo que sos prevenido, mas también estoy dispuesto; veremos si te contesto y si te das por vencido.

1104 Uno es el sol, uno el mundo, sola y única es la luna así han de saber que Dios no crió cantidad ninguna.

1105 El ser de todos los seres solo formo la unidad; lo demás lo ha criado el hombre después que aprendió a contar.

EL MORENO 1106 verernos si a otra pregunta da una respuesta cumplida: ei ser que ha criado la vida lo ha de tener en su archivo, mas yo inoro que motivo tuvo al formar la medida.

MARTÍN FIERRO 1107 escuchá con atención lo que en mi inorancia arguyo: la medida la inventó el hombre para bien suyo;

1108 y la razón no te asombre, pues es fácil presumir: Dios no tenía que medir sino la vida del hombre.

EL MORENO 1109 si no falla su saber por vencedor lo confieso; debe aprender todo eso quien a cantar se dedique; y aura quiero que me explique la que significa el peso.

MARTÍN FIERRO 1110 Dios guarda entre sus secretos el secreto que eso encierra, y mandó que todo peso cayera siempre en la tierra;

1111 y según comprendo yo, dende que hay bienes y males, jué el peso para pesar las culpas de los mortales.

EL MORENO 1112 si responde a esta pregunta tengase por vencedor (doy la derecha al mejor); y respóndame al momento: ¿cuándo formó Dios el tiempo y por que lo dividió?

MARTÍN FIERRO 1113 Moreno, voy a decir, según mi saber alcanza: el tiempo sólo es tardanza de lo que está por venir;

1114 no tuvo nunca principio ni jamás acabará, porque el tiempo es una rueda. Y rueda es eternidá.

1115 Y si el hombre lo divide, sólo lo hace, en mi sentir, por saber lo que ha vivido o le resta que vivir.

1116 Ya te he dado mis respuestas, mas no gana quien despunta; si tenés otra pregunta o de algo te has olvidao, siempre estoy a tu mandao para sacarte de dudas.

1117 No procedo por soberbia ni tampoco por jactancia, mas no ha de faltar costancia cuando es preciso luchar; y te convido a cantar sobre cosas de la estancia.

1118 Ansi prepará, moreno, cuanto tu saber encierre, y sin que tu lengua yerre, me has de decir lo que empriende; el que del tiempo depende, en los meses que train erre.

EL MORENO 1119 De la inorancia de naidés ninguno debe abusar; y aunque me puede doblar todo el que tenga más arte, no voy a ninguna parte a dejarme machetiar.

1120 He reclarao que en leturas soy redondo como jota; no avergüence mi redota, pues con claridá le digo: no me gusta que conmigo naidés juegue a la pelota.

1121 Es güena ley que el más lerdo debe perder la carrera; así le pasa a cualquiera, cuando en competencia se halla un cantor de media talla con otro de talla entera.

1122 ¿No han visto en medio del campo al hombre que anda perdido, dando güeltas afligido, sin saber donde rumbiar así le suele pasar a

un pobre cantor vencido.

1123 También los árboles crujen si el ventarrón los azota, y si aquí mi queja brota con amargura, consiste en que es muy larga y muy triste la noche de la redota.

1124 Y dende hoy en adelante, pongo de testigo al Cielo para decir sin recelo que, si mi pecho se inflama. No cantaré por la fama sino por buscar consuelo.

1125 Vive ya desesperao quien no tiene qué esperar; a lo que no ha de durar ningún cariño se cobre; alegrías en un pobre son anuncios de pesar.

1126 Y este triste desengaño me durará mientras viva; aunque un consuelo reciba jamás he de alzar el vuelo: quien no nace para el cielo de balde es que mire arriba.

1127 Y suplico a cuantos me oigan que me permitan decir que, al decidirme a venir, no sólo jué por cantar, sino porque tengo a más otro deber que cumplir.

1128 Ya saben que de mi madre fueron diez los que nacieron, mas ya no existe el primero y mas querido de todos: murió por injustos modos a manos de un pendenciero.

1129 Los nueve hermanos restantes como güerfanos quedamos; dende entonces lo lloramos sin consuelo, creanmeló, y al hombre que lo mató, nunca jamás lo encontramos.

1130 Y queden en paz los güesos de aquel hermano querido; a moverlos no he venido, mas, si el caso se presienta, espero en Dios que esta cuenta se arregle como es debido.

1131 Y si otra ocasión payamos para que esto se complete, por mucho que lo respete, cantaremos, si le gusta, sobre las muertes injustas. Que algunos hombres cometen.

1132 Y aquí, pues, señores míos, diré, como en despedida, que todavía andan con vida los hermanos del dijunto, que recuerdan este asunto y aquella muerte no olvidan.

1133 Y es misterio tan profundo lo que está por suceder, que no me debo meter a echarla aquí de adivino; lo que decida el destino después lo habran de saber.

MARTÍN FIERRO 1134 al fin cerrastes el pico después de tanto charlar; ya empezaba a maliciar, al verte tan entonao, que traías un embuchao y no lo querías largar.

1135 Y ya que nos conocemos, basta de conversación; para encontrar la ocasión no tienen que darse prisa; ya conozco yo que empieza otra clase de junción.

1136 Yo no sé lo que vendrá; tampoco soy adivino; pero firme en mi camino hasta el fin he de seguir: todos tienen que cumplir con la ley de su destino.

1137 Primero jué la frontera por persecución de un juez; los indios fueron después, y, para nuevos estrenos, aura son estos morenos pa alivio de mi vejez.

1138 La madre echó diez al mundo, lo que cualquiera no hace, y tal vez de los diez pase con iguales condiciones: la mulita pare nones, todos de la misma clase.

1139 A hombre de humilde color nunca sé facilitar; cuando se llega a enojar suele ser de mala entraña: se vuelve como la araña, siempre dispuesta a picar.

1140 Yo he conocido a toditos los negros mas peliadores; había algunos superiores de cuerpo y de vista...¡Ahijuna! si vivo, les daré una... historia de las mejores.

1141 Mas cada uno ha de tirar en el yugo en que se vea; yo ya no busco peleas, las contiendas no me gustan, pero ni sombras me

asustan ni bultos que se menean.

1142 La creia ya desollada, mas todavía falta el rabo, y por lo visto no acabo de salir de esta jarana; pues esto es lo que se llama remacharsele a uno el clavo.

XXXI

1143 Y después de estas palabras que ya la intención revelan, procurando los presentes que no se armara pendencia, se pusieron de por medio y la cosa quedó quieta. Martín Fierro y los muchachos, evitando la contienda, montaron y paso a paso, como el que miedo no lleva, a la costa de un arroyo llegaron a echar pie a tierra. Desensillaron los pingos y se sentaron en rueda, refiriéndose entre sí infinitas menudencias porque tiene muchos cuentos y muchos hijos la ausiencia. Allí pasaron la noche a la luz de las estrellas, porque ese es un cortinao que lo halla uno donde quiera, y el gaucho sabe arreglarse como ninguno se arregla: el colchón son las caronas, el lomillo es cabecera, el cojinillo es blandura y con el poncho o la jerga; para salvar del rocío, se cubre hasta la cabeza. Tiene su cuchillo al lado -pues la precaución es güena-, freno y rebenque a la mano, y, teniendo el pingo cerca, que pa asegurarlo bien la argolla del lazo entierra -aunque el atar con el lazo da del hombre mala idea-, se duerme así muy tranquilo todita la noche entera; y si es lejos del camino, como manda la prudencia, mas siguro que en su rancho uno ronca a pierna suelta pues en el suelo no hay chinche y es una cuja camera que no ocasiona disputas y que naides se la niega. Además de eso, una noche la pasa uno como quiera, y las va pasando todas haciendo la misma cuenta; y luego los pajaritos al aclarar lo dispiertan, porque el sueño no lo agarra a quien sin cenar se acuesta. Ansí, pues, aquella noche jué para ellos una fiesta, pues todo parece alegre cuando el corazón se alegra. No pudiendo vivir juntos por su estado de pobreza, resolvieron

separarse y que cada cual se fuera a procurarse un refugio que aliviara su miseria. Y antes de desparramarse para empezar vida nueva, en aquella soledad Martín Fierro, con prudencia, a sus hijos y al de Cruz les habló de esta manera:

XXXII

1144 -Un padre que da consejos más que padre es un amigo; así como tal les digo que vivan con precaución: nadie sabe en qué rincón se oculta el que es su enemigo.

1145 Yo nunca tuve otra escuela que una vida desgraciada: no estrañen si en la jugada alguna vez me equivoco, pues debe saber muy poco aquel que no aprendió nada.

1146 Hay hombres que de su ciencia tienen la cabeza llena; hay sabios de todas menas, mas digo, sin ser muy ducho: es mejor que aprender mucho el aprender cosas buenas.

1147 No aprovechan los trabajos si no han de enseñarnos nada; el hombre, de una mirada, todo ha de verlo al momento: el primer conocimiento es conocer cuándo enfada.

1148 Su esperanza no la cifren nunca en corazón alguno; en el mayor infortunio pongan su confianza en Dios; de los hombres, sólo en uno; con gran precaución en dos.

1149 Las faltas no tiene límites como tienen los terrenos; se encuentran en los más buenos, y es justo que les prevenga: aquel que defectos tenga, disimule los ajenos.

1150 Al que es amigo, jamás lo dejen en la estacada, pero no le pidan nada ni lo aguarden todo de él: siempre el amigo más fiel es una conducta honrada.

1151 Ni el miedo ni la codicia es bueno que a uno le asalten, así, no se sobresalten por los bienes que perezcan; al rico nunca le

ofrezcan y al pobre jamás le falten.

1152 Bien lo pasa, hasta entre pampas, el que respeta a la gente; el hombre ha de ser prudente para librarse de enojos: cauteloso entre los flojos, moderado entre valientes.

1153 El trabajar es la ley, porque es preciso alquirit; no se espongan a sufrir una triste situación: sangra mucho el corazón del que tiene que pedir.

1154 Debe trabajar el hombre para ganarse su pan; pues la miseria, en su afán de perseguir de mil modos, llama en la puerta de todos y entra en la del haragán.

1155 A ningún hombre amenacen, porque naides se acobarda; poco en conocerlo tarda quien amenaza imprudente: que hay un peligro presente y otro peligro se aguarda.

1156 Para vencer un peligro, salvar de cualquier abismo -por esperencia lo afirmo-, más que el sable y que la lanza suele servir la confianza que el hombre tiene en si mismo.

1157 Nace el hombre con la astucia que ha de servirle de guía; sin ella sucumbiría: pero, según mi esperencia, se vuelve en unos prudencia y en los otros picardía.

1158 Aprovecha la ocasión el hombre que es diligente; y, tenganlô bien presente: si al compararla no yerro, la ocasión es como el fierro: se ha de machacar caliente.

1159 Muchas cosas pierde el hombre que a veces las vuelve a hallar; pero les debo enseñar, y es gúeno que lo recuerden: si la vergüenza se pierde, jamás se vuelve a encontrar.

1160 Los hermanos sean unidos porque ésa es la ley primera tengan unión verdadera en cualquier tiempo que sea, porque, si entre ellos pelean, los devoran los de ajuera.

1161 Respeten a los ancianos: el burlarlos no es hazaña; si andan entre gente estraña deben ser muy precavidos, pues por igual es tenido quien con malos se acompaña.

1162 La cigüeña, cuando es vieja, pierde la vista, y procuran cuidarla en su edá madura todas sus hijas pequeñas: apriendan de las cigüeñas este ejemplo de ternura.

1163 Si les hacen una ofensa, aunque la echen en olvido, vivan siempre prevenidos; pues ciertamente sucede que hablará muy mal de ustedes aquel que los ha ofendido.

1164 El que obedeciendo vive nunca tiene suerte blanda, mas con su soberbia agranda el rigor en que padece: obedezca al que obedece y será gúeno el que manda.

1165 Procuren de no perder ni el tiempo ni la vergüenza; como todo hombre que piensa, procedan siempre con juicio; y sepan que ningún vicio acaba donde comienza.

1166 Ave de pico encorvado le tiene al robo afición; pero el hombre de razón no roba jamás un cobre, pues no es vergüenza ser pobre y es vergüenza ser ladrón.

1167 El hombre no mate al hombre ni pelé por fantasía; tiene en la desgracia mía un espejo en que mirarse; saber el hombre guardarse es la gran sabiduría.

1168 La sangre que se redama no se olvida hasta la muerte; la impresión es de tal suerte, que, a mi pesar, no lo niego, cai como gotas de juego en la alma dei que la vierte.

1169 Es siempre, en toda ocasión, el trago el pior enemigo; con cariño se los digo, recuérdelo con cuidado: aquel que ofiende embriagado merece doble castigo.

1170 Si se arma algun revolutis, siempre han de ser los primeros, no se muestren altaneros, aungue la razón les sobre: en la barba de los

pobres aprienden pa ser barberos.

1171 Si entriegan su corazón a alguna mujer querida, no le hagan una partida que la ofienda a la mujer: siempre los ha de perder una mujer ofendida.

1172 Procuren, si son cantores, el cantar con sentimiento, ni tiemplan el instrumento por sólo el gusto de hablar, y acostúmbrense a cantar en cosas de jundamento.

1173 Y les doy estos consejos que me ha costado alquiritlos, porque deseo dirigirlos; pero no alcanza mi cencia hasta darles la prudencia que precisan pa seguirlos.

1174 Estas cosas y otras muchas medité en mis soledades; sepan que no hay falsedades ni error en estos consejos: es de la boca del viejo de ande salen las verdades.

XXXIII

1175 Después a los cuatro vientos los cuatro se dirigieron; una promesa se hicieron que todos debían cumplir; mas no la puedo decir pues secreto prometieron.

1176 Les alvierto solamente -y esto a ninguno le asombre, pues muchas veces el hombre tiene que hacer de ese modo-; convinieron entre todos en mudar allí de nombre.

1177 Sin ninguna intención mala lo hicieron, no tengo duda; pero es la verdá desnuda -siempre suele suceder-: aquel que su nombre muda tiene culpas que esconder.

1178 Y ya dejo el instrumento con que he divertido a ustedes; todos conocerlo pueden que tuve costancia suma: este es un botón de pluma que no hay quien lo desenriede.

1179 Con mi deber he cumplido, y ya he salido del paso; pero diré, por si acaso, pa que me entiendan los criollos: todavía me quedan rollos por si se ofrece dar lazo.

1180 Y con esto me despido sin espresar hasta cuándo; siempre corta por lo blando el que busca lo seguro, mas yo corto por lo duro, y así he de seguir cortando.

1181 Vive el águila en su nido, el tigre vive en su selva, el zorro en la cueva ajena, y, en su destino incostante, solo el gaucho vive errante donde la suerte lo lleva.

1182 Es el pobre en su orfandá de la fortuna el desecho, porque naides toma a pechos el defender a su raza: debe el gaucho tener casa, escuela, iglesia y derechos.

1183 Y han de concluir algún día estos enriedos maaditos; la obra no la facilito porque aumentan el fandango los que están, como el chimango sobre el cuero y dando gritos.

1184 Mas Dios ha de permitir que esto llegue a mejorar; pero se ha de recordar, para hacer bien el trabajo, que el juego, pa calentar, debe ir siempre por abajo.

1185 En su ley está el de arriba si hace lo que le aproveche; de sus favores sospeche hasta el mismo que lo nombra siempre es dañosa la sombra del árbol que tiene leche.

1186 Al pobre, al menor descuido, lo levantan de un sogazo, pero yo compriendo el caso y esta consecuencia saco: el gaucho es el cuero flaco: da los tientos para el lazo.

1187 Y en lo que esplica mi lengua todos deben tener fé; así; pues, entiendanmé, can codicias no me mancho: no se ha de llover el rancho en donde este libro esté.

1188 Permítanme descansar, ¡pues he trabajado tanto! En este punto me planto y a continuar me resisto: estos son treinta y tres cantos,

que es la misma edá de Cristo.

1189 Y guarden estas palabras que les digo al terminar: en mi obra he de continuar hasta dárseles concluida, si el ingenio o si la vida no me llegan a faltar.

1190 Y si la vida me falta, tenganlô todos por cierto que el gaucho, hasta en el desierto, sentirá en tal ocasión tristeza en el corazón, al saber que yo estoy muerto.

1191 Pues son mis dichas desdichas las de todos mis hermanos; ellos guardaran ufanos en su corazón mi historia: me tendrán en su memoria para siempre mis paisanos.

1192 Es la memoria un gran don, calidá muy meritoria; y aquellos que en esta historia sospechen que les doy palo, sepan que olvidar lo malo también es tener memoria.

1193 Mas naidés se crea ofendido pues a ninguno incomodo, y si canto de este modo, por encontrarlo oportuno, no es para mal de ninguno sino para bien de todos.

FIN